

MITOS Y SONRISAS DE LAS PERSONAS CIEGAS

Roberto Sancho Álvarez

1999

Prólogo

Voltear cada página de esta singular obra, podría llevarlo a usted de la risa al llanto, por un creciente interés y fases de reflexión.

La escasa solidaridad, los estereotipos que se han edificado alrededor de los videntes y los no videntes, la ignorancia, la falta de sentido común, son aspectos palpables en la publicación, gracias a la sensibilidad del autor.

Mas, sobre todo queda patente la construcción histórica que a lo largo de los años ha hecho la sociedad costarricense sobre la persona no vidente y el esfuerzo que como sociedad debemos hacer para integrar a las personas con discapacidad.

Ser ciego es sinónimo de pobrecito, de limosnero y de músico para algunas personas. Precisamente, este libro de Roberto Sancho nos muestra que no porque tengamos una limitación física se deja de ser humano que siente, habla, llora y ríe.

A lo largo de esta página, Sancho Alvarez nos introduce en vivencias muy variadas en el quehacer de las personas ciegas y cómo desde sus perspectivas ellos mismos narran y ríen de todas las cosas que les pasan en esta interacción con otros seres humanos.

Fueron muchas horas de trabajo, la que Roberto Sancho dedicó para entregar estas páginas que recoge con el lenguaje de los protagonistas las anécdotas más significativas de su vida cotidiana.

Montarse a un bus, ir al colegio o a la universidad, departir con unos amigos... representan para la persona ciega verdaderas proezas en una sociedad que todavía no se preocupa por comprender a las minorías.

Testimonios como los que ofrecen los protagonistas de este libro, dejan al lector perplejo de las injusticias que los videntes cometen con las personas ciegas cuando los engañan, les rompen el bastón o los tratan como mendigos y pordioseros.

Son muchos los testimonios que en esta oportunidad nos ofrece el periodista Roberto Sancho, que le permiten al lector sensibilizarse ante una realidad que la vemos todos los días cuando nos encontramos personas ciegas por doquier.

Introducción

Conforme el lector escudriñe estas páginas estará adentrándose en la intimidad de un colectivo, que, a falta parcial o total del sentido de la vista, ha enarbolado el humor como estandarte de la integración social.

Abordar un bus o llamar a la puerta de una casa, son actos cotidianos que sólo cobran relieve bajo circunstancias especiales.

En un mundo diseñado para personas que ven, las personas ciegas y deficientes visuales tienen que incorporarse con los elementos que estén a su alcance, aunque algunas veces éstos no sean suficientes y por esta razón se presenten situaciones tragicómicas que deben entenderse en su estricto contexto como algo normal, aunque a veces evitable.

Los relatos que aquí se narran son las vivencias de hombres y mujeres que se esfuerzan por alcanzar un lugar en el concierto social costarricense.

La madurez y el conocimiento que usted tenga de la problemática de los no videntes lo conducirá a tomar estas anécdotas en forma seria, triste, de estudio o de una mezcla de todas ellas.

La recopilación que da origen a este trabajo proviene de las más diversas fuentes, todas ellas con un punto en común: la invidencia.

Periodista Roberto Sancho A.

Julio, 1999.

Tabla de contenido

[Presentación](#)

[Músicos populares](#)

[Plegaria a Jesús Cristo](#)

[Cómo encontrar el camino en la montaña sin ver](#)

[Cuando se esfuma el bastón blanco](#)

[Cuando los productores de radio generan anécdotas](#)

[Reminiscencias del Caribe](#)

[Ojos sin luz](#)

[Si me voy al pozo no cuento este cuento](#)

[Hablemos a calzón quitado](#)

[Aires brujos](#)

[Una historia mayor de edad](#)

[Los bueyes](#)

El monito que murió de tristeza

Una licencia

El reclamo

Perro que no ladra no es perro

Risas y congojas de personas con disminución visual o cieguera

Cuando aclaran los nublados del día

La carreta de mi abuelita

Entre plumas y sueños

El huevo mágico

La bola de...

Padre, ¿Le digo mis pecados?

Anexo No. 1

Aquí entre nos (Anécdotas recopiladas por estudiantes de la Universidad De Costa Rica)

Anexo No. 2

Chistes

Presentación ([Regresar a la tabla de contenido](#))

"Dejadlos: son ciegos guías de ciegos, y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el Hoyo" Mateo 15:14.

Detrás de un bastón blanco va una persona ciega que sin querer despierta los más diversos sentimientos: Admiración, lástima, solidaridad, rechazo, curiosidad y hasta indiferencia.

Hace algunos años, un varón de Dios me detuvo para solicitarme que le permitiera tomarse de mi brazo y caminar junto a mí unos 300 metros, distancia que recorrimos sin dificultad. El pastor Evangélico me bendijo mientras sorprendido meditaba en voz baja pero perceptible:

"...Señor ayúdame a entender qué quisiste decir cuando expresaste que un ciego no puede guiar a otro ciego".

Con el tiempo la memoria colectiva ha recogido una serie de mitos, chistes, colmos y anécdotas de las personas ciegas y deficientes visuales que ahora le ofrecemos a los lectores para que descubran en el vasto mundo de la ceguera, al ser humano que no ve, pero aspira a que se le permita soñar, trabajar, estudiar, tener una familia e integrarse a la sociedad como un ciudadano de pleno derecho que es.

Roberto Sancho Álvarez.

Músicos populares ([Regresar a la tabla de contenido](#))

(Muchas personas consideran que la Ley de la Compensación troca el sentido de la vista por un oído desarrollado y mucho talento para la música).

El 10 de mayo de 1998, Graciliano Camacho Chacón (conocido por sus amigos como Chanito), de 54 años, nacido el 5 de junio de 1945 y su hermano Omar Chacón Blanco, de 64 años de edad, nacido un 16 de abril de 1934, compartieron con nosotros sus experiencias de niños humildes y jóvenes músicos que recorrieron con sus instrumentos musicales los más alejados pueblos de nuestro país, dejando en los turnos (fiestas populares) rezos y bailes, una estela luminosa, reflejada en las parejas que disfrutaron de los acordes que les permitieron estar junto a su ser amado.

Omar:

Voy a contarle, Roberto, algunas cosas de mi vida desde que estaba pequeño.

Yo no era ciego total, era corto de vista debido a la Retinosis Pigmentaria (enfermedad de origen hereditario que consiste en la pérdida del Pigmento Retinal, con manifestaciones iniciales de disminución del campo y agudeza visuales). (La Retinosis puede manifestarse progresivamente, especialmente en la ceguera nocturna).

En el día "me la jugaba bastante bien", pero como a las seis de la tarde se me "apagaba la luz de viaje". Cuando estaba en primer grado me matricularon en la escuela Pilar Jiménez, pero ¡Qué va!, me perdí.

Fíjese que andaba por el segundo piso; como me dieron ganas de orinar me arrimé a un horcón y lo hice. ¡La torta fue que oriné a unas maestras!

También jugaba, como todos los niños, chumicos, chócolas y bolinchas (canicas), (juegos tradicionales). A veces los "güilillas" me robaban las bolinchas. Hacíamos círculos y poníamos 5 chumicos y cuando me alejaba un poco, para tirar, me los cogían y se los llevaban corriendo.

Después fui creciendo y me gustaba andar en bicicleta. ¡Claro!, como la vista no me ayudaba, no podía correr mucho. Una vez andaba en la bicicleta por la plaza de Moravia y estaban dos señores conversando, uno de ellos montado a caballo. Yo no los "vi" y choqué en el caballo, que se asustó y pegó ¡Un gran brinco!, tirando al suelo al señor; entonces agarré la bicicleta y me fui corriendo.

Otra vez alquilé una bicicleta en el Barrio Saprissa (comunidad perteneciente al distrito central del cantón de Moravia, San Vicente), y me fui a dar unas cuantas vueltas, cuando la iba a devolver me "centré" por el "trillillo" sin poder ver el poste que estaba en mi camino. Fue tan cerca lo que pasé, que un nudillo de la mano lo golpeó, entonces todos los que estaban ahí gritaron: "ese se ganó la hora". Era que el señor que alquilaba las bicicletas había ofrecido, al que pasara más cerca del poste, ¡una hora gratis!

Roberto:

Y, ¿cómo se las agenciaba para conquistar a las muchachas?

Omar:

Bueno, cuando tenía unos 16 ó 18 años sufrí mucho, porque las muchachas me decían que no podían ser novias de una persona ciega.

Roberto:

Y, si lo hubieran aceptado, ¿de dónde tomaría el dinero para hacer las invitaciones y regalitos que la situación ameritaba?

Omar:

Yo trabajaba halando almuerzos (encargado de transportar a las fábricas el almuerzo de los funcionarios), cargaba como 60 almuerzos que, por cierto, con botella de fresco valían una peseta (25 céntimos) y sin botella de fresco quince céntimos, por semana. Esa plata era para ayudar a los gastos de la casa. Como mi papá tomaba mucho licor me obligaba a trabajar, porque si no, me echaba a la calle.

Nosotros somos tres hermanos cortos de vista y cuando estábamos pequeños teníamos una perra, creo que Pastor Alemán, pero muy entendida. No se veía muy fina porque no le cortaron el rabo, y entonces cuando mi papá llegaba con unos tragos de más a pegarnos y ya era muy tarde o de noche, nos agarrábamos de la cola de la perra que se llamaba "Conga" y salíamos corriendo por entre los cafetales. ¡Nunca nos pudo alcanzar! Seguro la "Conga" hubiera sido una perra lazarillo, porque cuando mi mamá nos iba a pegar por alguna cosa, la perra le agarraba el "chilillo" y se lo quitaba.

Cuando tenía como 16 años mi papá llegó muy "tomado" y queriéndome pegar. Entonces salí corriendo y me fui para San José (capital de Costa Rica). Nada más tuve tiempo de echar una cobija en una bolsa de papel. Ya casi no podía ver cuando llegué a la "Norte", donde salían los trenes hacia Limón, entonces se me acercó un señor que trabajaba en las bodegas y me preguntó qué estaba haciendo ahí, le dije que nada y entonces me pidió que le ayudara a descargar unos carros de los vagones.

Recuerdo que el señor tenía una camisa blanca y, cuando empezó a caminar, lo único que podía seguir era el cuello blanco por los pasillos donde se metía. Cuando llegamos se fue a traer un martillo, un cincel y el permiso para trabajar a esa hora. Pasó un gran rato y cuando regresó el señor me dijo que no encontró la herramienta, que mejor lo dejaba para después y que me iba a acompañar hasta la salida para

que los guardas no me detuvieran. Nos despedimos en el corredor y cuando di el primer paso pegué en un poste y me caí, entonces el señor asustado dijo:

- ¿Qué es eso, usted no ve?

Le dije que no, que era muy corto de vista.

- ¡Qué barbaridad!, y así iba a ayudarme, tome esta plata, ¡Pobrecito!, yo no sabía..., ¿Dónde vive usted?

Le dije que no tenía donde vivir.

-Yo voy a llevarlo donde un señor, a ver si lo deja vivir en la casa, fue cuando me di cuenta de que era donde don Ricardo Patiño, un maestro de la escuela que no conocía mi situación.

Al principio hacía mandados y después hornos en el Taller. A mí siempre me ha gustado trabajar. Una vez me dediqué a vender verduras; entonces conseguí un "carretillo" de esos que usan en las construcciones. Para esa época estaba recién casado y vivía al costado sur de La Sabana. A las cuatro de la madrugada me iba para el Mercado Borbón a comprar verdura y después la vendía en Guadalupe. Una tarde regresaba de trabajar y, cuando iba pasando por el Hospital San Juan de Dios, estaba parado en un cajón el Oficial de Tránsito, como se acostumbraba en ese tiempo. La verdad es que yo no lo vi y "golpié" el cajón con la rueda. El "tráfico" cayó de espaldas en el carretillo y se va parando ibravísimo!, pero yo estuve listo y cogí el bastón, que lo andaba atravesado en los brazos del carretillo, y le dije:

- ¡No, no!, mire, yo soy ciego, no me vaya a hacer nada, porque él me iba a pegar, del colerón.

-Pero ¿Cómo se le ocurre a un ciego andar con un carretillo?

- ¡Díay señor!, la pobreza. Tengo que andar vendiendo verdura para mantener a mi familia.

Roberto:

¿Por poquito que usted viera, podría aprovechar el remanente visual, pero, también se podría confundir a las personas?

Omar:

Yo lo que hacía era fijarme en el pelo. Si lo tenía corto era hombre y si lo tenía largo era mujer, por eso es que a mí me gustan las mujeres con el pelo largo.

¡Ah, viera la que me pasó una vez!, resulta que iba una muchacha sentada a la par mía y yo le dije:

- "Oiga Don, ¿Para dónde camina?", y entonces se volvió y me dijo:

- No, yo no soy don, yo soy una señorita.

Entonces le expliqué que yo no podía ver bien y que como le vi el pelo corto me confundí, y la cosa no pasó a más.

Otra vez fue todavía peor porque estaba una señora con un vestido de rayas y yo me fui corriendo y la abracé y le dije:

- ¡Díay mamá!, ¿cómo le ha ido?, y me volvió la señora unos ojos itan feos!

Era una negra fea y yo salí corriendo asustado. ¡Imagínese la congoja!

Hay cosas que pasan sin que uno tenga la culpa, recuerdo que en una ocasión entré a la soda del finado Isidro Zamora, en Moravia, y una muchacha que me conocía me dijo:

- ¡Hola Omar!, ¿cómo está?

Atrás venía el esposo, que era muy machista, y le "arrió", (la golpeó), porque dijo que ella me había dicho: "¡Hola, amor!"

Una vez andaba en Valle La Estrella, de Limón, y tuve que pasar un puente muy grande que hay en "Finca Dos". En ese puente tenían colgando un motor, seguro para dar electricidad a la finca; la cosa es que el compañero que andaba conmigo, que sí podía ver bien, me soltó la mano para ver ese motor, que no tocaba ni el puente ni el río. Yo seguí caminando, cuando se me resbaló un pie y me fui al suelo. ¡Por suerte caí a la par del río!, era una altura como de 15 metros y sentí lo más feo donde me pegaron las costillas a la cadera. Ahí quedé sin conocimiento y en la poza que estaba a la par de donde caí vivía un lagarto ya grande. No me quebré, pero duré como dos horas sin poder moverme. Fueron unos "peones" de la finca y mi compañero los que me sacaron de ese lugar.

Otra vez venía caminando por el cruce de Moravia cuando sentí que me fui a un hueco. Me tapó hasta los hombros, pero no me pasó nada, ni siquiera me ensució un poquitito. Un "cobrador de buses" me ayudó a salir y después fue a mi hermano "Dago" que andaba conmigo vendiendo cosas plásticas en unas palanganas donde poníamos los "jarritos, platitos" y esas cosas, para que la gente las viera. Allá por San Francisco de Dos Ríos había una sombra y él se metió y ¡Qué sombra!, era un gran hueco donde habían tirado unas casetillas de carro y cayó parado sobre una de esas, sin que se le cayera ni un plato ni un jarro, nada. Unos señores lo sacaron y le dijeron que más abajo había picos y todo estaba lleno de aceite.

Roberto:

Bueno, qué les parece si conversamos de esas cosas que les pasan a los músicos populares como ustedes, que según tengo entendido, además de viajar por todo el país y fuera de nuestras fronteras, han participado hasta en un "circo"

Omar:

Sí, ¡es increíble!, "Chano" toca mucho guitarra, yo toco menos, y fui el que le enseñé hasta a afinarla. El primer acordeón que compré me costó sesenta colones y tuve que empeñar el radio de la casa para ajustar la plata.

Una vez nos fuimos para San Isidro del General, cuando llegaron unas muchachas y nos pidieron que amenizáramos un cumpleaños, eso fue un domingo y pasaron por nosotros como a la una de la tarde. Así que llegamos nos encontramos con un señor que tocaba acordeón. Yo me aproveché para darle el instrumento y bailar con las muchachas. Entre pieza y pieza "Chano" y yo las fuimos "palabriendo", y ya en la noche nos quedamos de ver otro día, entonces caminamos como 100 metros que había entre la casa y la Carretera Interamericana. Cuando estábamos afuera le digo a "Chano":

- Tenemos que ponernos vivos para encontrar esta entrada mañana, y él me dijo que era muy fácil.

Chanito:

Es que como yo podía ver un poquito, vi que había una luz y le expliqué a Omar que del reflector nos metíamos y no nos perdíamos.

Omar:

Pues resulta que al otro día toqué la entrada y le avisé a "Chano", pero él me dijo que no, porque la luz estaba más adelante. Yo estaba seguro de que esa era la entrada, pero seguimos para darle gusto, hasta que llegamos al puente del Río Jilguero. Entonces nos devolvimos por donde yo decía y cuando encontramos la casa les explicamos a las muchachas lo que nos pasó. Ellas nos dijeron que en ese lugar no había alumbrado eléctrico, que lo que habíamos visto era la luna llena. Las seguimos visitando y los "viejitos", que eran de esos papás de antes que querían que uno se casara rapidito, nos dijeron que al otro día nos esperaban en el parque,

sin instrumentos. Nosotros nos quedamos extrañados, pero al otro día llegamos, a las dos de la tarde, como él nos dijo.

- ¡Cuál fue la sorpresai, que en un pollo estaban las muchachas.

- ¡Mmm!, ¿Qué raro está esto? Le dije a "Chanito" que nos sentáramos aparte para evitar alguna cosa y no perjudicarlas; para no cansarlo con el cuento, llegó el señor y nos dijo que fuéramos a hablar con el "Padre", pero en la Iglesia no estaba el Sacerdote de ahí, sino que nos encontramos un "Padrecito" de Santa María de Dota que nosotros conocíamos, y por cierto tenía algún problema en el cerebro, porque tuvieron que prohibirle "dar Misa"; es que fíjese que empezaba la misa y a la mitad del oficio se iba y dejaba a la gente sola.

Roberto:

¿Y qué hicieron?

Omar:

Entonces nos dijo:

-El otro "Padre" no está aquí, pero, tráiganse el acordeón y la guitarra para que canten La Segua.

¡Claro!, nosotros lo agarramos de vacilón, y es que el señor nos había llevado, al "puro taran tan tán", a casarnos, sin decirle nada al Padre ni a nosotros. Lo que es la "innorancia", porque según él nos iban a casar sin papeles ni nada.

Chanito:

Esa vez tuvimos que "zafarnos" clandestinamente para Villa Neilly (hoy Ciudad Neilly, frontera con Panamá).

Omar:

Allá en Villa Neilly me encontré una señora mayor que vendía lotería y, como era nicaragüense, le decía a "Chano":

- "Ej baboso, voj sabej que tu hermano me gujta mucho".

Un día nos ofreció un fresco y, como en ese lugar hace tanto calor, le dijimos que sí. ¡Viera qué fresco más rico vendía don Clodomiro!, lo que yo noté fue que el mío tenía unas "boronillas". Ella me ofreció otro vaso, pero yo no quise, y a "Chano" no le ofreció más. Pasó el tiempo y ya nos habíamos regresado a San José, cuando llega "Chano" y me dice:

- "Viera que me encontré a un señor y me contó una cosa muy rara. Dice que él estaba en Villa Neilly cuando oyó a una señora conversando de dos ciegos que habían estado ahí, que se llamaban "Chano y Omar", y que le había echado una cosa a Omar para que se enamorara de ella, pero que seguro no le resultó". ¡Gracias a Dios nada me pasó!, usted sabe qué torta.

Roberto:

Chanito está muy callado, pero yo sé que tiene muchas historias por contar, recuerdo que en mi época de estudiante usted iba a la Escuela a visitar a una hija que, si mal no recuerdo, se llama Isabel, ¿No sería que, al igual que los marineros, dejaban un amor en cada puerto?, ¿Chanito lo dejaba en cada pueblo?

.

Chanito:

Le voy a contar lo que nos pasó en Santa María de Dota. Resulta que conocimos a unas muchachas. Una me gustaba a mí y la otra a Omar. Como ya Omar se había casado entonces yo iba solo, sin embargo, la gente lo quería mucho. ¡Claro!, en ese lugar las personas se peleaban a machete, sólo que alguien portara revólver entonces sí se le hacían a un lado y Omar tenía una pistola, era un "cuete" (revolver), que le había dado mi "Tata" a vender, era de los viejos, calibre 45.

Omar:

Es que yo no quería contarle esa parte para que no pensara que uno es un "matón", pero fíjese que cuando llegué a Santa María de Dota me encontré con un tío de ellas que acostumbraba a pegarles. Si las encontraba por algún cafetal les daba "cincha" porque era muy machista y decía que esa gente era muy mal hablada, que mejor no vivieran ahí y que no cogieran leña.

Bueno, la verdad es que Don Bartolo, de lo que sí tenía fama es de buen "peliador" a machete; nadie le hacía parada a ese señor.

Un día iba pasando por una callecilla cuando me lo encontré y de una vez aproveché, cogí impulso y le dije: "Don Bartolo, ¿es cierto que usted está acostumbrado a darles con una "cincha" a esas muchachas?, ¿por qué dice que son "malcriadas"?"

A mí no me consta eso, pero ahora yo estoy visitando la casa y quiero que no vuelva a ocurrir eso porque yo a nadie le "como gallina" (a nadie le tengo miedo). Lo primero es que, para pegarle un balazo, a cualquiera se lo pego, y si no lo cree, vea, aquí ando mi arma, así es que ya sabe, que yo no me le corro a nadie que ande un cuchillo, pero hay otra cosa que quiero decirle: a mí me gusta respetar a la gente y que me respeten.

Usted sabe que yo toco acordeón para que la gente me ayude y usted es uno de esos que me puede ayudar cualquier día, entonces no me gustaría que fuéramos enemigos, más bien todo lo contrario, y si algún día alguien del pueblo le quiere hacer algo, cuente conmigo, que yo soy el primero que "saco la cara por usted", pero eso sí, ¡Que no me toque a las muchachas!

Y ahí terminó la matonada de él con la familia, más bien se hizo amigo y como era pudiente (adinerado) les llevaba café tostado, arroz y otras cositas que de mucho les servía, porque eran muy pobres.

Roberto:

¿Y entonces Chanito siguió visitando a la muchacha?

Chanito:

¡Ah, sí!, pero me conseguí una escuadra de tirillos de salva y el hermanillo menor mío la pintó de negro. Era como ver una "22 larga". Entonces resulta que estaba un hijo de don Bartolo molestando a mi novia, diciéndole cosas, y lo voy oyendo, entonces le dije:

-Un momento Franklin, todavía no eche los bueyes a andar, vamos a conversar algo.

-Con usted no tengo que conversar.

-He dicho que se quede quedito ahí. ¡Obedezca!

- ¿Cómo, ¿qué es eso?

- ¡Obedezca!, le he dicho.

Me acerqué a la carreta y me palmeteó el cuchillo

-Es que, aunque usted sea impedido le pateo el ...

-Y sacó la escuadra, ¡pichhh!, y se oye ese plomazo para arriba, y como esas pistolillas tiran mucho humo; y se me tira para atrás, diciéndome todo nervioso:

- Chanito, Chanito no me mate.

-Este fue al aire, el próximo va al cuerpo, guarde ese cuchillo.

Cuando oigo: "¡Bueyes, bueyes!", salió aventado con carreta y todo.

Me fui con Amelia a tomarme un trago y ella un fresco, cuando se acerca un policía y me dice:

-Señor, le habla la "Guardía", que dice don Ramiro (don Ramiro era un señor buenísimo), que le quiere hablar.

-Sí, voy a tomarme esta copa y voy con mi novia a ver qué se le ofrece al señor jefe del Resguardo. Llegamos y le pregunté para qué me llamaba.

-Es que usted hizo un disparo al aire.

- ¡Ah sí, sí!

Yo todo fachento, hacía cuadrantes y todo con la escuadrilla. Sí, le digo, es que este muchacho le dijo cosas obscenas a mi novia.

-Sí, la mamá trabaja en mi casa.

-Entonces él me palmeteó el cuchillo y como yo no veo disparé al aire porque si no, no sólo me lo llevo a él sino a ella.

- ¿Usted tiene permiso de portar armas?

-No, yo la porto de contrabando. Es una "22", imírela aquí!, Y me alcé la camisa. Yo tengo que defenderme.

En ese tiempo había un Gobernador de San José de apellido Camacho, como yo, entonces le dije:

-Va a ser sólo por unos días, porque, aunque sea "no vidente" mi tío me va a dar un papel.

- ¿Cómo su tío?

-Sí, el Gobernador de San José.

- ¡Ah sí, sí Chanito!, bueno, ¿no trajo la guitarra para que me cante unas "piecillas"?

-No la traje, pero ahora en la noche vengo antes que se vaya doña Trina.

-Está bien, pero si va a tomarse unos tragos no se pase, más bien mejor se va para la casa.

-Salí despacito, cuando oigo al secretario que le dijo:

- ¿Por qué no le quitó el arma?, y le contestó el señor, que era medio de campo:

- ¡No!, es que puede ser torta. ¿No oye que es sobrino del Gobernador?, díay, es casi una autoridad, aunque sea ciego.

-Nos vinimos vacilando y después teníamos convencida a mucha gente de que yo era sobrino del Gobernador, por eso había mucho respeto.

Un tiempo después se le murió a mi novia una cuñada y se van para el Rancho Grande en San Isidro del General; y no sé cómo se pusieron a hablar las cuatro muchachas: las de Santa María y las de San Isidro. Al rato se armó un "bochinche", porque decían que ellas eran las novias y yo le dije a Omar: "Yo creo que otra vez tenemos que salir huyendo".

Al tiempo llegó Amelia a buscarnos al hotel, pero estaba yo sólo y Omar iba a tardarse en regresar de un mandado que tenía que hacer en el hospital, entonces fue ahí cuando Amelia y yo "estuvimos juntos" y ella quedó embarazada de Isabelita.

Roberto:

Muchas personas combinan la música con el licor y me imagino que, en el caso de ustedes, también se presentaba esa situación.

Omar:

Yo no "tomo", pero eso de andar con borrachos es triste. Una vez andábamos tocando en el "Rezo del Niño" José Ángel, Chano y yo, cuando veníamos ellos estaban "tomadillos", Chano se me cayó en la calle de Guadalupe; ioiga en medía calle! Yo los sostenía a los dos, más las guitarras y mi acordeón. José Ángel dijo que él lo juntaba y más bien le cayó encima. Entonces saqué el bastón para que vieran que no podíamos ver y no nos atropellaran, hasta que unas personas me ayudaron a llevarlos a la orilla.

Chanito:

Viera como gastaba cuerdas y quebraba guitarras, porque cuando me bajaba del "bus", me caía y la guitarra se partía. En esa forma perdí una guitarra que me regaló Jenny Castillo y un tiple de 12 cuerdas que pagué a hacer. En cambio, llevaba una "cuarta de guaro" para la goma iy nunca se me quebró!, ni siquiera se regó un poquito.

Omar:

Mario Ramírez tiene casi 30 años de no tomar, igracias a Dios!, pero cuando tocábamos juntos bueno...

Le voy a contar: Nos vamos para San Miguel de Puriscal, la calle era de pura tierra. La Escuela donde fuimos a tocar quedaba en un alto y no tenían agua potable, la traían del río y la guardaban en estañones. Al rato se le mete a Mario que quiere un "pollo asado" y con costos nos daban "sopa"; así estuvo "neciando" un tiempo hasta que se enojó y se fue todo bravo, sin bastón, y icalló de cabeza en el barril!

Chanito:

¡Salió todo empapado y como se le bajó la "juma"! - se fue a buscar más guaro... y yo atrás.

Yo tengo 7 años de sobriedad, pero cuando tomaba era muy callado y educado, viera como me quieren a mí.

Ayer precisamente llegó una señora conocida que me acompañaba a diferentes lugares a tocar y me llevó "un gallito", pero sin fresco; entonces nos fuimos a una sodita que está de pared por medio con una cantina que se llama "La Piragua", donde el personal me conoce, porque yo tomaba en ese lugar.

Como nunca falta un "borracho en una vela", se me acerca un individuo y me dice:

- Yo no le doy nada porque usted tiene más plata que yo.

¡Qué lindo! - si pasó la puerta para molestar. ¡Devuélvase! - yo me confieso con Dios no con el hombre, mucho menos con un "borrachín".

Entonces empezó a preguntarle a ella: " ¿Él tiene esto y el otro?"

- ¡Si quiere confesarlo, ahí está él para que le pregunte y no me quiera faltar el respeto!

- ¡Ah sí! - con que en esas andamos.

Lo cogí de un brazo y le dije que se "pusiera a caminar".

La dueña me preguntó que qué pasaba y yo le dije que le diera un pedacito del 23, o sea que lo "pusiera a caminar", como dicen los policías.

Roberto:

Ahora que menciona las claves de los policías, recuerdo que cuando usted tocaba con Víctor Díaz (Chispita), se repartían el dinero y le tenían otros nombres ¿Recuerda cuáles eran?

Chanito:

¡Ah sí !, un teniente eran 10 colones, una Coralia era una peseta (25 céntimos), un Cristóbal es un Colón, Medio teniente eran 5 colones, una Gemela eran dos colones, 20 colones eran 2 tenientes; los billetes eran escasos y no podíamos repartirlos solos, porque no sabíamos de cuánto eran. Por cierto, fíjese Roberto que Germán Ramírez tiene una perra guía y yo me acordé de un hombre que estaba con su perro diciendo:

- ¡Una limosna para este pobre ciego, una limosnita señor, señora!

Entonces de veras una señora le dio un billete.

- ¡Ah, muchas gracias morenita por estos 500 colones que me dio!

- ¡Qué bonito, engañando a las personas! - ¿usted ve?, - ¿cómo sabe que yo soy morena y que el billete es de 500 colones?

- Es que yo si veo, el que quedó ciego fue mi perro.

Y eso no es nada, lo que le pasó a un ciego de verdad: es que se montó al bus y no le cobraron, entonces al rato pasó una persona sonando las llaves. Él creyó que era el cobrador y le iba a dar "la plata", pero el hombre muy serio le dijo:

- ¡No, no caballero!, - ¡yo no estoy cobrando, yo soy un marinero!

- ¡Ay que torta! -"échenme el ancla para apearme", porque yo no sabía que este era un barco.

Omar:

Hablando de ciegos: Resulta que había un ciego muy alto y se casó con una muchacha pequeñita y el día de la boda que ella iba de blanco ¡plum!, se cayó. Entonces un señor que iba pasando le dijo: "Oiga cieguito, se le cayó el bastón".

Roberto:

¿Y ustedes saben por qué ese muchacho quedó ciego?

- No, no sabemos.

- Porque, como era itan alto! se le hicieron nubes en los ojos.

Omar:

Hablando de chistes, nosotros tocamos en el "Circo Miller".

Roberto:

Y, ¿cómo les fue?

Omar:

Yo estuve tocando acordeón con unos señores que tocaban saxofón. Estábamos en lo mejor de una pieza cuando me dice el dueño del Circo: ¡Quédese, quedito Omar, no se mueva! Resulta que se había salido un mono que se llamaba "Toto" y se sentó a la pura par mía, puramente como está usted sentado aquí.

Roberto:

¡Gracias por la comparación!

Omar:

No, en serio " el condenado mono" estaba viendo cómo tocaba yo las teclas, como si fuera un gran personaje y todo "el mundo" vacilaba y aplaudía de verlo tan concentrado! Después el señor abrazó al mono, le hizo cariño y se lo llevó.

Roberto:

Imagino que ustedes, siendo de Moravia, conocieron a otras personas ciegas de ese lugar.

Omar:

Sí, don Eliseo Castro, que fumaba pipa y se sentaba en los "pollos de la plaza", un día puso la pipa a un lado y sin que se diera cuenta se acercó un chiquillo y se la aterró de boñiga.

(Omar y Chanito cuentan que la música los llevó a Panamá, donde fueron recibidos con mucho respeto y cariño y que, a diferencia de nuestro país las personas no necesitan ver un tarrito para depositar su dinero si no que por el contrario, lo lanzan a los pies del músico, al estilo de los mejicanos, por lo que ellos decidieron llevar a un hijo de Omar que en ese tiempo tenía 10 o 12 años y quien muchas veces debió recoger los billetes que los clientes del "Hotel" donde ejecutaban sus instrumentos les enviaban desde el segundo piso. Al terminar nuestra conversación Omar y Chanito quisieron dejar patente un mensaje a los lectores).

Omar:

Yo les pido que no le tengan miedo a la persona ciega, que si van a chocar le avisen y si se trata de una muchacha "Bien Bonita", que lo tome de la mano y le ayude a cruzar la calle.

Roberto:

¡Jum, de viaje "tontillo"!

Chanito:

La humanidad ha cambiado mucho, estamos gozando mejores tiempos, especialmente yo que fui alcohólico activo y ya no me ven con tragos. Siempre me ven afeitado, bañado, mudado, con otra personalidad.

A mí las muchachas me cruzan las calles, también los niños y los varones y cuando los chiquitos van con las madres ellas les dan plata y me dicen: - Señor, baje el tarrito- y desde pequeños los están acostumbrando a amar el prójimo, ahora yo me dedico más a la iglesia que a la calle y pienso comprar a pagos una buena guitarra, que ya la encargué, de material importado, de Palisandro, que es la madera más cara del mundo y la usan para muebles o para instrumentos, porque viene de Alemania.

Ese fue mi sueño y casi lo hago una realidad, mientras tanto tenemos una buena guitarra en la casa, es de Cedro y cuando quiera Omar y yo venimos a tocar unas piecitas.

(Omar y Chanito son personas que agradecen a Dios por todo lo que les ha dado y desean hacerlo patente con la letra de esta canción inédita que quieren compartir con todos nosotros).

Plegaria a Jesus Cristo ([Regresar a la tabla de contenido](#))

"Santo Cristo de Esquipulas, yo te traigo esta oración que me cures de los ojos, te lo pido por favor.

Mira bien que estoy sufriendo porque no puedo mirar las bellezas que ha dejado nuestro Padre Celestial.

Vengo a visitar tu templo, de rodillas a tu altar Santo Cristo de Esquipulas, contigo va a dialogar.

Por el mundo he caminado, sin consuelo y sin amor, esperando ser sanado, pero soy un pecador.

Pido tu misericordia, me concedas el perdón para nunca ya apartarme de las sendas del Señor."

Omar y Chanito.

La entrevista termina aquí, ahora me pondré de acuerdo con mis amigos para hacer efectiva la palabra. Mientras tanto los invito a dar vuelta a la página y leer el próximo testimonio.

Cómo encontrar el camino en la montaña sin ver

[\(Regresar a la tabla de contenido\)](#)

El 20 de mayo de 1998, Emilia Piedra Miranda descorre el velo de sus recuerdos para mostrarnos la situación que las personas ciegas y deficientes visuales experimentan en las zonas rurales, donde las condiciones y pensamientos difieren de las zonas urbanas.

Emilia:

Yo soy de Ciudad Quesada, de San Carlos, pero mi niñez la pasé en la comunidad de Venecia, a 30 kilómetros al este de Ciudad Quesada.

Roberto:

¿Cuáles facilidades y dificultades ofrecía la región a las personas ciegas y deficientes visuales?

Emilia:

Facilidades no había, era una calle de 700 metros con unas variables que usted no se puede imaginar, inclusive para salir al Centro de Venecia las carretas se pegaban. En invierno ni las botas Colibrí servían.

Roberto:

- ¿Vos utilizaste ese tipo de calzado?

Emilia:

¡Claro que sí!, muchos años nosotros andábamos por los cafetales y paredones, los resbaladeros eran increíbles! Imagínese que la casa más cercana a la de nosotros estaba como a 600 metros. El resto eran ipuros potreros!

Roberto:

¿Y cómo hacían ustedes para sobrevivir a estos peligros?

Emilia:

Allá ser ciego era "muerte súbita", las familias optaban por encerrarnos en las casas, al menos así pasó con nosotros que fuimos el primer caso de Venecia. Si acaso salíamos. Eran caídas sobre caídas, si no agarrados de mamá o papá, de lo contrario no pasábamos del patio de la casa.

Roberto:

¿Siendo una niña, cómo te entretenías?

Emilia:

Nosotras somos cuatro con el mismo problema, sin embargo, yo, como siempre he sido tan "pelotera" (participativa), jugaba "jaksés" con mis compañeras, brincaba suiza a uno y dos mecates, trataba de llevar una vida normal. ¡Claro!, me caía mucho y fíjese que yo no sé si la gente de ese tiempo era más consciente o ¿quién sabe

por qué, los chiquitos nos huían? No jugaban con nosotros. No sé si porque se lo prohibían o porque ellos nos veían como seres extraños, como "monstruos".

Cuando iba a la escuela tenía que pasar por una calle con una "quebradita", que de puente usaba un "empalado" que llaman y en el puro centro de ese puentecito, había un hueco que iba a dar a la quebrada. Entonces mis vecinos me cogían de un brazo cada uno, me suspendían en el aire y me decían que me iban a soltar, y yo "¡Podía ver el agua de cerca!", porque tenía un residuo visual dos o tres veces mayor al que tengo ahora.

Roberto:

¿Y en el centro educativo específicamente, no te hacían bromas?

Emilia:

A mí me quitaban las sillas o le ponían borradores, chinches y otras cosas para que yo me sentara. Lo que pasa es que los maestros eran muy estrictos y si se daban cuenta de esas bromas, muchas veces los arrestaban, los metían en la Dirección, en una parte oscura, donde ponían un muñeco como una calavera y a los niños les daba mucho miedo. Entonces preferían cuidarse de hacérmelas. Además, que los padres los "quebraban a garrote".

Roberto:

¡Bueno!, eso nos suena como del siglo pasado, pero ¿de cuántos años atrás nos estás hablando?

Emilia:

Eso fue hace unos 30 años, lo que pasa es que en las áreas rurales las cosas van atrasadas, por lo menos unos 100 añitos.

Roberto:

Hay situaciones que nos pasaron de pequeños, que cuando las recordamos nos dan risa. ¿Existe algún pasaje jocoso en su infancia?

Emilia:

Yo le ayudaba a mi abuelita a arreglar la cocina y lavar trastes y nada más, entonces para entretenerme en algo lavé bien la ropa que usé el día anterior y me fui a "tenderla" en el patio, yo tenía calculado dónde estaba el alambre y tiré la ropa como de costumbre para que cayera en el alambre, cuando oigo a mis primos que "pataleaban", gritaban y se reían. Entonces yo me volví y les dije: "¿Qué diablos les pasa a ustedes?". Ellos seguían muertos de risa y me dijeron: "¡Es que vamos para arriba, trajimos la yegua, la ensillamos y la amarramos debajo del alambre y usted está tendiendo la ropa encima de ella y la bestia ni siquiera se movió!".

A mí me han pasado muchos "chiles", recuerdo que antes los postes que lindaban las propiedades estaban pintados de negro con el "copete blanco", y yo pensando que era un señor le decía: "¿Por aquí queda tal parte?", o, "¿Dónde está tal lugar?"- y nada que me contestaba. Eso me enojaba mucho, hasta que me acercaba y tocaba el poste.

Roberto:

El remanente visual le ayudaba mucho, pero imagino que también la hacía confundir personas.

Emilia:

¡Uuuuuu sí!, a cada rato. Yo vía alguien parecido al que yo conocía y le decía: "¡Julanita, mirá tal cosa!", y se volvía, no muy amable, para decirme: " Perdoná, yo no soy "julana" de tal".

Roberto:

Emilia, ya conocemos un poquito de su niñez. Ahora, ¿qué le parece si nos cuenta algunos pasajes de la adolescencia y juventud?

Emilia:

Después de los 14 años nos fuimos a vivir a Sarapiquí seis años. Ese lugar era pura montaña.

Roberto:

¿Cómo se llama la población?

Emilia:

La "Tirimina", que fue un centro penal, hace ya muchos años. Ahí había sembrado arroz, chan, un pasto que se llama Rotana y muchas otras cosas, pero lo que yo hacía era meterme al río todo el día para lavar ropa, porque éramos 7 hijos, mamá, papá y diez comensales (personas a quien se les vendía comida y se les lavaba las prendas de vestir). A veces estaba tranquila golpeando la ropa contra la piedra, cuando oía un ruido encima de mí y ¡salía soplada!, a lo que me daban las fuerzas. Y yo que llegaba a la última grada cuando pasaba la cabeza de agua. Y tal vez estaba el tiempo illo más lindo!, pero el jabón, el cepillo y la ropa se perdían, lo importante era "salvarse una".

Roberto:

Siendo Sarapiquí una región rural, ¿no tuviste problemas o sustos con animales propios de la zona y de crianza?

Emilia:

Ahí me llevé tantos sustos!, que de hecho quedé nerviosa, era usual escuchar al león, al tigre, al oso-caballo y un montón de ruidos extraños de la selva. A mí me tocaba "apartar" las vacas a diferentes potreros y a veces se nos venía un toro bravo,

que lo tenía que burlar tirándome por debajo de los alambres, eso si no teníamos que pasar por una viga que servía de puente, cuando sentía era que estaba ibien acostada! al otro lado porque uno no podía ver bien, caía en un ibarrialón! que salía "negro, negro" y de ahí, directamente al río.

Otras veces me perdía en la montaña, con mi hermana que ve un poquito más, entonces buscábamos las partes claras y tal vez nos encontrábamos algún vecino o los chiquitos que venían de la escuela y nos llamaban, o papá mandaba a mi hermano para que nos fuera a topar o era papá que venía de trabajar y nos encontraba. Si no, nos íbamos de "cuatro patas" para encontrar la parte limpia que formaba el "trillo", hasta que nos guiábamos.

Roberto:

En otra oportunidad me contaste que fuiste al colegio, ¿cómo hiciste?

Emilia:

Yo me fui a cuidar a mi abuelita y aproveché para matricularme, mi papá decía que el peor castigo que le podía llegar era tener un hijo en el colegio. Es que antes la idea que existía con respecto a los estudiantes era que la mujer que estudiaba se hacía "prostituta" y los hombres, homosexuales, orgullosos, vagos, y un montón de cosas más.

Cuando cumplí 20 años, me puse a pensar que yo quería estudiar, porque los ciegos de esos lugares sólo servían para "poner la mano", yo recuerdo que recorría las casas del pueblo pidiendo trabajo y en ningún lado me dieron. Bueno, en la única parte que me dieron fue en la casa cural, ayudándole a la muchacha a limpiar, a hacer mandados y lavar trastes. Ahí me ganaba 50 colones por semana, 30 colones los ocupaba para pagar el comedor del colegio donde almorzaba. La plata no me alcanzaba, entonces me ponía a tejer y agarraba la calle a hacer rifas de manteles y sábanas y así tenía bastante dinero para comprar el uniforme y los útiles.

Roberto:

¿Cómo fue la situación en el colegio, una vez superadas las limitaciones económicas?

Emilia:

Yo entré con la autoestima muy, muy, muy baja. Llegué al colmo de decirle al director: "Don Francisco, si el colegio se rebaja con recibirme, dígame para no matricularme".

Entré en una situación depresiva y en los segundos recreos me ponía a llorar. Como no conocía el colegio me brincaba las gradas y los estudiantes soltaban la risa de verme que me quería caer. Entonces llegó una compañerita que se llama Rocío, me agarró de la mano y anduvo conmigo por todo el colegio durante 15 días hasta que dominé las instalaciones. Eso no fue suficiente, en el colegio estaban unas primas y una de ellas me decía: "Pero usted, ¿por qué se pone a hacer gastos, si aquí no va a durar ni 15 días?". -Yo no sé cómo hice para seguir, pero puedo enseñarle mis notas, donde hasta tercer año no tuve ni una nota "roja".

En cuarto año me lancé a la presidencia estudiantil y perdí solo por tres votos y fue con una prima, pero mi programa de gobierno era muy bueno.

Como se dará cuenta, yo era muy independiente! y por eso me pasaban más "chiles" que, a mis hermanas, porque ellas eran muy caseras! Recuerdo que un día mi papá trajo del mercado muchas frutas y verduras, pero lo que llamó la atención fueron unos plátanos muy ricos. Fue tanta la "bulla" que les hicieron, que me fui a tocarlos, estiré la mano y le agarré la pura nariz a un muchacho que estaba sentado y empezaron a burlarse de mí. Me dio tanta vergüenza!, que me metí como dos horas debajo de la cama para que no me vieran.

Antes de irnos para San José no conocíamos nada de rehabilitación, por eso yo andaba sin bastón y algunas veces chocaba tan duro contra un poste, que rebotaba y ¡pum!, al caño. Una vez iba caminando por la calle para evitar accidentes, cuando me tropecé con un ternero que estaba echado en la calle y del susto ¡se levantó! y ¡allá fui a caer yo! y no me podía levantar. Del susto, no sabía lo que estaba pasando. También majé muchos perros y me mordían cada rato, hasta que algunos animales que tienen un cierto instinto sabían que yo no "vía" y se quitaban.

A los gansos de mi vecina les tenía miedo y como eran de un color oscuro, nada más los sentía cuando me picaban, entonces salía corriendo por la calle, que era de puras piedras sueltas y ¡pum!, me caía y ponía de parachoques la grabadora con la que estudiaba. ¡La pobre estaba toda quebrada y remendada! Dos años estuvo conmigo en buen estado, más bien me duró ¡muchísimo!

Así era la vida en San Carlos. Voy a contarle una anécdota que me da mucha vergüenza, pero la verdad es que me pasó: Me fui a "Aguas Zarcas", un pueblito vecino, necesitábamos hablar por teléfono, yo no sabía marcar, pero mi hermana sí, estábamos en la cabina y quedamos "talladas". Después de conversar, le di campo a mi hermana y salí para atrás, cuando sentí en el zapato el borde de la puerta, perdí el equilibrio y me agarré de lo primero que pude, que fueron las "partes nobles" de un muchacho que estaba haciendo fila para llamar. ¡Me puse roja, blanca, amarilla verde, de todos colores! y con ese muchacho estaba otro ¡qué se reía!: "Jua, jua, jua", pero eran risas escandalosas. ¡Era una pena tan grande ...! Cuando íbamos como a los 50 metros todavía se oía el compañero, en cambio el del accidente estaba serio, como si estuviera enojado conmigo. Nosotras también explotamos de risa.

En la casa teníamos problemas, fíjese que cuando metíamos la mano debajo de la cama para alcanzar los zapatos sentíamos algo que nos pasaba por entre las manos, eran las culebras. Hay unas culebritas pequeñas que se llaman "Bécquer" y cuando metíamos las manos nos chupaban los dedos o se los tragaban. Como ya sabíamos que nos podíamos llevar un susto, cogíamos los zapatos y metíamos la mano, a mi hermana y a mí nos "trabaron" los alacranes.

La vida era difícil, una vez comiendo, seguro calló un animalillo sin que me diera cuenta, cuando mastiqué seguro prensé al "bicho" y me picó la encía, duré como media hora pegando gritos, inunca supe que fue lo qué pasó!

Roberto:

Ustedes son tres hermanas y un hermano con deficiencias visuales que se vinieron para San José. La ciudad presenta otras barreras actitudinales y arquitectónicas. ¿Cómo fue el cambio?

Emilia:

A pesar de los huecos, los carros, los postes, nosotros sentimos que habíamos salido del "infierno" para llegar a "la gloria".

Roberto:

¿Cómo se adaptaron?

Emilia:

¡Al principio botaba cristales en el "¡Más por Menos" y "dejé la cabeza" en un teléfono público de concha, hasta que quedaba! out! del bombazo que me llevaba.

Le estoy hablando de los tres meses que vivimos en Guadalupe, en la escuela. Después regresamos al pueblo, pero yo no me sentía bien, era como salir de las tinieblas a la luz y luego, otra vez a las tinieblas. Empecé a usar el bastón y la gente nos "vía" como un ser extraterrestre y las preguntas eran: si nos habían enseñado a comer, o a mudarnos, o a bañarnos. Sólo cosas ilógicas nos preguntaban.

Roberto:

¿Cuánto tiempo pasó en San Carlos?

Emilia:

Dos años, después me vine para donde Romelia Gutiérrez (ex maestra de la Centeno Güell), con ella aprendí muchas cosas. Después me casé y quiero que sepa que todo lo que me ha pasado ha valido la pena. Ahora sé que soy un ser humano como todos, son sueños y metas, desde atender el hogar hasta trabajar y ser una profesional.

Roberto:

Alguna vez me dijiste que nuestro cuerpo era un Centro de Información muy valioso, ¿cómo ponerlo al servicio de los quehaceres del hogar?

Emilia:

Yo antes limpiaba descalza.

Roberto:

¿Con qué propósito?

Emilia:

¡Bueno!, limpiaba descalza para sentir cuando el piso estaba limpio. Eso fue cuando no tenía casi rehabilitación y lo importante era tener mecanismos que nos ayudaran a salir adelante con los oficios.

Roberto:

En la casa es medianamente fácil tener bajo control la situación, los seres que conviven con nosotros entienden que las cosas deben tener un lugar específico para nuestra facilidad, sin embargo, fuera de ella la cosa cambia, ¿cómo adaptó las condiciones externas a tus posibilidades?

Emilia:

Cuando salía con mi bastón, alguna gente se enredaba y se caía, ¡claro!, a mí me daba pena y a veces risa. También recuerdo que cuando venían muchos decían: "¡Uy, Juliana!, vea ¡el palo!, ¡el palo!", o "¡mire, quítese, que le van a meter el palo" y cosas así, porque mucha gente no les llama bastón sino bordón o simplemente palo o palito.

Las primeras veces me perdí cuando venía del correo a la "parada de Purral". Cuando llegaba a la fila la gente se montaba y yo no me daba cuenta hasta que empecé a poner la mano a cierta distancia para sentir el calor de las personas y así saber cuándo avanzaban. En el "bus" me quedaba dormida y me pasaba, ¡claro!, en San Carlos yo conocía bien, pero aquí tuve que empezar a buscar puntos de referencia.

Sin duda la vida de una persona ciega está llena de experiencias, algunas dulces y otras amargas, pero todas forman parte de ese ser humano que tiene el mismo derecho a vivir plenamente sin importar su situación visual.

Roberto:

Emilia, ¿qué consejo le darías a los lectores para reducir los sinsabores que a veces se presentan por desconocimiento del público?

Emilia:

Yo les diría que situaciones incómodas les suceden a las personas que ven y las que no ven, entonces debemos respetarnos sin estar cuestionándose cómo caminamos, comemos, nos mudamos, nos casamos; no sé me gustaría que respeten el bastón, que no los cojan o lo quiebren sin si quiera disculparse como me ha pasado en dos ocasiones. Yo presencié un caso terrible, resulta que Pedro López venía por el Auto Mercado y justamente, en la entrada de carros, una rueda le quebró el bastón y el chofer ini cuenta se dio!

Roberto:

¿Y qué hizo Pedro?

Emilia:

Agarró el pedazo más grande y cuando lo oímos Romelia y yo preguntamos que quién iba ahí y nos dijo: "Pedro", iba de "4 patas" con el pedacito de bastón para coger el bus de la casa.

Eso crea mucha inseguridad, por eso le recomiendo a la gente que no se detenga en las pequeñeces y valoren el esfuerzo que realizamos.

En mi trabajo como masajista muchos clientes me dicen que si yo, que no veo, he logrado tanto por qué no lo van a hacer ellos.

Bueno tampoco es tan fácil, no basta ver bien para superarse, también hay que tener metas y estar dispuestos a luchar por lo que queremos.

Cuando se esfuma el bastón blanco

[\(Regresar a la tabla de contenido\)](#)

Nació en 5 Esquinas de Tibás, pero a los cuatro años su familia se trasladó a Santa Ana donde viven desde entonces.

Johnny Bonilla Valverde recuerda que gran parte de su niñez la pasó internado en el Centro de Educación Especial "Fernando Centeno Güell", pero este 26 de mayo de 1998 compartió recuerdos de niño, joven y adulto que se entienden únicamente cuando el lector conoce de su patología visual.

Johnny:

Pasé tanto tiempo internado en la escuela que las únicas anécdotas que recuerdo de Santa Ana son que yo corría mucho por las calles del barrio y una vez me atropelló una bicicleta.

Roberto:

Para correr por tu comunidad tenías que conocerla muy bien o tener algún remanente visual.

Johnny:

Yo no veo nada, porque tengo Microstalmia, o sea, una deficiencia en el crecimiento de los nervios ópticos y el ojo.

Roberto:

Correr por un lugar sin referencias muy claras supone, además, de una gran orientación, un riesgo latente en caso de calcular incorrectamente los puntos de referencia.

Johnny:

Sí, una vez iba corriendo y me pasé un poquitito de la casa, y al querer entrar me fui en un hueco de alcantarilla, pero no me pasó mucho, gracias a Dios.

Roberto:

La infancia de Johnny la consignamos en el libro Policromía de la Ceguera Infantil, ahora nos avocaremos a conocer algunas pinceladas de su adolescencia y experiencias de adulto joven.

Johnny:

La adolescencia la pasé en Santa Ana, mi hermana me enseñó a manejar bicicleta; andaba por el barrio y en una ocasión un amigo me persiguió en el carro, era una vagoneta. Como no sabía que era él me asusté; al final pude frenar frente a su casa, porque si seguía recto me iba a un potrero, después se bajó y conversamos.

Roberto:

El concepto de broma que manejan algunas personas puede, fácilmente, provocar un accidente o por lo menos crear momentos de tensión innecesarios. Recuerdo una anécdota que me contó Dagoberto Martínez cuando trabajó en una empresa constructora en Moravia, según nos manifestó, él transportaba los carretillos con mezcla y tenía que pasar por una tabla que servía de puente; grande era el esfuerzo que tenía que hacer Dagoberto para no caer en la zanja con el material; sin embargo, uno de los conductores del tractor que prestaba servicios a la empresa constructora esperaba que nuestro amigo estuviera cerca de la tabla para perseguirlo con la máquina, hasta que él renunció para no exponerse a un accidente.

Johnny:

Un día se me olvidó que estaba manejando la bicicleta y atropellé a una muchacha, claro me trataron de irresponsable. Mi familia quiso llevarla al médico, pero ella no estuvo de acuerdo, después entendieron que la culpa no fue mía, porque ella estaba hablando en medía calle y yo andaba correctamente por donde me correspondía.

Roberto:

Ya nos estamos enterando que las bicicletas le generaron diversas situaciones, ¿nunca sufrió un desperfecto mecánico mientras se desplazaba?

Johnny:

Claro, me quedé sin frenos. Resulta que pedí una "Chopper" prestada y no me percaté que la llanta de adelante estaba lisa y los frenos de atrás no servían, cuando iba en cuesta no tuve problemas, pero al devolverme tuve que tirarme en una iglesia evangélica; el Pastor y los que estaban predicando salieron a ver qué había pasado mientras yo, disimuladamente, cogí la bicicleta y seguí bajando, pero con más cuidado, poniendo el zapato en la rueda trasera para frenar.

Roberto:

A mí me pasó algo parecido, tenía una bicicleta y en una ocasión monté en la barra a un compañero no vidente; cuando íbamos bajando una cuesta metí el freno para disminuir la velocidad, con tan mala suerte que este se reventó y tuvimos que meternos en la primera calle que nos encontramos, con tanta fortuna que no nos caímos, y era una cuesta. Después continuamos la ruta y en una parte transitada de Goicoechea prefería que nos bajáramos y pasar a pie los 200 metros donde, por mi deficiencia visual, no vi un tirante de un poste que estaba justo en dirección a mi compañero que se golpeó la frente.

Roberto:

El uso del bastón blanco es una parte importante en la vida de toda persona no vidente que desee desplazarse con independencia, ¿cómo fue ese encuentro entre Johnny y quien, desde ese momento, se convertiría en su amigo inseparable?

Johnny:

Empecé a utilizar el bastón a los 12 ó 13 años, precisamente cuando empecé a viajar de la Centeno Güell a mi casa, la primera vez que viajé solo existían dos servicios de buses, uno a Ciudad Colón y el otro a Santa Ana. Yo viajaba hasta Escazú en un microbús especial y después la muchacha encargada me montó en un bus de Ciudad Colón. Cuando llegué al centro de Santa Ana me bajé en un lugar que no conocía, entonces me asusté, pero una muchacha le pidió al hermano que me llevara a la casa.

Otro día me fui hasta la última parada, en Piedades y no tenía plata para devolverme, entonces fui honesto y le dije al chofer que no tenía plata y él me dio el pasaje para que me devolviera.

Roberto:

Johnny concluye sus estudios primarios y se prepara para asumir los retos que la secundaria, presenta a los alumnos con limitaciones visuales, cabe recordar que el Patronato Nacional de Ciegos contaba, y cuenta, con biblioteca en sistema Braille y además becas para los estudiantes, por lo que es tradicional que los estudiantes visiten sus instalaciones.

Johnny:

Una vez andaba con el uniforme de colegio por el Patronato, que quedaba en calle 7, en los altos de Hogarama, cerca de la Caja (Caja Costarricense de Seguro Social). Mi mamá estaba en el hospital y me dio una dirección, pero mi hermano me dio otra, la cosa es que me perdí, entonces le pregunté a un funcionario de la Quinta

Comisaría y como el policía no sabía la dirección del Patronato, me llevó a las instalaciones de ellos y le dijo al capitán: "Capitán, aquí le traigo un estudiante muerto de hambre", yo me sentí tan mal cuando dijo eso que no quise comer nada, después me quisieron mandar en una radiopatrulla, con unos chiquitos del Patronato Nacional de la Infancia, pero les dije que no, que con esos chiquitos no me iba, porque iban a pensar que yo era de los mismos; entonces decidieron mandarme en una patrulla a mi casa, pero yo les pedí que me dejaran en la estación la Coca Cola, por último resolvieron mandarme en patrulla donde yo escogiera, y me fui a Santa Ana centro, donde un amigo, porque no quería que me vieran en el barrio bajándome de una radiopatrulla.

Roberto:

Yo tuve una situación muy incómoda, estaba en la escuela y Gerardo Morales, un compañero que vivía en Heredia nos dijo a mi hermano Juan José y a mí que nos fuéramos a su casa en el bus especial de la Centeno Güell y que después una hermana nos iba a dejar a la parada de Moravia. Estuvimos toda la tarde y cuando quisimos irnos, la hermana de Gerardo no conocía dónde tenía que llevarnos, por lo que se dirigió a una radiopatrulla y le explicó al capitán que nosotros no podíamos ver y que no sabíamos llegar a la casa.

Cuando nos dijeron que viajaríamos en una unidad de ese tipo nos negamos, pero al final nos convencieron sólo que, cuando estábamos a 500 metros de la casa, le pedimos que nos dejaran en ese lugar, pero no quisieron y tuvimos que soportar la regañada de mi mamá que, además, de molestarse por la situación, estaba preocupada por no saber dónde estábamos nosotros.

Algunos autobuses presentan inconvenientes como trompos, asientos en mal estado y otras condiciones que nos hacen incurrir en situaciones no tan confortables, ¿recuerda algún pasaje de este tipo?

Johnny:

En la estación de la Coca Cola paraban los buses de Santa Ana y los de San Carlos. Ese día cambiaron la posición usual y me monté en el de San Carlos; un rato después el bus se detuvo y decían: "San Carlos, San Carlos", entonces pregunté dónde estaba y me dijeron que en el aeropuerto Juan Santamaría, claro que me bajé disimuladamente y me devolví para San José. Precisamente, en Alajuela una compañera, un compañero y yo abordamos el autobús para San José y cuando unos minutos después pasó el cobrador, escuchamos a una señora que le pidió le avisara cuando llegara a un lugar de Grecia, por lo que procedimos a bajarnos y también devolvernos.

En cuanto a los trompos, quiero aclarar que presenté un recurso de amparo en contra de ellos, basándome en una ley que rige los trompos en los microbuses, aunque yo no tengo problemas ni con los trompos ni con los asientos.

Pocas veces escuchamos a una persona con discapacidad referirse, tan favorablemente, al estado de nuestros buses que, prácticamente, Johnny constituye la excepción.

El 27 de mayo, Jesús Hernández narraba su vivencia en el programa radiofónico "Aló Pueblo", que se transmite por Monumental, y expresaba: "Soy una persona invidente y, por favor, quisiera que nos ayudaran en cuanto a los trompos se refiere, es un laberinto terrible a la entrada de los buses. Un día de estos abordé la Periférica y tenía muchos tubos atravesados. Cuando traté de subir, un tubo de estos me recibió en el pecho y casi me voy para atrás, no sé de qué o quién me agarré, pero quedé incrustado, pero si me hubiera caído a la acera me hubiera matado, finalmente, para no tener que pasar por el trompo decidí bajar por la puerta trasera, pero el chofer se estacionó exactamente en un hueco de alcantarilla y obviamente caí en el alcantarillado y todavía tengo las secuelas en mi pierna... "

Johnny:

¡Ah!,viera la que me pasó un día. Resulta que tenía que entregar unos productos de artesanía y esperando el bus de Barrio México, en un lugar bien peligroso, dicho sea de paso, allá por Abonos Agro, plegué mi bastón y lo metí en el maletín, donde tenía la artesanía, y me puse a fumar un cigarrillo. Cuando llegó el bus estiré la mano para recoger la mercancía, cuando me di cuenta de que ya no estaba. ¡Diay! no me quedó de otra que pedirte un bastón prestado, y por cierto vos no estabas trabajando en las oficinas centrales de la Caja, sino en el Centro de Desarrollo Social, en Barrio Vasconia. Tuve que tomar un taxi para recoger el bastón. Perdí el día, la artesanía y tuve que comprar otro bastón.

Roberto:

En lugares muy concurridos se presenta el inconveniente de que, al querer pasar con nuestro bastón, podemos rozar a alguna persona distraída, ¿te ha pasado esto?

Johnny:

Pienso que no sólo a mí me ha pasado, muchas veces uno pasa, tal vez va de compras a una tienda y accidentalmente, le toca la bolsa a alguien y la persona reacciona. A mí no me ha pasado nada serio, pero sí me he llevado mis sustos, la persona reacciona de inmediato, uno ofrece disculpas, pero isí es comprometedor!

Roberto:

Andar solo puede ser necesario, pero cuando dos o más personas ciegas se unen, las posibilidades de sufrir un accidente se multiplican al ocupar más espacio en nuestras angostas aceras, ¿te ha ocurrido alguna situación con otro compañero?

Johnny:

Una vez andaba con un compañero que tomaba mucho licor, entramos a un negocio, él tenía ganas de orinar y dentro de su borrachera, hizo la necesidad en un lugar poco adecuado para esos menesteres. Otro día volvimos y al entrar alguien dijo:

"Ahí viene el macho que se orina afuera", me sentí tan incómodo por mi compañero que no volví a ese negocio. Fue lo único que me sucedió, porque con personas no videntes nunca he andado.

Roberto:

Algunas personas suponen que la ceguera está asociada a otras discapacidades y por eso se dirigen a terceras personas para preguntar algo que nos compete, o bien, nos ignoran, ¿ha tenido alguna experiencia en este sentido?

Johnny:

Sí claro, a veces uno le pregunta algo a la persona que está a la par y le contesta gritado y cuando se da cuenta que uno le habla normalmente le pregunta: "¿Díay qué, usted oye bien?", yo siempre les contesto que sí, pero me molesta que me griten.

Roberto:

Alguna gente afirma que las personas ciegas o deficientes visuales que viven de la mendicidad tienen problemas de alcoholismo, ¿conoce algún caso en particular que nos sirva de ilustración?

Johnny:

Uno de mis mejores amigos me cuenta que una de estas personas que pide limosna deja el dinero en el bar. Desgraciadamente, esa persona se parece físicamente a mí, entonces, dice que en una ocasión vio desde su negocio donde ese caballero estaba acostado en una acera y la intención de mi amigo, en principio, fue: "Bueno, si es Johnny lo voy a levantar del pelo", pero cuando se acercó y se dio cuenta que no era yo, no hizo nada.

Roberto:

¿Cómo juzgás el trato que brindan algunas personas a nuestro colectivo?

Johnny:

Yo creo que la gente en este país todavía tiene una actitud proteccionista. Yo les aconsejo a muchos amigos que no les den dinero a las personas no videntes, lo que pasa es que ellos aplican el criterio del "pobrecito, no pueden trabajar", y todavía nos falta mucho para que toda la gente tome conciencia de lo que somos capaces de hacer.

Roberto:

Estamos en época de invierno, generalmente con los aguaceros aumentan las pérdidas de bastones y los accidentes para las personas ciegas y deficientes visuales, ¿ha tenido alguna vivencia especial que desee compartir con los lectores?

Johnny:

Hace unos años tuve algunas experiencias, no muy agradables. Primero, en pleno aguacero se me volvió el paraguas y salí bañado, y también tuve un accidente, me sacaron el líquido "sinovial", en ese tiempo yo estudiaba Derecho en la Universidad de Costa Rica, entonces venía con un compañero, él por la orilla de la calle y yo por la acera, entonces pasó en carro, un impertinente que, por querer quitarse un charco, nos tiró el vehículo. Yo sentí que iba a golpear a mi compañero, entonces me tiré instintivamente a una pendiente de unos tres o cuatro metros de altura y se me quebró el reloj, me tuvieron que curar, estuve como un año sin poder caminar y fue una situación muy terrible, al final lo que más me dolió fue que ese compañero se olvidó de mí, nunca preguntó cómo seguía yo, incluso ni cuenta se dio de que estuve hospitalizado.

Roberto:

Además de estudiar derecho y trabajar con un bufete en inscripción de vehículos, Johnny vende artesanía y piensa explorar el mercado internacional para colocar sus productos, pero recuerdo que lo escuché alguna vez con un programa deportivo y quisimos conocer esta faceta.

Johnny:

Roberto, se me olvidaba contarte que soy graduado en Locución y Animación en Radio y Televisión, que he trabajado para diferentes medios. Hubo un tiempo que trabajé para la emisora KW, entrevistaba jugadores de fútbol y buscaba la publicidad para mantener el programa.

Roberto:

Imagino que conseguir una entrevista en pleno estadio era difícil, ¿o me equivoco?

Johnny:

Bueno, ya los técnicos y jugadores me conocían. Con don Juan Luis Hernández Fuertes me pasó algo incómodo. Yo lo conocí cuando trabajaba en radio Sideral, en San Ramón y una vez que tuve que entrevistarlos, porque jugaba el Club Deportivo Cartaginés contra el Club Sport Herediano, el equipo se concentró en un hotel y yo me puse de acuerdo para entrevistarlos ahí. Llegué, pero no encontré la entrada, entonces me brinqué un murito y lo primero que me dijo Juan Luis fue: "¿Dónde te metiste, que te ensuciaste la camisa?"

Roberto:

Johnny, ¿alguna vez te han hecho una pregunta incómoda, por el hecho de no ver?

Johnny:

Sí, una señora mayor me hizo una pregunta comprometedor, estoy hablando de una persona de unos 70 años. La señora estaba con la nieta y de pronto me dice: -"Yo quiero hacerle una pregunta".

Pensé que se refería al trabajo que les estaba haciendo, le dije que con mucho gusto y me dice:

-"Es que yo quiero saber ¿cómo hace un ciego para hacer el amor?"

Jamás esperé de una persona mayor ese tipo de pregunta. Yo le contesté seriamente, porque me di cuenta de que ella no me la hizo con malicia, más bien la que se apenó fue la nieta.

La misma pregunta se ha repetido infinidad de veces, sólo que las respuestas han variado, dependiendo de quién se le haya formulado. Refiero dos ejemplos clásicos entre el colectivo.

Roberto:

En una ocasión se sentó en el asiento de un autobús una persona no vidente y, como estaba a la orilla, ya que los dos espacios estaban ocupados por un matrimonio, el usuario de al lado preguntó:

-"Y vos, ¿cómo hacés para hacer el amor?"

-"Si quiere me presta a su esposa, para enseñarle". Cuentan que la ofendida la emprendió con el marido recriminándole su indiscreción.

A otro joven no vidente le preguntaron ¿cómo hacés el amor?, a lo que se limitó a responder:

-"Igual que vos, con la luz apagada".

Johnny:

En cuanto a los niños, casi siempre preguntan lo mismo: ¿Por qué no ve, por qué tiene los ojos cerrados?, y yo generalmente les contesto que tengo sueño, para no dar muchas explicaciones.

Roberto:

¿Te molestan ese tipo de preguntas?

Johnny:

Sí, me incomodan, no tanto por parte de los niños, sino más bien de los adultos, por ejemplo, yo he dado charlas donde explico las dificultades que se nos presentan para conocer la denominación de los billetes y una persona me mostró uno y me preguntó que de cuánto era. El muchachito este no estaba actuando seriamente y preferí quedarme callado.

Mire Roberto, yo creo que la gente puede ayudarnos a cruzar una calle peligrosa, darnos oportunidades de trabajo, tal vez indicarle de dónde es el bus que viene, pero no darle dinero, prefiero que al no vidente se le invite a comer, o a un café, que darle efectivo, porque ese es un mal hábito, el hecho de tener un problema en la vista no significa que todo está perdido o que todo está mal.

Damos vuelta a la página y seguimos encontrando anécdotas, chistes y situaciones, casi tan dramáticas como para calificar para una tragicomedia.

Cuando los productores de radio generan anécdotas

[\(Regresar a la tabla de contenido\)](#)

Olman Chaves Mercado y Juan José Sancho Álvarez son dos productores de radio, el primero con su espacio "Abriendo Puertas" y el segundo con "En el lugar que les corresponde". Encuentran un momento para dialogar y, de paso con Fiorella Céspedes Marchena, preparamos un cúmulo de anécdotas extraídas de sus propias vivencias.

Nuestros buses se caracterizan por su "especial cantidad de sorpresas para las personas con discapacidad", los hay con vidrios rotos o sin ellos, sin asientos, con perforaciones que, en época de invierno, tienen su aguacero incorporado, etc., de estos "singulares automotores" nos hablan nuestros interlocutores.

Juan:

Resulta ser que un día de tantos iba a abordar un bus y existen unos que no tienen trompa, vengo rápidamente detrás del bus y me tomo de la primera manigueta que me encontré, que se suponía era la anterior a la puerta, pero al subir el pie a la grada efectivamente ahí estaba y al subir el otro pie resulta ser que era la parte delantera del bus, y como no tenía trompa, puse el pie en el parachoques.

Hace algunos años los buses utilizaban alcancías para que el usuario depositara el pasaje, precisamente un día subí normalmente y como el bus tenía una tapa donde colocaban la alcancía, tomé el dinero para echarlo en la ranura, sin darme cuenta que donde lo estaba poniendo era en la cabeza de un señor, y, para seguir con la cadena de anécdotas en los buses, en una ocasión me dispuse a encontrar un asiento libre con mi bastón, hasta que encontré uno, aparentemente desocupado, lo que no me di cuenta fue que la muchacha que estaba sentada se corrió suficientemente para que yo no me golpeará; cuando escucho a la joven que me

dice. " cuidado, cuidado, que se me va a sentar encima", claro que me disculpé y seguí buscando campo, hasta que me recibió la puerta de emergencia donde me llevé un gran golpe.

Olman:

A mí también me han pasado algunas cosas en los autobuses, resulta que hace algunos años iba con un amigo de baja estatura, su hombro me llegaba a la altura del pecho, entonces la posición de mi mano para poder tomarme de su hombro era algo baja, ese día llevábamos tremenda carrera allá por la parada de la Coca Cola, porque se nos iba el bus y teníamos que esperar como una hora para que viniera el otro. El bus estaba a punto de irse, mi compañero sube las gradas, yo guardo el bastón rápidamente y me subo; cuando llego a la última, donde está el chofer, estiro la mano para tomarme nuevamente del hombro de mi compañero y toco algo diferente, y seguidamente un grito aaaaay, una mujer me dice: "¡Estúpido!", alguien me toma del brazo y me hala y en ese momento entiendo que estaba tocándole un busto.

Juan:

En la calle también nos pasan cosas, digamos a los que tenemos Retinosis Pigmentaria, y no nos acostumbramos a la ceguera. Resulta ser que en aquel entonces yo andaba sin bastón, porque cuando había mucha luz cerraba el bastón y cuando estaba oscuro lo sacaba. En una oportunidad pusieron una venta en la acera y una señora estaba bien agachada escogiendo los productos, con el trasero parado, cuando sintió que le di el empujón, claro que yo la agarré, pero siempre me dieron un leñazo, porque ¿cómo iban a saber que yo no podía ver?

Esas cosas nos pasan porque nos da pena que nos vean utilizando el bastón, más donde uno conoce, como en mi barrio, en las Américas de Moravia. Recuerdo que yo caminaba siempre por la calle y salí en la mañana y todo estaba normal, pero

durante el día abrieron una zanja a todo lo ancho de la calle. Por la noche venía con un compañero, cerré el bastón y cuando nos dimos cuenta estábamos en el zanjón.

Olman:

Una vez me voy con el esposo de mi hermana en el carro para una reunión, pero como no había espacio se estacionó a unos cien metros de donde íbamos y empieza a llover durísimo, él saca el paraguas, me tapa cuidadosamente, se pone a caminar rápidamente, cruza la calle para aprovechar que no venía ningún carro y cuando vamos llegando a la otra acera me dice: "hueco", pega un salto, yo que no tuve tiempo a reaccionar, me fui en una alcantarilla y para peores, cuando se da cuenta que yo no iba con él vuelve a ver para atrás y me dice: "Olman, ¿qué estás haciendo ahí?, ¿te mojaste?".

Fiorella:

Yo estaba llevando un curso de masajes y en esa época tenía poco tiempo de estar ciega, (la patología de Fiorella es Miopía y deformación de pupila con desprendimiento de retina y glaucoma), entonces la profesora daba la teoría y luego seguía la práctica, pero yo estaba todavía desubicada con la rehabilitación. Resulta que mi compañero se acostó en la camilla y yo no me cercioré dónde estaba el brazo, el hombro y la cabeza, nada más me lo imaginé, bajé las manos donde creí que estaba el estómago y coloqué las manos, mi sorpresa fue cuando me di cuenta que no había puesto las manos en el abdomen sino en otra parte del cuerpo y yo no reaccionaba sino que decía: ¿qué es esto tan extraño?, y lo más simpático era que el compañero no decía nada, hasta que de un pronto él dijo: "No, no, suba un poco", iy yo sentí un calor en la cara!

Olman:

Fíjense que un día me fui con mi hermana a hacer unos mandados, de camino nos encontramos a unos conocidos con los que me quedé hablando, luego me volví a tomar del hombro de mi hermana y seguimos caminando, cuando escuché atrás que

alguien me llamaba, era mi hermana, resulta que yo me agarré del hombro de una muchacha que iba pasando.

Una de las cosas más divertidas que me pasaban antes, ahora no tanto, es que cuando camino acompañado lo hago despacio, pero si me desplazo solo lo hago rápidamente, entonces voy moviendo mi bastón de un lado al otro, deteniéndome en las esquinas para no golpear a nadie, lo extraño era que nunca me fallaba la puntería, siempre el bastón se introducía en medio de las piernas de las muchachas. (Olman presenta desprendimiento de retina en ojo izquierdo y secuela de quimioterapia).

Allá por el Instituto Nacional de Seguros hay una casona donde funciona un Café Cultural. Es un lugar para los empleados del INS, donde la gente pinta, dan aeróbicos, artes marciales y qué sé yo. Había un taller literario de un querido amigo, Francisco Zúñiga, excelente tallerista, para los que escribíamos en ese entonces. Nosotros subíamos muchas gradas para llegar al saloncito y un día las subí en una sola carrera, porque me estaba reventando, pido un servicio sanitario para orinar, me abren la puerta me prenden la luz, como de costumbre para que ellos vean, y me dice:

"¿Te la jugás solo?"

"Sí, sí, no te preocupés." Con el bastón encontré la taza, me cercioré de que tuviera la tapa levantada y me pongo a orinar, cuando empieza a hacerse una pringazón, qué raro, si no tenía tapa, bueno a duras penas pude terminar y cuando voy a halar la cadena me encuentro una perilla le doy vuelta y sale ese chorro para arriba, "era un bidé".

Roberto:

Hablemos de comidas.

Juan:

Llegamos al restaurante donde comemos en la empresa donde trabajo y nos dan carne, que generalmente, yo la pido en trocitos, pero esa vez me la sirvieron en bistec. Comienzo a tratar de cortarla, pero parecía una chancleta de lo dura que estaba, fue tanto el esfuerzo por cortarla que de repente se me zafó y fue a caer donde un compañero, pringándolo absolutamente todo.

Olman:

Estaba en un restaurante, pero tengo la mala costumbre que cuando estoy conversando o explicando algo, gesticulo mucho, levanto los brazos, muevo las manos y es tremendo, porque antes golpeaba a la gente. Resulta que ya nos sentamos, estoy conversando, muy efusivamente, levanto un brazo justamente, cuando iba pasando el mesero y "plin", y me levanto, pero ya venía un mesero a atendernos con la libreta y le di con la cabeza por las manos, se golpeó la cara y me decía que me quedara quieto.

Precisamente, cuando necesito algo lo empiezo a rastrear en la mesa con las manos y tengo un amigo que ya me había visto en esas escenas y cuando llegábamos a un restaurante y yo iba a empezar a buscar me decía: "suave, tranquilo Olman, que lo que necesitas yo te lo alcanzo", porque más de una vez le tocó atajar un vaso que iba en el aire o salvarnos de un reguero quitando el agua antes de que yo la botara.

Antes me pasaba que me ponía a conversar con alguien y me emocionaba y le explicaba, y cuando le pedía el parecer me daba cuenta de que ya se había ido y que estaba hablando solo. Ahora ya casi no me pasa, será porque casi no "hablo" por eso me gusta tener un programa de radio, ahí no importa si está hablando solo, nadie se da cuenta.

Recuerdo que tenía poco tiempo de estar ciego, era una Semana Santa y salí de la casa un poco deprimido, sin ganas de encontrarme con nadie, pero menos con una procesión. De pronto me detuve a pensar y una persona que iba pasando me preguntó que, si quería pasar la calle y le dije que no, que muchas gracias. Pasó otra persona y me preguntó lo mismo, lo mismo me pasó con 4 ó 5 más, hasta que le dije al último que sí. Crucé para que me dejaran tranquilo; cuando estaba al otro lado se me acercó una señora y me preguntó si iba a cruzar la calle, porque venía una procesión.

Juan:

Salí del trabajo y me fui para San José, de camino me dicen: "Hola Juan José, ¿cómo vas?". Unos metros después: "Hola don Juan, ¿cómo estás?", otro: "Diay Sancho", y yo me decía: "Que popular que me he vuelto", hasta que llegué a la casa y me di cuenta de que andaba con el carné con foto y nombre, en la camisa.

Como mi papá trabajó muchísimos años en comercio, yo lo acompañaba. Una vez llegamos a Heredia y llevábamos cobijas, vestidos y zapatos. En un lugar mi papá se detuvo y le ofreció a un señor la mercadería y entonces metí la cuchara y le dije: "mire señor, tenemos zapatos de muy buena calidad, como para usted". Seguí insistiendo y cuando me quedé callado nadie chistaba, hasta que mi papá le pidió disculpas y le indicó que yo era ciego, lo que había pasado era que el señor no tenía pies.

¡Sorpresa!

Con los productores de radio se encuentran dos productores más: Manuel Enrique Jiménez y Walter Ramírez Vega. Ambos conducen el programa radiofónico "Entre todos", y como buenos colegas, de inmediato se incorporaron a la amena charla de anécdotas que usted también podrá compartir a partir de este momento.

Manuel:

Una vez íbamos para una fiesta donde Luis Jiménez y quedamos de encontrarnos en un punto clave, donde siempre nos encontrábamos, en las gradas de la Catedral.

Estoy esperando y había una muchacha a la par mía. Como en ese tiempo uno veía algo, me di cuenta de que la muchacha volvía a ver para un lado y para el otro. Como media hora después traté de meterle conversación y le dije: "mire, ¿usted espera a alguien?, y me dice: "Claro que sí Manuel, lo estoy esperando a usted", era Mari Martínez. (También presenta Retinosis pigmentaria).

Allá por el cementerio de Guadalupe vivía una señora que se llamaba doña Zelmira, donde se alojaban personas ciegas que estudiaban en el colegio y la universidad. Como Luis Jiménez había vivido ahí, me pidió que lo acompañara a visitar a la señora, nos fuimos bajo un aguacero, cuando llegamos y tocamos alguien nos saludó, nos dijo que buenas tardes, contestamos el saludo y se hizo un gran silencio... al ratito oímos "lorita", era una lora que nos había saludado.

Walter:

Uno cuando chiquillo disfruta mucho las travesuras, nosotros teníamos por costumbre tocar los pitos de los carros apenas nos bajábamos del bus. Un día a un excompañero, que en paz descansa, le tocó ir de primero, pero con tan mala suerte que en uno de los carros estaba el chofer y le agarra la mano, pero se llevó doble susto, porque el señor la tenía muy peluda, se vino pálido, pálido, se sentó en el cordón del caño y prometió no tocar más en su vida un pito.

Manuel:

Yo era funcionario del Ministerio de Trabajo, en el Edificio Marshall, ahí cerca de la Avenida Central, en la Sección de Colocación Especial. Los compañeros me dejaron solo y me quedé esperando en el escritorio, pero nadie llegaba, en eso se acercó un compañero y me dice:

-"Diay Manuel, ¿no has atendido a la muchacha?"

El compañero le habló en señas y él me dijo que la muchacha era sorda y que tenía como media hora de estarme haciendo señas.

A Juan Diego y Lupita les pasó un chile cuando vivían en Guadalupe, (Juan Diego González y Lupita Gutiérrez son personas ciegas). Resulta que se pusieron a matar a un animal y le daban, y gritaban, y bueno..., cogieron la escoba, unos trapos, hasta que llamaron a unos vecinos y cuál fue la sorpresa, que les dice uno de ellos: "lo que hay aquí es una semilla de mango que ustedes le tocaron las hebras".

Walter:

Como a los 18 años me monté al bus de Heredia y me di cuenta de que nadie quería sentarse en un asiento desocupado, entonces yo pensé que, si ellos no lo querían, yo sí, y con la rodilla toqué la base de hierro donde va el asiento y me dejó ir, cuando me di cuenta estaba con las rodillas en la frente, porque no tenía donde sentarse, así que lo mejor es no confiarse de espacios libres cuando el bus va lleno, mejor es ir de pie también.

Juan:

Un día me fui con una barra a un salón de baile y me acerqué a una silla, donde toqué que la persona tenía el pelo largo, entonces la invité a bailar, pero no me dijo nada y me di cuenta de que se puso de pie; me quedé esperando que me diera el brazo, pero nada, hasta que me dijeron. "Diay, la muchacha está allá en la pista, esperándolo".

Manuel:

Otra vez iba con Feliciano Carvajal, que vivía en Ipís de Goicoechea, y yo también. El bus iba hasta el diablo de gente, cuando me dice Feliciano: "Manuel, qué hembrita más tuanis, vea qué lindo pelo tiene, toque, y Chano, quien sabe qué cuentas estaba

sacando porque, efectivamente, tenía un pelo lindísimo. Cuando hicimos la próxima parada, "era un hombre".

Walter:

Andrés Carvajal y yo fuimos compañeros en la escuela, el colegio y la Universidad Nacional. En una ocasión íbamos por una de las aceras de la Universidad y me dice: "Un momento mae, suave, que por ahí no podemos pasar, vea lo que hay en el suelo", y lo que había era un reflejo oscuro que ni él ni yo podíamos determinar qué era porque a mí no me dejaba acercarme y él porque juraba que lo que seguía era un paso de peligro. Le dábamos vuelta, por un lado, por el otro y nada, hasta que se acercó un profesor y nos dijo: "Pueden pasar, lo que hay en el suelo es una sombra".

Manuel:

Yo recuerdo un chile que nos pasó con la niña Clarissa, que quisimos tantísimo. Ella nos invitó al café del Teatro Nacional y como ella ya estaba muy mal de la vista, Víctor Vargas tuvo que ayudarle a salir, lo bonito del asunto fue que, cuando íbamos entrando, a doña Clarisa Mora se le cayó el abrigo y no se dio cuenta. Ese día estaba cayendo un aguacero... nosotros pensamos que era un felpudo y todos conforme íbamos entrando nos limpiábamos los pies en el abrigo, cuando dice Clarissa: "¿Qué se hizo mi abrigo?", entonces le digo yo: "Ahí está, botado".

Estábamos el finado Hugo Gómez y yo en España, en el aeropuerto, y como ese país es tan caro nos fuimos varios a tomar café. Nos ofrecieron pan, pero yo no quise, ni Hugo, porque el dinero no nos daba. A la hora de pagar cada uno preguntó cuánto debía, y nos dijeron que el pan era gratuito, por eso es importante que las personas videntes que nos acompañan nos lean las informaciones que aparecen.

Manuel Carvajal y yo veníamos por la Universidad de Costa Rica, bien picados, y como existían tantas barreras arquitectónicas, en un momento estábamos dando cuatro vueltas por un peñón.

Walter:

Yo no sé si Roberto se acuerda cuando, para un diciembre, íbamos para la casa de Manuel Martín Carvajal. Veníamos de la casa de Clarissa y nos quedamos en San José, enfiestados. Como a las tres de la mañana nos dirigíamos a la parada de Alajuela, allá por la Merced y, exactamente llegando al Mercado Central, abrieron una zanja de lado a lado de la acera, entonces nos fuimos por la calle, cuando nos dimos cuenta los tres estábamos en la zanja y ninguno de los tres nos podíamos levantar, imagínense como andábamos... Lo que recuerdo es que al día siguiente los nudillos de la mano tenían la piel toda arrollada y no sé si fue a Roberto o a Martín a quien le pedí un pañuelo, que tampoco sé dónde quedó.

Manuel:

Andábamos en San Rafael de Heredia: Feliciano, Mario Villalobos, Carlos Picado y yo, que era el más jovencillo, pero los 3 estaban bien calientes, cuando de pronto se fueron en una alcantarilla abierta y sólo yo me quedé afuera. Mario quedó tan mal que al otro día tuvo que comprar pantalón y camisa.

Olman:

Yo soy enemigo de los carros atravesados en las aceras, porque son un peligro para niños, jóvenes y viejos, que tienen que lanzarse a la calle. Un día vengo de malas y como ya le tenía el ojo puesto a un lugar donde siempre los dejaban en la acera, empiezo a darle al carro, me acerco a la ventanilla y pregunto quién es el dueño; como no aparecía el dueño le pegué el claxon. Un señor se fue a llamar el dueño y yo saqué un lapicero para apuntar el número de placa y cuando se montó el chofer salió aventado con el carro y nunca supe de quién era.

Manuel:

A mí no me gusta grabar las lecciones, por eso en un curso de Realidad Nacional saqué la regleta y el punzón y me puse a tomar apuntes, cuando me doy cuenta la profesora se queda en silencio y dice: "disculpen muchachos, pero hasta que el joven no haga silencio y deje de jugar, no puedo seguir dando la lección".

Walter:

La no aceptación de la ceguera nos puede acarrear serios problemas, como en el caso de Andrés Carvajal. Precisamente veníamos de donde doña Clarissa, de pedirle que nos adelantara la beca y como no hubo forma, Andrés me sugirió que nos fuéramos a pie, para ahorrar. Llegamos a una acera que, conforme íbamos caminando, la calle quedaba abajo y le digo: "Andrés, ¿qué es esta cuestión?, vamos subiendo".

- "No, no, vamos bien"

- "¿No estás viendo los techos de los carros abajo?"

Entonces me dice Andrés, espérate para ver, yo te voy a decir si estamos bien o mal, y se dejó ir... cuando oigo el golpe en la calle, a más de 2 metros abajo, y empiezo a gritarle que qué le pasó, pero no me contestaba, del susto me puse a ver si me tiraba o no, cuando me dice un señor: "no se tire, porque el muchacho está muy golpeado, mejor devuélvase los 300 metros", y, para que sepan, Andrés duró internado en el hospital mes y medio con la boca llena de alambres.

Manuel:

Bueno, a veces a uno le pasan cosas no por la no aceptación, sino por la cantidad de obstáculos. Una vez veníamos por la Facultad de Farmacia mi hermana Lidiett y yo, y nos encontramos con una curva sin baranda y nos fuimos al zacate que quedaba como a metro y medio abajo. A ella se le quebró la pierna en 3 partes porque cayó en una cuneta y yo no me quebré porque caí en el zacate.

Olman:

Yo sufrí una fractura de cadera porque estaba en un restaurante en la playa después de cuatro meses de no tomarme ni una cerveza y, como no había trabajo, acepté la invitación de un amigo, me tomé siete cervezas. Cuando salí, alguien me llamó, pero no me detuve, cuando volví a oír, esta vez me gritaron: "Olman", caí dos metros y algo hasta que me recibieron unas piedras planas del río.

Manuel:

A mí casi me pasa allá en el Monte de la Cruz. Veníamos un montón de compañeros y, aunque también nos acompañaban personas videntes, seguro se olvidan de uno, porque lo ven desenvolverse bien y como en este lugar hay muchos puentes sin baranda, me acerqué a la plataforma, sólo me faltaba un paso para caer, cuando alguien gritó: "Manuel", el siguiente paso era seis metros abajo, yo no sé si estuviera vivo.

Walter:

Andábamos en Santa Rosa de Santo Domingo de Heredia y Feliciano Carvajal estaba urgido de un desodorante, resulta que se encontró un spray y sin pedir permiso se lo puso por todo lado, pero el tarro era de Baygón, de ese de antes, que no olía nada bien, por cierto.

Manuel:

En la Universidad teníamos una compañera que trabajaba en política con nosotros, José Gutiérrez estaba profundamente enamorado de ella y como Feliciano es tan creativo para las bromas, llega y nos dice: "Vamos a meterle estas anonas al maletín de José y le decimos que ahí le dejó esa muchacha". Cuando llegó José le dijimos que ahí le habían dejado, ¡lo vieran!, andaba rajando por todo lado con las anonas.

Alexis Carmona en la escuela me empujó una botella y me quebró un diente, pero, por razones económicas me lo traté hasta que llegué a la universidad. Me le hicieron una coronilla, pero antes le hacen como un diente plástico para darle forma. Durante un mes venía con una muchacha que me gustaba y se me viene un estornudo y se me va cayendo la condenada chuncha esa, seguí caminando disimuladamente y ella me dijo: "Manuel, se le cayó el molde", hasta que sentí que me subieron y bajaron. Aunque ella me lo dijo con toda naturalidad.

Walter, Andrés y yo fuimos compañeros en la universidad y, desgraciadamente, había un profesor que siempre quiso jugar con nuestra deficiencia visual. Nosotros hacíamos los exámenes en Braille y posteriormente se los leíamos. Ese día el profesor me pidió que llegara temprano. Al día siguiente me puso a leer los dos exámenes y no pude leer el de Andrés, ¿qué fue lo que pasó?, que creyó que le iba a dar tiempo para ir a aprenderse la materia con las preguntas que se aprendió de memoria y al otro día se las iba a leer chorreadas, pero qué va, al rato lo llamó y lo puso a leer el examen, y se lo dijo al dedillo, después le dio el mío y también se lo leyó, cuando en eso le dijo que ya yo le había leído las dos pruebas y que nos iba a perjudicar a los dos.

Juan:

Uno muchachillo no termina de aceptar la ceguera, entonces se me presentó la oportunidad de ir con una muchacha al cine de Moravia, y nos fuimos. Como era en la noche me fui arrimadito a ella para no golpearme, porque iba sin bastón, al rato me metí en un charco y le dije que fue por venir hablando, luego me quise ir a un hueco y así me fui disculpando hasta que ya casi llegando pensaba: "¡Qué embarcada, con estos cambios de luces! y yo que no veo", la cuestión es que me faltaba tan poco para llegar, y me va recibiendo un poste, ahí sí que ya no hubo quite.

Walter:

Hay cosas curiosas, una vez vine a San José y pedí la primera cerveza, consté que era la primera. Al puro frente yo podía apreciar todas las sombras que se movían, entonces llamé al muchacho que atendía y le dije: "¡Qué problema!, no hay música, estoy tomando sin hablar, ¿por qué no le sube el volumen al televisor?", y me dice: "Disculpe, pero lo que tiene al frente no es un televisor, es un espejo".

Manuel:

Luis Jiménez sabía que en la Facultad de Medicina había un profesor que no creía en las personas ciegas para profesionales en Fisioterapia, entonces se fue a hablar con él, pero no le dijo que era no vidente. Al rato de conversar el profesor le pidió que lo siguiera por los pasillos y, aparentemente, el hombre tuvo la malicia y la maldad de dejar una puerta entreabierta y ahí Luis hasta que sonó...

Ahora dejamos a estos productores de radio para que preparen con tranquilidad la próxima edición, mientras nosotros seguimos adelante con nuestra lectura.

Reminiscencias del Caribe ([Regresar a la tabla de contenido](#))

El 6 de septiembre de 1998, esperaba a Celia Brenes González y a Pedro López Velázquez, dos amigos invidentes que compartirían esa tarde muchas experiencias en su vida, que hoy como esposos sienten que valió la pena pasar para estar juntos.

Mucho rato después de estar hablando, Celia me ofrece una cinta y me indica que en ella está su biografía, que la escribió antes de casarse y que quiere conocer mi opinión para ver si es posible incluirla en este trabajo.

"Yo le puse Ojos sin Luz", "pero cuando se la enseñé a Pedro me dijo que así se llamaba una canción, bueno lo importante es que yo no copié el nombre, porque desconocía la existencia de la canción; tome, escuchemos, y cualquier cosa la aclaramos de una vez."

Roberto: Tomé la cinta y lo que en ella encontré es lo que ustedes pueden leer en este momento.

Ojos sin luz ([Regresar a la tabla de contenido](#))

En 1953 vino a este mundo, en un lugar que mira al Océano: "Puerto Limón". Una niña llamada Celia Brenes González inició sus primeros pasos lentamente, descubriendo las formas, las distancias y los tamaños con sus pies, sus manos y su cuerpo entero.

Los pajaritos la enseñaron que ya el sol despuntaba, que se iniciaba un día nuevo, un rezo a su imaginación.

Los almanaques pasaron; no recorrió el camino a la escuela, porque no se había descubierto que la yema de sus dedos miraban, que la brisa en su rostro era su brújula, ni que sus pies podían andar en las tinieblas.

A sus 24 años un rayo de luz entró al cerebro de sus padres, las palabras de la doctora Villegas. Esta luz le trazó el camino a la escuela de Limón, logró la conclusión de estudios primarios. La luz se apagó de nuevo en el cerebro de sus padres, volvió a la oscuridad sedentaria del hogar.

Tiempo después, a escondidas de sus padres, logró apoyo de la Pastoral Juvenil de Desamparados, pero por ausencia del Sacerdote la ayuda no se concretó.

Presionada por el tiempo de matrícula en el Instituto Hellen Keller, un Profesor la llevó a vivir a la casa de Pedro López, también de pupilas sin luz.

Con Pedro pasó ratos hermosos, con él conoció el amor de pareja, tenían mucho en común, menos la religión. El prejuicio y la prepotencia del profesor los separó. Continuó sus estudios en el Patronato Nacional de Ciegos; una caída le ocasionó una lesión en la columna, pero continuó su formación en el Instituto Hellen Keller, donde consolidó su formación, para lograr vida independiente, graduándose en octubre de 1987; aunque la ausencia de su familia y de su novio nubló la alegría de ese día.

Comenzó a trabajar en el Taller Protegido de Industrias de Buena Voluntad, donde vive la satisfacción de pertenecer a una sociedad que produce, comparte, goza y sufre.

Ahora vive la vida con entusiasmo, sus días pasan y los años también, formando una cadena, cuyos eslabones son todas las personas que ha logrado conocer, con quienes comparte esta luz radiante, la gracia que Dios generosamente ha depositado en cada ser.

Siente que no es distante de los demás, porque día a día tiene la oportunidad de dar y recibir y como sus ojos no pueden distraerse en lo aparente, puede percibir lo esencial en cada ser humano; esto le da la alegría así, apreciando cada eslabón de esta gran cadena humana que nos lleva a la eternidad.

Varias horas estuvimos comentando acerca de la rehabilitación y la educación especial con Celia y Pedro. Una de las cosas que no tenía muy claro era a cuál profesor del Patronato se refería en su autobiografía, pues esta institución nunca ha contado con educadores de planta. Me aclaró que se trataba de una persona ciega que prestaba un servicio de voluntariado, pero ella le decía profesor, porque era quien le daba clases.

Para alejar de nosotros la atmósfera de nostalgia que nos estaba invadiendo y además, para poder conocer algo más respecto a la vida de Celia, en el tiempo que nos narró, en su trabajo, decidimos contar algunas anécdotas como las siguientes:

Pedro:

En una ocasión viajaba con un compañero por la soda El Parque, que está cerca del Parque Central, entonces decidimos entrar y pedimos café con leche y unos arreglados. Él sacó un billete y pagó, nos pusimos a conversar un rato y cuando terminamos de tomarnos el café, Miguel se altera, y yo no comprendía por qué estaba así, entonces le dije:

- ¿Qué te pasó muchacho de Dios?, y me contestó:

- ¡Nombre!, esta gente que no nos tiene consideración, voy a coger una servilleta para limpiarme la boca y casi me paso el billete de vuelto por la boca; yo pienso que las personas que trabajan en esta soda no tienen formación para atendernos a nosotros, pero por lo menos podían avisar cuando dejan el dinero de vuelto y dónde están las servilletas.

En otra oportunidad estaba esperando la comida y como mi esposa se tardaba, empecé a entretenerme echándome a la boca algunas migas de pan que estaban en la mesa, de pronto, nada más se me ocurrió decir: ¡Qué hijuela mama, ya me comí una cucaracha!

Celia:

A mí lo que me pasó fue que cuando estaba recibiendo clases en el Patronato, con la niña Lucrecia, ella me regaló un pedazo de cajeta y además me dio plastilina para que hiciera figuritas y yo me comía la cajeta y hacía muñequitos, de pronto me equivoqué y me comí la plastilina.

Pedro:

Antes, el Ministerio de Salud no tenía tantos controles para la venta de comidas ambulantes como ahora, y yo sentí un olor muy sabroso, decía: ¡Qué rico huele, caramba, que ganas de comerme esa carnita asada! Cuando por el olor llegué al tramo donde estaba y al estirar la mano me llevé una igran quemada!

En la escuela yo era un fanático de los jugos de melocotón y a la escuela se los regalaban entonces yo, todo emocionado, abrí mi tarro y empecé a tomar, pero el sabor no se parecía en nada y era que un compañero me lo había cambiado por un desagradable jugo de tomate, que por cierto nunca me gustó.

Yo tenía un amigo en la escuela que se llamaba Geovanni y él iba a mi casa a "pasar", entonces le dije que yo lo guiaba y resulta ser que cuando empezábamos a caminar me di cuenta de que el puente que teníamos que pasar estaba más alto, por lo que le dije a mi amigo que siguiera por ahí; cuando me di cuenta estaba gritándome un montón de improperios y era porque casi, casi, cae en el río Aguilar.

Celia:

Bueno, yo vendo refrescos y repostería y resulta que un día llegó un muchacho nicaragüense a comprarme un refresco y un quequito; eso costaba 90 colones, entonces me pagó con, supuestamente, 500 colones pero al momento llegó una conserje y me preguntó que si el muchacho me había pagado bien, porque lo vio muy sospechoso contando el vuelto en las escaleras, le enseñé el billete y resulta que eran 500 córdobas de Nicaragua; por suerte un joven que trabaja en la Clínica conserva monedas extranjeras y me dio los 500 colones por el billete que me dejaron.

Roberto:

Ya sabemos las cosas que a Pedro y a Celia les acontecen en su vida cotidiana, pero no hemos terminado de conocer cómo, unas vidas tan afines, lograron romper las

barreras que los separaban y así servir de ejemplo para otras parejas que viven situaciones similares.

Mientras conversamos, tengo la impresión de estar ante un guion de telenovela, donde confluyen la ignorancia, los prejuicios, el fanatismo religioso, la pobreza y, por encima de ellos, el amor y los deseos de superación van encontrando un espacio por el cual asomarse. Lo cierto es que no se trata de una obra de ficción y por eso estoy en la obligación de ser lo más minucioso posible, para que la sociedad conozca el pensamiento de sus protagonistas y tal vez decida reflexionar, para no incurrir dos veces en el mismo error.

Celia:

En 1987 decidí aceptar, formalmente, a Pedro como novio, pero en mi casa no estuvieron de acuerdo, especialmente mi mamá, porque como mi papá estaba enfermo y él pensaba que no debíamos casarnos por ser no videntes los dos, dijeron que si teníamos hijos cómo íbamos a hacer para cuidarlos. Yo les expliqué que era un noviazgo y si nos entendíamos ya nos haríamos exámenes y todo, pero mi mamá, que era la que hablaba conmigo de eso, porque ya a mi papá la enfermedad lo tenía muy mal, tanto que ni caminaba, y por último me dijo que, si papá moría estando yo casada en San José, ella no me avisaría.

Cuando Pedro llegó a la Cruz Roja, donde funcionaba el Taller, le dije que ya no quería nada con él, pero sólo Dios sabía que no era así, lo que no quería era tener un cargo de conciencia. Fue tanta la depresión que me dio que me enfermé y tuvieron que llamar a mi mamá para que me llevara al especialista, en Limón. Donde la doctora le dijo a ella que me dejara hacer mi vida, que me permitiera estudiar tranquila y que era normal que nosotros hiciéramos nuestra propia vida, aunque no viera.

Como mi mamá no atendía razones, me fui para la Iglesia y le pedí a los miembros de la comunidad que me ayudaran; ellos hablaron con mi papá y le dijeron que yo me portaba muy bien, que no recordaban ningún caso donde una mujer de 37 años les pidiera permiso a los padres para casarse, entonces mi papá, dicen que, con lágrimas en los ojos, aceptó.

Cuando Pedro llegó a Limón pensó que ya no podría hablar con el suegro porque estaba con vómitos, de la diabetes que se lo llevó a la tumba, pero mi mamá ya estaba de acuerdo con nuestra relación y, como mi papá se sintió mejor, Pedro pudo conversar y pedirle la mano, él le dijo que tranquilo, que todo estaba arreglado. Pusimos la fecha de la boda y nos casamos en Limón, para que mi papá pudiera verme vestida de novia, ya que no podía caminar.

Una semana después nos vinimos a la capital y por problemas con mi suegra no pudimos vivir con ella, entonces alquilamos un departamento; luego, en el trabajo de Pedro conseguimos una casa propia, donde vivimos desde el 92.

Con el sueldo de Pedro no podíamos vivir y, como yo ya me sentía segura de poder trabajar, porque en el Taller Protegido adquirí seguridad, entonces conseguí, un mes antes de casarnos, un puesto de venta de Coca Cola.

Roberto:

¿Qué pensás de la relación de pareja entre personas ciegas?

Celia:

Yo siempre quise casarme con un ciego, porque hay personas ciegas y videntes que se casan y se separan, porque tal vez la persona vidente dice: ¡Díay, yo no puedo vivir con una persona así!, y el ciego no se va a sentir bien.

Roberto:

El 16 de febrero de 1991 Celia Brenes y Pedro López unen sus vidas para compartir sus alegrías y tristezas.

Si me voy al pozo no cuento este cuento

[\(Regresar a la tabla de contenido\)](#)

La tarde avanzaba, Celia me contaba su historia y Pedro la adornaba con algunos pasajes olvidados por su esposa. Un rato después me acerqué a Pedro y le manifesté que me parecía muy bien su aporte en la narración de ella, pero que ahora le tocaba el turno a él porque, aunque lo conozco desde que éramos escolares, hay aspectos de esa persona que nació en la frontera con Nicaragua, que pueden ser de crecimiento para los lectores y sólo él los puede contar.

Pedro:

Yo nací en San Jorge de Upala y al tiempo nos trasladamos a Los Chiles; allá, casi en Nicaragua.

Roberto:

¿Cuál es tu patología visual?

Pedro:

Según dice mi mamá, me cayó fuente en los ojos y perdí la vista.

Roberto:

¿Fuente?

Pedro:

Bueno, la verdad es que yo todavía no entiendo bien, pero lo que me dijo mi mamá es que cuando nació y se le rompió la fuente, parte de ese líquido me cayó en los ojos.

(Un tanto extrañado por el diagnóstico que Pedro me brindaba, consulté con una exmaestra de él y me explicó que Pedro presentaba Anoftalmia Bilateral, que consiste en la ausencia congénita de ojos).

Pedro:

En aquel tiempo no había tantos adelantos, como ahora, entonces fue una partera la que la atendió, como hacía mi abuela también.

En Los Chiles estuve como hasta los 6 años, porque a los 7 años me mandan solo a San José.

Roberto:

¿Y cómo supieron de la escuela estando en una zona tan alejada de la capital?

Pedro:

Fue un señor, que se llama Miguel Ángel Grillo, que habló con una señora que le decíamos tía Josefa. Le contó que él era ingeniero y que sabía que en San José estaba la Escuela Fernando Centeno Güell, para niños ciegos.

Mi mamá en un principio no quiso, pero de tanto decirle y decirle y, seguramente, le tocaron la hebrita ésta, del corazón, diciéndole que ¿qué sería de mí el día que ella faltara? A raíz de eso aceptó, con el dolor de su alma y allá estuve 11 años estudiando.

Roberto:

Antes de trasladarnos a la escuela me gustaría saber ¿cómo un niño ciego de 6 años podía jugar, caminar y aprender en la zona en que vivías?

Pedro:

Lo que yo recuerdo es que siempre me gustó la radio y para mantenerme quieto, mi mamá me ponía música, incluso una vez mi mamá se llevó un susto porque, en Los Chiles, la gente sacaba el agua de los pozos y en una ocasión me salvé de milagro, porque me llamó la atención lo alto del brocal del pozo y entonces me subí, y me quedé tranquilo. Mi mamá me vio y se vino, sin hacer ruido, para agarrarme, porque si me hubiera movido, caigo y me mato.

Después de ese incidente me tenía más en la casa para que no me pasara nada malo, de hecho, otra vez yo escuchaba un tic tac, tic tac, y en un descuido de mi tía le cogí el despertador y ella me habló bruscamente, para que no travesiara y del susto, lo dejé caer y se despedazó.

Yo empecé a conocer la casa gateando.

Roberto:

¿Cómo todos?

Pedro:

Bueno, pero yo ya estaba grande y para desplazarme utilizaba las manos, como los animalitos, podríamos decir que a los 6 años las manos me servían de bastón, a través del tacto yo sabía si las cosas eran feas o bonitas. Cuando iba al baño, que quedaba afuera, la letrina, en la casa de mi tía había una especie de muellecito, un andén, y yo me agarraba de una barandita o iba gateando y así lograba llegar al baño.

Ya a los 7 años me mandan solo para la escuela y para mí esa fue una experiencia muy dura, porque me mandaron del campo a la ciudad.

Roberto:

Tengo la impresión de que te criaban muy dependiente y si ibas para una escuela, ¿cómo ibas a hacer para tu higiene personal y alimentación?

Pedro:

Mamá me bañaba, me mudaba, porque era más fácil ponérmela que enseñarme. Siguiendo con el relato, en ese entonces, de Los Chiles de Upala a la capital se viajaba únicamente en avión y cuando estoy en la aeronave, me dio un ataque de llanto!, porque viajar en ese aparato por primera vez, ¡imagínate qué experiencia más horrible sentir la bajada y la subida solo!, pero no me moví del susto, hasta que llegamos y el ingeniero me esperaba para llevarme a donde doña Dorita Santiesteban, directora de la Escuela.

Mi primera maestra fue la niña Orieta Ramírez. Con ella yo fui aprendiendo a conocer las cosas sin tener que gatear, para comer fue un triunfo y todavía recuerdo que nunca había comido ensalada y para podérmela dar tuvo, don Alexis Quesada, que en paz esté, que decirme que me iban a poner una inyección y del mismo miedo aprendí a comer hortalizas, que para mí eran nuevas.

Roberto:

El tema de la escuela lo abordamos ya en otro libro, pero Pedro estuvo en la transición de una escuela con internado a la educación integrada, donde los alumnos se incorporan a la escuela de la comunidad y por eso queremos conocer cómo se integró a la comunidad sin tener a la familia junto a él.

Pedro:

Viví unos días con un compadre de mi mamá. Recuerdo que don Francisco Arias, director de la Escuela, en ese momento, me habla del nuevo hogar sustituto. Me enviaron a Barrio Pilar, donde doña Amparo y don Fidencio, una familia de nicaragüenses que eran tíos de un tocayo tuyo: Roberto Carlos, que era no vidente.

Roberto:

¿Y cómo te trasladabas del hogar sustituto a la escuela?

Pedro:

Ahí estaba lo difícil, porque como yo no le puse mucho interés a las clases de rehabilitación, no podía ir solo. Por dicha el compañero Julio Chacón me llevaba y si no llegaba me quedaba en la casa y eso era un tormento, porque una voz me decía: "¡Tú puedes, debes perder el miedo!" y cuando ya lo iba a hacer me dominaba el miedo, hasta que un día lo intenté y logré llegar solo.

Roberto:

¿Y después de la escuela?

Pedro:

Ya mi familia se vino, mi mamá consiguió un trabajo en San José y me fui a vivir a Paso Ancho.

Termino la primaria en 1978 y en 1980 ingreso al colegio Napoleón Quesada, el problema era que yo no estaba orientado para seguir la secundaria y los profesores se preguntaban cómo podían darme clases. Algunos me hacían los exámenes orales y otros me tenían como oyente, porque no podían evaluarme.

Gané primer año y segundo, me dijeron que fuera un día y otro no llegara, por lo que salí de estudiar y me enclaustré en la casa, donde sólo escuchaba radio,

televisión, comía y dormía todo el día. Después me incorporé al Instituto Hellen Keller, donde me recogían en un carro que llevaba al director, don Antonio Cabezas, pero iban por mí un día y otro no llegaban, hasta que el mismo don Antonio me quitó el transporte, porque dijo que conmigo no iban a perder más el tiempo, que yo no aprendía nada, ni Braille siquiera, cosa que es todo lo contrario.

Vuelvo a la casa, al mismo enclaustramiento y fue cuando doña Clarissa, que en paz descansé, le habló a mi mamá de tu hermano Juan José y él nos invitó a las reuniones de ustedes de la Asociación Pro-Trabajo, Capacitación e Integración del No Vidente (APTRACINV), ahí empecé, como los recién nacidos, a abrir los ojos, aprendí a caminar solo y después me consiguieron un trabajo, donde estoy actualmente. Yo calculé que a los tres meses me tendrían la carta de despido, pero me tuvieron paciencia y me dejaron en la Cooperativa Dos Pinos. Sentí la satisfacción de ganarme el dinero con el sudor de la frente.

Después teníamos un problema, porque nos iban a botar de la casa donde vivíamos y la asociación me incluyó en las solicitudes que tenían para vivienda y por dicha nos dieron casita en Purrál de Guadalupe.

Roberto:

Bueno, ya tenía trabajo, casa y sólo le faltaba novia, ¿cómo fue que lo flechó Cupido?

Pedro:

Bueno, yo conocí a Celia en la Asociación; me parecía que ella sentía algo hacia mí, pero como yo no tenía experiencia en tener novia..., pero nos hicimos novios y como Celia era tan católica y yo, en ese entonces, estaba influenciado por los evangélicos, nos dejamos por un tiempo. Pensé que se había ido para Limón y un día de tantos decidí buscarla. Una compañera, Vilma Hernández y el esposo, Manuel, que en paz descanse, me pasaron el santo de que Celia estaba en el Taller, trabajando. Mi

mamá la llamó y ella casi se atraganta con el almuerzo, porque pensó que era una mala noticia.

Estuve visitándola varias semanas, continuamos el noviazgo. En ese momento me apareció una muchacha que me pintó pajaritos en el aire y, como yo no tenía experiencia, terminé con Celia, y casi termino con lo que hoy es un matrimonio feliz. Actualmente, yo ayudo en la casa pagando los recibos de la luz, el agua, el teléfono, saco la basura y me siento muy contento de compartir esta experiencia matrimonial, aunque no niego que a veces es difícil, por ejemplo, un día, sin darnos cuenta, Celia se estaba tomando mis medicamentos y yo los de ella, hasta que nos sentimos mal y acudimos a un vecino que nos sacó de la duda. Ahora la familia de ella nos separa los medicamentos y a Celia se las preparan en grupitos para que se las tome en un tiempo todas.

Roberto:

Las personas tenemos derecho a la recreación, ¿ustedes ejercen este derecho?

Pedro:

Bueno, para pasear no tenemos muchos problemas, a mí me gusta ir al cine y que, si la película es en español, la persona vidente que va con nosotros nos explique algunas cosas que no entendemos, también vamos solos y la escuchamos.

Celia:

Algunas veces la gente se compadece de nosotros o nos dice que ¡qué lindos!, pero yo les digo que nosotros somos personas iguales a ellos, únicamente que no vemos, pero podemos seguir a delante.

La noche ya cayó y la lluvia no cesa, por lo que acompañe a mis amigos a abordar el autobús y con ellos se van un cúmulo de vivencias que hoy podemos compartir, en parte, con todos ustedes.

Hablemos a calzón quitado ([Regresar a la tabla de contenido](#))

El 7 de septiembre de 1998, dos excompañeros de la escuela y amigos de siempre, dedicaron varias horas para entregarme un material lleno de anécdotas, descritas con un lenguaje típico de aquellas personas que comparten con el público que transita nuestras aceras para ir a sus trabajos o conseguir un número de lotería, de esos que Álvaro Vega Vega y Margarita Artavia Cubero tienen para sus clientes.

Por unos minutos pensé en la mejor forma de redactar estas páginas para obviar alguna lisura o expresión que pudiera herir la susceptibilidad de algún lector, después llegué a la conclusión de que editar la versatilidad lingüística de mis amigos era restarles autenticidad y por ello someto a ustedes el producto de la experiencia cotidiana de Álvaro y Margarita.

Margarita:

Les vamos a contar algunas anécdotas y chiles que nos pasan, para que los compañeros no videntes y público en general las disfruten y que, gracias a Dios, en lugar de sentirnos frustrados o tristes, vacilamos con las cosas que nos pasan. Cualquier cosa nos perdona el vocabulario, pero, así como pasaron las cosas se las contamos.

Un día de estos tenía visitas en la casa, eran Olman Azofeifa, que es no vidente y el hermano, Edwin. Me fui a hacer unas compras a Palí y el hermano de Olman me ofreció acompañarme, cuando estaba adentro, usted sabe que como uno no ve anda estirando las manos para tocar lo que hay en los estantes; cuando salí el hermano

de Olman estaba muerto de risa, porque dice que mientras yo estiraba las manos un hombre iba para atrás, porque casi le agarró la "jareta".

Una vez Álvaro me invitó a Sardinal, donde unas amistades, para que fuéramos a pasear. Como tenían caballos nos dieron ganas de montarnos, a ver cómo era la cosa. Álvaro se montó de primero, todo buchón y cuando le va a buscar la rienda al caballo, para caminarlo, lo que le tocó fue el rabo, ise había montado al revés!

Álvaro:

Cuando vivía en el Hogar Montserrat, la Pozuelo regalaba galletas y esa vez los carajillos estaban planeando cómo robarse algunas cajas y como yo soy chiquitillo, y en ese tiempo era muy flaco, me ayudaron a meterme a la bodega.

El plan era que yo les pasaba las galletas por una ventanilla; al rato los chiquillos salieron escuechados y alguien siguió apañando las galletas. Cuando terminé, nadie me ayudó a salir y entonces me dejé ir desde arriba y caí en las patas de la Madre Superiora, que se había levantado y me dijo:

-Anda hijo a dormir, mañana hablamos.

Margarita:

"Pobrecitos los cieguitos, se suben al bus a buscar campos solitos". Se sube Álvaro, toca con el bastoncillo el campo vacío se "manda riquísima" y sólo estaba la armazón de hierro, quedó con el "culo" en el suelo, las patas para arriba y muerto de risa", entonces un señor trataba de ayudarlo y nada que podía y más risa le daba, por fin tuvo que encoger los pies y salir por debajo, como un "gatillo".

Álvaro:

Las vacaciones pasadas fuimos a la playa, con mi mujer y los "chamaquillos". El mar estaba más o menos bravillo, las olas lo revolcaban a uno y la doña, como es media "miedosilla" se metía conmigo, iimagínese en lo que confiaba! Llegó una ola

y nos hizo revolcados, pero había bastantilla gente, en el momento que yo me levanté, todo tonto, abracé a una mujer y le dije: ¡Ay, mi amor, iqué dicha que te encontré mi cielo!, ¿no te pasó nada?, y me dice la mujer:

- ¡Ay, iqué cariñoso que es este hombre!, imuchas gracias por preocuparse por mí!

Margarita:

De mis dos primeras hijas, Marcia era muy terrible, un día el papá se las llevó a la otra cuadra, a comprar algo y la chiquita se le zafó y Marciano se puso en cuadro en la acera y decía: ¿Qué se me hizo? Con las manos estiradas, abiertas hacia delante, el culo estirado para atrás y agachado, y todas las mujeres se pasaban a la otra acera, porque les iba a tocar las piernas, y daba vueltas; se vía vacilona. Cuando mi hermana lo vio y nos contó, duramos días riéndonos de ese chile, ¿se imagina qué cuadro?

Estando en el correo, por cierto, con Marciano, era un primero, y el 01 estaba en su apogeo, por ser la fecha. Estaba "Cochecho", Víctor Hugo, y pasó un señor preguntando por el 01 y lo vacilamos, le decíamos que estaba más caro, que se lo vendíamos acompañado, y Cochecho se lo ofreció al doble y si le compraba otro entero más. El señor se arrancó y nos dijo a todos:

- ¡Me cago en todos ustedes!

Y le palmetió la espalda a Marciano y le dijo:

-Menos en usted.

Marciano le dijo: "¡Muchas gracias, muchas gracias!", y el señor le dijo:

-No, es que a usted lo voy a dejar para limpiarme, "hijueputa".

Hace como 4 ó 5 años fui a la caminata de la Virgen de los Ángeles, a Cartago, el 2 de agosto me fui para donde una amiga, muerta de cansancio y de hambre, y le digo: "¡Ay Deya, viera qué hambre traigo", y me dice:

- ¿De verdad?

Resulta que alista un plato de comida, yo estaba en la sala y lo pone en la mesa y dice:

"Aquí está, venga"

"Juepuña", me cuadro yo con ese plato, riquísimo, y me hace mi amiga:

"Ay Margarita, disculpe, éste es para mi esposo que ya se va para el trabajo y tiene que desayunar bien".

Lo peor fue que ya yo había mordido hasta la carne.

Álvaro:

Ahora que Margarita habla del 2 de agosto, recuerdo cuando vivía en Kurú. Al frente tenía un amigo muy vacilón que se llama Jimmy, y esa vez le dije que fuéramos a la caminata de Cartago, con Freddy, el hermano de Mari. El asunto es que Freddy se encontró con unos amigos y se fue por otro lado, la cosa es que el cabrón de Jimmy me quitó el bastón, y se hacía el ciego para golpearle los pies y la jupa a la gente que estaba durmiendo. En ese momento se encontró a un amigo que vivía en Sagrada Familia y el amigo, todo asustado saludándolo:

- ¡Que cómo se encuentra!, ¡cómo está mi hermano?!

Y le dice Jimmy:

- ¡Díay, fijate lo que es la vida, aquí ciego!

El pobre muchacho ya se iba a poner a llorar y suelta Jimmy la risa.

Ese mismo día, ya para venimos para San José, agarró el bastón, para que nos coláramos en la fila del bus, y la gente nos decía: ¡vayan adelante, los ciegos van

adelante!, y yo venía guindando del hombro de él, hasta que llegamos donde el policía, y dice el paco:

- "Éste de adelante sí es ciego, pero el de atrás no, vean qué ojos, usted se me va para atrás"

Y le digo: "nombre, si el ciego soy yo", entonces se enojó y nos dice:

- "Ah no, entonces vayan a hacer fila los dos, por cabrones".

Margarita:

Esta anécdota es a modo de comentario, porque la gente quiere ayudarnos a montarnos en el bus, y un día una persona iba a ayudar a Alvaro, cuénteles Alvaro, cómo lo cogían.

Álvaro:

A sí, el señor me subía el brazo y yo subía el pie, después me lo bajaba y yo bajaba el pie, así pasamos tamaño rato, hasta que por fin le dije: imire señor, suélteme a ver si acaso entro, porque parezco un muñeco!

Otra vez, yendo por As de Oros, ime pegué un resbalonazo!, hermano, que vieras, di como tres vueltas y me agarré de la pared, y un señor que estaba cerca me iba a ayudar, según él y no le voy agarrando la "polla".

Un día me voy para la Junta, a hacer una devolución de lotería, y estaba cayendo tremendo aguacero. Allá por el Hospital de Niños había una gran zanja y como yo venía soplado ijuas!, el enano adentro del agua, pataliando y todo, lo vacilón es que llegó un viejo, según él a ayudarme, puso un pie en la acera y el otro en la calle y con un paraguas me iba a sacar, cuando se viene de jupa, icasi se ahoga!, yo salí gateando, parecíamos las fábulas.

Cuando trabajaba en la Numar, venía rápido por el parquecito de La Gloria; en ese tiempo pasaban carros por esa Avenida, y una señora estaba medio agachada, escogiendo unos aguacates y la enganché con el bastón por detrás, la disparé por los aires, cayó al otro lado de la calle y este pobre se resbaló en un aguacate y también se cayó, la cuestión es que la señora peleaba conmigo acostada y me decía: - ¿Por qué estos ciegos andan en la calle?

Y yo: ¿Por qué estas rocas andan aquí estorbando?, y la gente riéndose de vernos peleando acostados en la calle.

Margarita:

Yo antes podía ver mucho en el día, pero en la noche no, y como no estaba muy acostumbrada a andar con el bastón entonces nos íbamos juntos Álvaro Vega, Hugo Araya y yo para Hatillo 6, entonces nos paramos a esperar el bus, allá, cuando paraba por la Iglesia La Merced; entonces nos soltamos un momentito y cuando Álvaro se volvió a agarrar, se agarró de un señor y se lo llevó soplado, ahí para abajo; y Álvaro le decía: "Hugo, Hugo, ¿por qué va tan rápido?, y dobla el señor para la izquierda y le hacía: "Hugo, por aquí no es". Al rato se soltó y se devolvió, en ese mismo momento estaba yo perdida por dentro de la malla de La Merced; hasta el mucho rato de estar para allá y para acá encontré la salida y a como pude me fui para la parada, y Hugo estaba preguntándole a un poste si esa era la salida. Cuando nos encontramos de nuevo nos contamos lo que nos había pasado y nos moríamos de risa.

Álvaro:

Este es un chile de Semana Santa. Vivía yo en Guadalupe y me fui el Viernes Santo para la procesión del Santo Entierro. Como a mí me gusta la música de la banda, me puse a caminar, pero sentía que la banda se me alejaba y alejaba, pero entre tanta gente yo iba meditando y rezando, de pronto oigo la música, todavía más largo, entonces le pregunté a una gente, que estaba alrededor mío, que dónde estaba la procesión, y me dicen:

- "No, no, la procesión ya se desvió al Barrio Pilar y usted está aquí, en el Más por Menos", y me tuve que "jalar ahuevado" para la casa.

O estos ciegos que van al estadio a oír partidos de fútbol, a mí me daba la chochera de ir al estadio, más cuando jugaba Saprissa y la Liga en el estadio de Tibás, y ese día me llevé un radiecillo malo que se le zafaban las baterías, de pronto se me cayeron las baterías, porque el radio no tenía tapa, y en ese momento metieron un gol y yo brincaba de contento, y me dice uno de mis amiguillos:

- ¡Diay pancista!, ¿no es que vos sos saprissista y el gol fue de la liga?

Margarita:

Un día Hugo estaba planchando una camisa y decía mi hermana, que en paz descanse, que Hugo le pasaba la plancha para allá y para acá, para allá y para acá y suelta ella la risa, porque la camisa se había arrollado y Hugo lo que estaba era pasado la plancha por la mesa vacía.

Álvaro:

Estaba Leonel, el hijo de Rosario Ballestero, muy pequeñito y como ella andaba en el hospital, me tocó alistarle la leche para que dejara de llorar. Le metí el chupón al mocosito y ¡ipa...!, me lo tiró por allá, y seguía llorando, entonces se la fui a enfriar y otra vez me la tiró por allá, entonces la probé y claro, ¡era que le había puesto sal!

Otro día el mismo chiquillo estaba en el cuarto llorando, entonces lo alcé de la cama, donde estaba muy envuelto y de pronto oigo el llanto abajo mío, ¿qué era?, que lo había alzado con las patas para arriba y le acariciaba las nalgas.

Margarita:

Yo quisiera, con estas otras anécdotas, que la gente se dé cuenta que, si nos quieren ayudar y no lo hacen bien, más bien nos perjudican. Por ejemplo, uno va a subir a un bus y a Hugo Araya le pasó que le subían el brazo altísimo, y no se podía subir,

entonces le preguntó al señor que ¿si quería ayudarlo?, el señor le contestó que "¡claro que sí!", y Hugo le dijo: "¡Entonces suélteme!".

También cuando le dan un dinero de vuelto le dicen a uno: "Tome y está 1250", en lugar de decirle: Este es de 1000, estos dos son de 100 y este es de 50 colones.

La gente nos agarra la mano donde llevamos el bastón y más bien nos perjudica, yo sé que la gente tiene buena voluntad, pero si le dicen en una dirección que coja para allá, o que el asiento está ahí a la par nos dejan como las vacas.

Álvaro:

A nosotros todos los días nos pasan anécdotas, como cuando yo estaba vendiendo chances y decía 87, 87 y cuando llegó un señor me dijo que ese era el 93. (Álvaro presenta ceguera total producto de un golpe cuando tenía 9 años y jugando bola pegó con un árbol que le causó la Atrofia de los Nervios Ópticos y Margarita presenta Retinosis Pigmentaria).

Es como alguna gente que pregunta cada barrabasada, como un hombre que andaba con la esposa y le preguntó a Marciano que, si era casado, que cómo hacía para hacer el amor y Marciano, como es tan rajado para hablar, le dijo: "Tráeme tu esposa para demostrarte", y la doña casi le pega al marido en medio correo por andar preguntando esas cosas.

Yo no sé, Roberto, si entraste algún día a aquella soda que se llamaba El Peruano, que tenía unas mesitas muy angostas al fondo. Una vez fui con Mario Villalobos a comer ahí, yo me pedí un arroz con pollo y él un casado, nos sentamos de frente para conversar. Me pongo a "paliar" y qué raro, me salía arroz y frijoles, y al rato me dice Mario:

- ¡Qué raro!, yo pedí un casado y me dieron arroz con pollo, ¡idiay!, ¿qué era?, que yo estaba metiendo la pala en el plato de Mario y él en el mío.

Margarita:

Un día mi compadre me invitó a bailar, porque yo cumplía años y ese era el regalo que me iba a dar. Llegamos al Gran Parqueo, yo con zapatos nuevos, entonces me di un resbalón en la pista y me tuve que agarrar de la pierna de él, por dicha no me caí, porque andaba en vestido, ¡¡imagínese! Después de bailar un rato nos fuimos para la mesa y él pidió dos frescos y dos platos de carne, ya siento que me ponen mi plato y comienzo a comer y Víctor corrió el plato para donde él, él lo corría y yo me lo traía, hasta que me llevé la sorpresa de que era un solo plato para los dos, de la vergüenza dejé de comer.

Roberto:

Con Álvaro y Margarita recorrí muchos lugares de San José que generaron una gran cantidad de anécdotas, todas ellas salpicadas de humor, y quizás en un trabajo futuro se plasmarán para recordarlas todos.

Aires brujos ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Escazú es un pintoresco lugar donde las leyendas de espantos y brujas hicieron las delicias de nuestros antepasados. De esta tierra, rica en tradiciones y gente buena, proviene Jaime Herrera Ortiz, quien llegó muy pequeño a Escazú para quedarse embrujado por su hospitalidad.

Roberto:

Este 22 de septiembre Jaime deja el aire de su pueblo para compartir con nosotros algunos recuerdos que, sin duda, son salpicados por una circunstancia ajena a su voluntad: la catarata infantil que afecta su vista.

Jaime:

Yo me fui a vivir a Escazú a los 9 ó 10 años.

Roberto:

¿Y qué?, ¿nos podés contar de tu infancia?

Jaime:

Claro que sí. Recuerdo una Navidad que pasé con sarampión, de ese que la ciencia médica le llama "sarampión negro", le estoy hablando de 1953, lo que pasa Sanchito es que por el problema de la vista a uno lo tenían muy limitado en la casa para ciertas cosas, con el dicho de "pobrecito", que se generaba.

Uno no podía estar con toda la gente por la situación de la vista, aunque tuve compañeros videntes muy buenos que por lo menos trataban de pasar conmigo, ahora que estamos hablando de 1952, 53 y 54.

En 1954 sufrimos la pérdida casi total de la casa que mi padre, con mucho esfuerzo había conseguido.

Roberto:

¿Qué fue lo que sucedió?

Jaime:

Esas situaciones climatológicas que se dan en invierno, y viera, ¡una casa casi nueva!, y de ahí pasamos a 1956, que fue cuando asistí a la escuela, a conocer más gente y a relacionarme más con las personas, aunque fueran no videntes o discapacitadas.

Después de la escuela ocurrió para mí uno de los acontecimientos más grandes, porque fui, si no el primero, uno de ellos en trabajar en un grupo musical de Escazú; eso fue en 1962 y el grupo se llamaba Oriente.

Nosotros íbamos a tocar a lugares donde ni se escuchaba música, eran, si mal no recuerdo, Candelaria de Puriscal y Peñas Blancas de Pérez Zeledón.

Roberto:

¿Cuál era tu participación en el grupo?

Jaime:

Era cantante, tocaba maracas y hacía de animador, porque yo quiero decirte, Roberto, que le hago algo a la composición, no es que soy compositor, porque compositor es Ricardo Mora, pero me gusta hacer música, usted sabe. Entre mis canciones está una que fue grabada por los hermanos Herrera, que se llama "Inspiración a Turrialba", pero tengo otra que se llama "Linda escazuseña", otra canción que yo crié, por medio del locutor Alfredo Monge del Valle, fue "Serenata en tu Ventana", y la primera composición mía es de tipo ranchero y se llama "Primero de Mayo".

La canción inspiración a Turrialba dice en sus primeros versos. Hoy le canto a "Turrialba" y mi poema de amor: "Hoy le canto a tus aguas, a tu cielo y a tu sol".

¡Oh pedazo de cielo, oh bonito cantón,
para toda la vida, vas en mi corazón,
y cuando por tus calles, con mi amor yo viajé,
por eso, Turrialba, nunca te olvidaré

Roberto:

¿Cuántas canciones tenés?

Jaime:

Bueno, yo escribo para mí, porque aquí los compositores casi no ganan nada y son como 10, casi todas son relacionadas con mi vida, también formé parte de un grupo

de ciegos que, por falta de estímulo, tal vez no llegó a ser más conocido. No tenía un nombre definido, porque a veces íbamos a un lugar y nos llamábamos "Tropical del Mar", en otra ocasión nos llamaron "Luz y Sombra", y así le ponían el nombre que se les ocurriera.

Roberto:

¿Quiénes lo integraban?

Jaime:

Jorge Ávila, Walter Monge, Mario Ramírez, Marciano Ruíz.

Roberto:

Siendo un grupo compuesto por personas ciegas y deficientes visuales, supongo que les tuvieron que suceder algunas anécdotas que hoy podemos compartir entre los lectores.

Jaime:

Sí, con el grupo viajábamos casi siempre a la zona de Cartago, porque el contratista, que en ese tiempo era Mario Ramírez, vivía allí. También fuimos a Platanal de San Carlos, porque Jorge nos llevó.

En 1963, para la época de la avalancha de Cartago, fuimos a tocar al Cañón del Guarco, a un matrimonio, sólo llegaron 20 ó 30 personas.

Después fuimos a tocar a otra parte, donde nos tuvieron recostados a una pared con cuchillos y cuchillas y no nos dejaban tocar.

Roberto:

¿Por qué, los tenían amenazados?

Jaime:

Porque en el salón tenían una sinfonola que funcionaba con dinero, entonces una gente que ya había depositado los 25 céntimos alegaban que faltaban una hora de canciones y como el dueño paró la música para que nosotros continuáramos, nos tuvieron retenidos el tiempo que les estaban quitando. A mí me pusieron un cuchillo pequeñito en el estómago y me decían:

-"No les vamos a hacer nada, es sólo para que no toquen".

En 1962 ó 1963, nos invitaron a tocar al ICE y se recogieron 860 colones, de esa época, póngase a hacer números y se dará cuenta del montón de plata que nos pagaron; de ese dinero nosotros queríamos que fuéramos a medias, pero don Humberto Marengo alegó que los instrumentos eran del Centro Hellen Keller y que los recursos eran necesarios en la Asociación, por fin nunca supimos en qué gastaron ese dinero.

Mucha gente sabe que unida a la música viene la tomadera de licor, yo tomé en una ocasión, en Platanar de San Carlos. Alguna bulla hice y como en ese tiempo no tenían cárcel, a las personas que se portaban mal las amarraban a un árbol para que al otro día una perrerilla los trasladara a San Carlos y luego a San José; por dicha los compañeros intervinieron y me dieron un café sin azúcar para que me compusiera, i para que vea los problemas que acarrea el alcoholismo!

A las personas no videntes nos pasan muchas cosas dentro y fuera de la música, como algo muy especial que me sucedió recién operado en el hospital San Juan de Dios. Me pusieron a cuidar la ventana que daba al pasillo del salón Facio, que llamaban en ese tiempo. Estábamos esperando que nos transmitieran una película, pero yo no podía ir porque estaba vendado y icon esos cuidados que tenían antes! Como yo estaba en la primera cama me explicaron que, si vía una luz era señal de que teníamos película y si no, entonces mejor se quedaban acostados.

Al rato les dije: "Hay una luz encendida muchachos, sí va a haber película", y miré, pero quedó un sólo niño en el salón!, el resultado fue que yo me dormí y nada más estaba conmigo un niño recién operado, los demás, rencos, operados de la garganta, y así se fueron, lo que no sabía era que no hubo película y a ellos los dejaron sin aguadulce, porque al rato llegó una morena que me dijo:
-"Sólo usted, cieguito, es el bien portado, por eso voy a darle más aguadulce y más de todo".

Recuerdo un 16 de septiembre de 1964, nos encontrábamos el famoso Walter Monge, Rafael Navarro y yo, y después se nos agregaron Héctor Herrera y Hernán Calderón, ese día cumplía años Rafael Navarro y quería celebrar, y se le ocurrió que una cantina era un buen lugar. Nos fuimos todos a la cantina La Nueva, de un señor Cubillo, en Guadalupe, y Rafa, que era estudiante del Napoleón Quesada no fue a clases y después llegaron unos compañeros, un profesor y hasta el orientador.

Seguimos tomando, pero Rafael Navarro y Hernán Calderón se pusieron a discutir la supremacía del hombre valiente de Guanacaste y Pérez Zeledón. Rafa decía que el Punto Guanacasteco era más conocido, y Hernán que el Punto Generaleño era mejor. La cuestión fue que, sentados en la barra, se dieron de puñetazos y, como es la costumbre de los borrachos, se salieron a la calle, con tan mala suerte que yo también me tiré a la calle, pero pegué contra la vidriera y cuando me quise levantar estaba perdido, eso me pasó varias veces cuando tomaba; al final no supe en qué terminó el asunto, pero Rafa me llevó para donde una prima de él y como me "jalé una torta" me sentaron en un bus de Guadalupe a las 4 de la tarde, según me cuentan ellos y a las 7 de la noche me bajó el cobrador, que no se había dado cuenta del tiempo que estuve ahí sentado, me dejaron en San José, en el Parque Japonés, en una parte muy oscura.

Volviendo al Caso de Rafael Navarro, resulta que andábamos vendiendo números de la Asociación Hellen Keller y él andaba de "tanda", cuando me dice: "Andá, dejámele un recado a mi novia, decile que yo estoy en el hospital" (porque antes no dejaban, las familias, que se formaran parejas de ciegos, puede que tuvieran o no razón, pero pasaba), entonces me voy yo allá, por detrás de la Escuela México, donde vivía la muchacha.

Rafa se quedó en un terreno baldío y me dijo que les dijera que por culpa de ellos estaba hospitalizado, por si querían ir a verlo, entonces llegué y le dije: "Vea señora, es que Rafael está en el hospital y, pobrecito y me mandó a decirles.

La señora me contestó:

- "¿Rafael está en el hospital?, ¿cómo es eso?, ¿y aquellos colochos que estoy viendo allá? (Porque la casa quedaba en un alto).

Y me dice toda brava:

- ¡Váyase usted y él, porque les voy a echar la patrulla si me siguen jodiendo!

Actualmente Jaime vende lotería y pertenece a un grupo que está deseoso de retomar la Asociación Hellen Keller para darle el auge que tuvo en el pasado.

Dejamos a Jaime en sus quehaceres para proseguir nuestra búsqueda de nuevas anécdotas con las personas ciegas y deficientes visuales que, gentilmente comparten su vida con nosotros.

Una historia mayor de edad ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Maestro de música, en el centro nacional de educación especial Fernando Centeno Güell conocimos a Jorge Ávila Chavarría, éramos estudiantes en ese centro educativo.

El 8 de octubre, Jorge tomó la grabadora y además de contarnos parte de su trayectoria como músico compartió algunas anécdotas y al mejor estilo de nuestros reporteros, abordó a otras personas no videntes y rescató, para nuestros lectores, algunas vivencias dignas de tomar en cuenta.

Jorge:

Mi historia comienza por ahí del año 1961, que corresponde a la época de mi ceguera.

Yo estuve en una escuela corriente hasta tercer grado, después de 1961 me trasladé a la escuela de enseñanza especial para terminar la primaria.

Cuando iba para cuarto grado, la maestra detectó que me faltaba la vista y se lo comunicó a mis padres, pero por razones de distancia, porque vivíamos muy lejos de San José, además la falta de recursos económico, impidieron que me diera un adecuado tratamiento, que tal vez me hubiera permitido recuperar la vista. (Jorge vivía en Ciudad Colón).

Desde los ocho años hasta los once no volví a la escuela, pero era un chiquillo fogoso, porque recuerdo que yo tiraba las bolinchas (canicas), pero si se me iban tres o cuatro metros se me perdían, porque tal vez se metían debajo de una hoja y así me iba dando cuenta que ya no podía ver bien.

Ante mi situación visual, mis papás optaron por llevarme donde los homeópatas, precisamente fuimos a Guadalupe y también a Alajuela, donde me aliviaron un poquito, los ojos me dolían mucho, pero la disminución visual progresaba día a día.

De los once a los veintitrés años, los pasé en San Carlos, donde nos habíamos ido a vivir y todavía podía ver bastante, recuerdo que en el patio de la casa teníamos un árbol de aguacate, donde ponía una tapa de alguna olla y le tiraba con una flecha, así me daba cuenta cuánto había perdido de vista.

Cuando tenía diez o doce años, le tiraba a la tapa a una distancia de 10 o 12 metros, a los trece años, podía tirarle a 2 metros menos y así sucesivamente.

En 1961 cuando llegué a la escuela de enseñanza especial todavía podía ver un poquito, pero al año siguiente quedé totalmente ciego.

Roberto:

Y ¿cómo sucedió?

Jorge:

Estaba en uno de los salones de la escuela, cuando me quedé totalmente a oscuras, entonces pregunté que por qué se había oscurecido y un amigo me explicó que todo estaba normal. Ese día me fui a acostar y al día siguiente pude comprobar que a las seis de la mañana no podía ver nada.

Claro está, es para cualquier persona un golpe muy duro, pero para mí no, porque ya lo había venido asimilando. A partir de ese momento, algunos compañeros quisieron enseñarme a utilizar el bastón, pero yo no quería, porque decía que no lo necesitaba.

Fueron dos amigos, Mario Sedó y Rodolfo Molina, los que me convencieron para que lo utilizara y así pudiera desplazarme con seguridad.

Además de mis compañeros, lo que me terminó de convencer para utilizar el bastón, fue una novia que me hice que vivía en Guadalupe. Yo necesitaba labrarme un

futuro, entonces hablé con la directora de la escuela, doña Dora Santiesteban para que nos permitiera formar el primer grupito musical, pero que pudiera tocar fuera de la institución.

Doña Dora y don Fernando Centeno nos autorizaron y nos fuimos a tocar con Martín Irías, Marciano Ruíz, Walter Monge, que tocaba la batería y ocasionalmente tocaba con nosotros Mario Villalobos.

En los bailes de fines de semana, nos ganábamos cada uno 50 colones y como tocábamos el sábado y el domingo, el lunes llegábamos a la escuela con 100 coloncitos cada uno.

A mí me gustaba la música de orquesta y ese tiempo no había en la escuela, ningún maestro de instrumentos de viento, el maestro era don Alexis Quesada, que se ocupaba de los instrumentos de teclado y creo que pasarán muchas generaciones sin que aparezca un maestro tan bueno como él.

Para mi dicha pude recibir clases de saxofón.

Jorge se fue a vivir varios años a San Carlos donde formó parte de una orquesta y se incorporó a la filarmónica. Dirigió al grupo La Reforma Musical. Con los conocimientos adquiridos en la escuela se montó un taller de colchonería que le permitió complementar el trabajo de música y reunir el dinero necesario para el sostenimiento de la familia. En 1969 regresa a San José para estudiar y posteriormente incorporarse al magisterio como maestro de música.

Jorge:

En 1966 ingresé al conservatorio de la universidad y salí en 1969 ya con mi post grado, porque en ese tiempo uno podía ingresar a estudiar música sin ver el bachiller

de secundaria y yo, en ese mismo año me matriculé en el colegio José Joaquín Jiménez Núñez (el nocturno de Guadalupe).

En el día vendía lotería, en las tardes estudiaba música y en las noches iba al colegio. En eses año entré con plaza en propiedad en la escuela Juan Rudín y en ese momento cambié mi sistema de trabajo.

Como se han podido dar cuenta, he sido una persona trabajadora y les hablo mucho a mis compañeros para que entiendan que el trabajo y la honradez son muy importantes en cada uno de nosotros.

Jorge es padre de cuatro hijos: Adrián, Danilo, Randall y Marlen, con quienes dirige una empresa familiar de transportes. Ahora conozcamos algunas anécdotas que Jorge quiere compartir con todos nosotros.

Jorge:

Esto me pasó cuando estaba soltero, Mario Villalobos y yo andábamos en San José y cuando estábamos parados en "x" lugar, pasó una persona que nos dejó una fragancia muy rica, entonces Villalobos me dijo: " Jorge caminemos un poquito, porque yo creo que es una muchacha, para saludarla y conversarle, porque huele muy rico".

Como a los 25 metros alcanzamos a un señor y Villalobos me dijo que no era, porque a él le pareció que era una mujer, entonces le pasamos delante, pero como el señor se dio cuenta que andábamos buscando algo, nos ofreció ayuda, le dijimos que no, que sólo andábamos caminando un rato, pero curiosamente nos volvió a llegar la fragancia, entonces nos despedimos del señor y yo me puse a reír, entonces me dice Villalobos:

" De qué se ríe Jorge", -" ¡Diay!, del chasco que nos acaba de pasar, no ves que vos le dijiste a la persona que pasó: ¡Adiós, amor!, era ese señor que andaba un perro muy bien bañado".

A mí me gusta contar anécdotas de las personas con que he compartido la música o en otras actividades. Resulta que Villalobos "veía mucho" y un día caminamos mucho, entonces había mucha presa de carros y gente y donde íbamos a cruzar estaba lleno de agua, entonces yo no quise cruzar y él me dijo: " Yo sólo veo algo rojo al frente, yo creo que sí se puede pasar" y se va..., como yo estaba agarrado del hombro, sentí que se fue de bruces, porque lo rojo que vio, cuando brincó, era una caja de tomates.

Una más, Roberto. Una vez nos fuimos a tocar al Cañón de Cartago, entre los que íbamos estaba Mario Ramírez, que ejecutaba el acordeón, pensamos en afinar y cada uno sacó su instrumento, uno la guitarra, otro la trompeta, yo el saxofón y así, pero Mario no nos daba la nota, que en este caso le tocaba poner un instrumento estable y no como nosotros que tenemos los inestables, como son la trompeta y otros de viento.

Entonces yo como contratista y director del grupo le pedí que nos diera la nota y nada más me dijo: "Jorgito".

Le insistí y por fin me dice: "Jorgito, tengo un problema, no ves que vengo sin acordeón, pero no te preocupés, ahorita conseguimos uno" y de verdad, nos armamos de paciencia y nos consiguieron uno y salimos avante.

Esta me pasó con Mario Villalobos, porque hay cosas que nos pasan con otras personas y es que uno se valía de los que podían ver más. Yo le conté que era colchonero y me tocó ir a Cartago a comprar heno, o sea, paja para los colchones. Nos fuimos Mario y yo por las fincas a buscar quién nos vendía la paja y como a las

10 de la mañana invité a Mario a tomar café y como uno joven, padece de mucha hambre y como andábamos entre amigos, nada más pedimos y comimos.

Entonces llegamos a una sodita humilde y la muchacha nos atendió. Yo le pedí dos cafecitos con leche y algo para comer. La muchacha le preguntó a Mario que si así estaba bien o se le ofrecía algo más. Entonces le dice Villalobos: " Sí, traiga tres cafés y seis empanadas". La muchacha trajo las cosas y nos preguntó por el otro muchacho y le dice Mario: " No, es sólo para nosotros, es que yo me tomo dos cafés y cuatro empanadas".

Una vez estábamos Rafa Navarro y yo en el corredor de la escuela cuando alguien pasó rápidamente y de esas cosas que a uno se le ocurren de repente, se viene Rafa y como dicen vulgarmente, se "abrió" y le dio una palmada por la espalda, mientras le decía: "¡Hola, amor!". La persona se volvió y le dice: "¡Oh, Rafael!, tené cuidado con las bromas". Era don Fernando Centeno Güell.

Jorge nos cuenta sus experiencias y las complementa con algunas entrevistas que realizó en San José para enriquecer, aún más, este cúmulo de testimonios.

Jorge:

Estamos en el correo de San José con Manuel Cedó y queremos que nos cuente a qué se dedicaba cuando empezó a trabajar.

Manuel:

Bueno, yo comencé vendiendo papas tostadas los domingos y en la noche vendía la lista de lotería, porque en ese tiempo ganarse 100 colones ya era un sueldo. Después, cuando las papas pasaron a la historia, comencé a vender chicles de sabores a 40 céntimos la cajita y algo me ganaba.

En ese tiempo la escuela daba una comida que no nos gustaba y hacíamos "vacas" para comprar libras de salchichón y un colón de tortillas, una coca cola para "bajar" y venga.

Jorge:

Zoila era una señora mayor que a nosotros, a veces, nos tocaba guiarla, entonces vean lo que le pasó a Manuel.

Manuel:

iDiay!, me dijo que la llevara a la universidad, pero le dije que no podía, entonces me dijo que, aunque fuera la llevara a la pulpería. Fuimos y de regreso como que había una cáscara de banano y me resbalé, me fui al caño con ella. Dicen que se secó el caño, porque le caí encima a la pobre señora y como los dos éramos gorditos...

Jorge:

Espero que, dentro de algunos años, cuando la gente lea este trabajo, se acuerde de nosotros, que le hemos puesto tanto cariño a las entrevistas para que conozcan mejor las cosas que nos pasan a los no videntes.

Roberto:

Espero lo mismo y ahora les invito a dar vuelta a la página para seguir conociendo otros testimonios.

Los bueyes ([Regresar a la tabla de contenido](#))

(Mientras preparamos las maletas para el paseo del día siguiente, este 11 de octubre de 1998, Dagoberto Martínez Soto y yo, recordamos muchas cosas que vivimos por esos caminos de Dios y algunas anécdotas que Dagoberto recordaba, que fueron

ocasionadas en su gran mayoría por ser deficiente visual (presenta Retinosis Pigmentaria).

Dago:

La primera vez que fui a buscar a unos compañeros en San Jerónimo de Naranjo, por cierto, que todavía no usaba bastón, llegué como a las 7 de la noche, cuando vi un bulto y creyendo que era una pareja, les pregunté: "Jóvenes, perdonen que los interrumpa, ¿ustedes saben si por aquí vive la familia de "Maco González?", pero como estaban tan "apercollados" ni me oían; entonces yo les preguntaba más duro, hasta que en el fondo oí una voz que me decía:

- ¿Qué se le ofrece joven?

Entonces le dije al señor que es que les estaba preguntando a ellos si sabían dónde vivían los "González", y el señor me dijo:

-No, esa es una "yunta de bueyes" que tengo "parquiada", yo soy el papá de "Maco".

En San José me pasó una cosa, resulta que iba por la "Avenida Central" vendiendo números del "Hellen Keller", con un compañero, entonces le digo al compañero: "Pasemos aquí, a la "Mil Colores", para que vea ¡qué muchacha más linda hay ahí parada, con fuertes aretes y cartera, con tacones altos y pintadita!, ¡linda!, ¡Viera qué guapa! Entonces me dice el compañero:

- ¡Claro!, pasemos, para tener el placer de tener al frente a esa "muñeca" y tal vez nos compre números. Llegamos a la tienda y entonces le digo:

¡Buenas señorita!, ¿qué tal?

Como no me contestó le volví a decir: "¡Buenas señorita!, ¡Qué linda!, ¡Qué guapa!, ¡Qué bella!, ¡Qué bárbara mi amor!, es que yo vengo para ver si usted me compraba

numeritos del Hellen Keller". Yo creo que es "sordita", porque no contesta. Voy a hablarle más duro; cuando nos dicen desde adentro:

- ¿Qué se les ofrece?, ¡Pasen adelante!, ¿por qué le están hablando a un maniquí?

Y salgo "soplado" de la vergüenza, sólo oí a la gente "muerta de risa" en la tienda.

Roberto:

Eso le pasa por "picaflor", pero ¿cómo fue aquella historia que les pasó allá en Cartago?, ¿recuerda que se tuvieron que venir a pie?

Dago:

¡Ah sí!, es que mi hermanillo vivía para dentro de Cartago y Juan Sancho y yo lo fuimos a visitar. Llegamos a la casa, "pura vida", y le pregunté: Mi hermanillo, ¿a qué hora baja el bus?, nos dijo que a las 6, pero por desgracia, el bus no nos paró y como Juan no podía quedarse, porque era domingo y al otro día tenía que ir al colegio, nos fuimos a pie. Entonces, como no usábamos bastón le dije: "Aquí lo único que nos queda es irnos como novios, bien abrazados". En el día "veíamos" bastante, pero éramos como las gallinas, que en la noche no nos movíamos de la casa.

Comenzamos a caminar como borrachos, haciendo zigzag, cuando ¡sentimos una curva! y seguimos derecho, hasta que pegamos contra un portón de una finca, y le digo a Juan: "¡Ahora sí!, ¡Qué torta!, ya nos salimos de la calle". Nos pusimos a tocar con el zapato para encontrarla, y nada, ¡y nada!, hasta que pasó un carro y por medio del sonido nos guiamos. Seguimos caminando y se vino la lluvia; hacíamos "Stop" para que nos llevaran, pero seguro los choferes pensaban que estábamos borrachos o queríamos asaltarlos. Seguimos a pie, pero me encaramé en un puente, porque en esos pueblos las barandas están casi al nivel de la acera, y si Juan no me "ataja" nos vamos los dos al río.

Ya eran como las doce de la noche y le digo a Juan: " Aquí lo que tenemos que hacer es pararnos en media calle, ¡Qué mi importa el carro que venga!". Cuando oímos el frenazo dije al chofer: "Vea caballero, no se asuste, no tenga miedo, es que nosotros somos ciegos y nos dejó el bus y como vamos para el centro de Cartago, para después irnos para San José, queríamos ver si nos podía llevar", y nos dice:

¡Ay!, ¡Qué susto me pegaron ustedes!, yo creí que eran unos "maleantes" y me dije: "¡Hasta aquí me la prestó Dios!"

Entonces le expliqué: En la noche no vemos nada, pero en el día sí. El señor nos dejó en la "parada" y para peores, cuando nos montamos al bus para San José, Juan se le sentó en los regazos a un señor.

San Jerónimo de Moravia fue un lugar donde Dagoberto vivió muchos años con la familia, recuerdo que nosotros íbamos frecuentemente a "pasar" y en una ocasión Dago fue protagonista de una anécdota que comentamos mucho tiempo, le preguntábamos a Dago que cómo seguían las "tucas". Ahora Dago nos la relata:

Dago:

Yo tenía una novia en San Jerónimo y como del Centro a donde ella vivía tenía que caminar como hora y media, me tomé unos "traguitos" y de regreso, como 100 metros antes de llegar a mi casa, había unas "tucas", y les digo: ¡Diay, mi amor!, ¿qué está haciendo usted aquí?, ¿me está esperando?, y en la borrachera yo oía que me decía que ¿por qué andaba tan tomado?, y yo le decía que viniera para abrazarla y la besaba y le decía: ¡Ay mi amor, qué gordita estás!, ¿no me da el brazo?, ¿qué me le pasó?, cuando llegaron mis hermanillos y me dijeron:

-Dago, ¿qué está haciendo?, ¿por qué está agarrado a esa tuca?

Y yo les explicaba que no, que era mi novia, hasta que me obligaron a tocarla y me di cuenta de que estaba besando una tuca.

Roberto:

Recuerda cuando lo acompañé a la casa de doña Joaquina, que usted le vendía lotería y que tenía una muchacha que, para variar, le llamó la atención al "picaflor".

Dago:

Yo le dije: Roberto, entremos aquí donde doña Joaquina, ella me compra mucha lotería. Tocamos la puerta y nos dice la señora:

- ¡Díay Dago!, ¿qué pasó?, hoy viene acompañado. - Si señora, es Roberto, un amigo.

Entonces salió la hija y me dice la señora:

- ¡Díay Dago!, ¿qué está viendo?

- ¡No, nada!, ¿qué número me pidió?

- ¡Dago, usted no ve los números, ¡Ah, ya sé!, lo que está viendo son las piernas de mi hija.

- ¡Ay qué vergüenza!, no es eso.

-Entonces le dejo "par de sietes y el 45".

Yo salí como loco de ver esas piernas y cuando iba saliendo del portón me fui a un zanjón lleno de hojas secas. La lotería, por un lado, la prensa por otra parte.

Roberto:

Yo nada más recuerdo que Dago salió sacudiéndose y decía: ¡Juelamadre!, ¡Diablos!

Dago:

Y para peores se viene doña Joaquina y me dice:

- ¿Qué le pasó Dago?

- A no, me decía "Martínez".

- ¿Qué le pasó Martínez?

- Y le dije que no sabía, entonces me dijo:

- "¡Claro!, eso le pasó por estar viéndole las piernas a la muchacha".

Veníamos para la casa Juan y yo, nos montamos en el bus, pero no había campo, en eso me encontré uno desocupado y le dije a Juan que lo "cogiera", Juan tocó con el bastón y me dijo que eran dos asientos libres, entonces le dije que se sentara al rincón y yo a la orilla, cuando se sienta y iba cayendo en las gradas de atrás!

Otro día venía un compañero y yo en el bus y en cada curva nos empujábamos, en una curva me empujaron muy duro y caí acostado en el pasillo.

Fíjate que iba con Cochecho (José Humberto Rueda) y el finado Toño Gutiérrez, para San Carlos. Nos tomamos unos "traguillos", entonces Toño se emborrachó y nos fuimos para la casa con Cochecho adelante, que era el que conocía, Cochecho llevaba a Toño agarrado y yo lo sostenía atrás. Teníamos que caminar con cuidado, porque la calle quedaba en alto y las casas quedaban abajo, como en el "guindo" y ijuepuña!, ya íbamos por media cuesta cuando oigo: -traaaaa - iese escándalo en un techo!, y le digo:

-Cochecho, ¿qué les pasó?

- ¡Suave Dago!, es que caímos en el techo de una casa.

Fuimos Manuel Jiménez y yo al matrimonio de un hijo de Vladimir Delgado, nos tomamos unos traguillos y después de salir del salón comunal, en San Sebastián, le dije a Manuel que fuéramos a bailar y nos metimos en el salón El Herediano. Nos tomamos unas cervezas y nos pusimos a bailar, cuando dijimos: ¿Dónde está mi bastón?, ¡Policía, nos robaron el bastón!, entonces dicen los "pacos":

- ¡Cierren la puerta del salón y no me sale nadie de aquí!, y nosotros decíamos: ¡Sí, cierren! y si no tienen que hacerme un bastón, porque yo no veo, entonces dice el "paco":

- "Devuélvanle el bastón al cieguito o no salen".

Y se hizo un escándalo! El "cantinero" dijo que él nos vio entrar sin bastón y dice Manuelillo: ¡no, no, no, tienen que devolverle el bastón a mi compañero, porque si no, no puede andar!, y todo cerrado. Al rato digo: "¡no, no, no!, no se preocupen, ya me acordé de que lo dejé botado en un Salón Comunal en San Sebastián".

Una vez le digo a Juan: ¿Cómo anda de plata para pasar a "La Perla" a comernos algo? Me dijo que tenía 100 colones y con los 300 míos nos alcanzaba, entonces entramos y pedimos café y otras cosas. Después le digo a la salonera: ¡Hey, muñeca!, ¿cuánto le debemos?

- 800 colones.

Le dije que ahorita le pagaba, entonces le dije a Juan que saliéramos "huyendo", que iba a pedir un vaso de agua y le iba a decir a él que me vaya a traer plata del carro y le voy a dar unas llaves, me espera a la vuelta. Llamé a la señora, pedí el vaso de agua, cuando la salonera dio la vuelta salí huyendo y a los 50 metros alcancé a Juan y le dije: ¡vámonos! Seguro la gente pensaba que éramos "maliantes".

Después de hacer unos mandados llegué a la parada a coger el bus y digo: ¡Qué raro!, ahí está el bus, pero no oigo a nadie, voy a subirme y subo unas gradillas del camión de la Coca Cola, donde tiran las botellas, cuando me gritan: ¡Hey, se está subiendo al carro de la Coca Cola!

Roberto:

¿Se acuerda cuando hacíamos concursos del que podía leer la placa de un carro a mayor distancia?

Dago:

Sí, nos poníamos donde ninguno las pudiera ver, después nos acercábamos hasta que alguno la pudiera leer. Había una muy borrosa y nos acercamos mucho, cuando oímos: ipi, pi, pi! ¡Qué brinco pegamos!

Un día cogí la bicicleta y me fui al centro de San Jerónimo, cuando salí a un cruce paré para pensar si cogía a la izquierda o a la derecha; cuando doblé la manivela me di cuenta de que la rueda estaba entre las piernas de una muchacha y me dice, toda asustada:

- "Dago, ¡cuidado!

Casi me la levanto, ¡Viera qué susto!

Iván Feliciano Carvajal, Hugo Araya y Manuel Jiménez me iban a buscar a mi casa, en eso espantan una vaca que estaba en media calle, pero no se dieron cuenta que eran dos vacas las que estaban echadas, ¡y se van encaramando los tres encima! La vaca se paró y los tiró en la calle.

Manuel Jiménez, Hugo Araya, José Gutiérrez y yo andábamos en Ciruelas de Alajuela, donde Rosario Arroyo y cuando nos veníamos tuvimos que hacerlo a pie, porque el bus estaba durando mucho en pasar. Cuando nos empiezan a golpear unos machetes en el suelo y nos decían que nos iban a machetear y comenzamos a correr. ¡No me voy yendo en un guindo con Hugo Araya!, al rato va pasando un bus y nos "montamos". Los chavalos que iban con los machetes también estaban montados y dicen:

- "Mirá, si eran cieguitos, ¡Ah, qué pecado!

Roberto:

¿Recuerda una visita que le hicieron a su casa con una "unidad móvil"?

Dago:

¡Lo duda!, fijate que estaba con la tapa de la olla en la mano, porque me estaba sirviendo el almuerzo, cuando oigo que dicen por un parlante:

"Señor Dagoberto Martínez, presentarse en la "unidad móvil".

¡Ay, Señor!, cuando oí esa voz, ise me cayó el plato del almuerzo del susto! Cuando salí, inombre!, eran Juan y Roberto, con el chofer del Instituto Hellen Keller que andaban recogiendo "cachivaches" para el Instituto.

Me voy a vender números con Edwin Pereira y allá, frente a Canal 4, me dice: "Crucemos", ¡cuando oigo un gran frenazo!, era una moto que se lo levantó.

Me vengo con Gerardo Sánchez en la moto y como se las tiraba de ver mucho, empezó a pasar por una calle que le dije que pasara despacio, pero me dijo que no había nada, cuando oí fue un estañón que se fue rodando y reventamos el mecate que cerraba la calle, entonces Gerardo le "puso el gas", por aquello de un tráfico.

Un compañero me dijo que lo acompañara a la casa de una amiga, la señora nos dio dormida y nos quedamos. Como a medianoche la muchacha de la casa se pasó a la par del compañero y se pusieron a "hacer el amor", debajo de mis mismas cobijas, nada más ¡imagínese cómo estaba yo!

Un día nos fuimos Feliciano y yo a pasear donde Bernardita, allá donde "Mítica" y Marta Calvo. Antes de llegar a la casa había una cantina, que era como una ventana, por donde pedíamos las cervezas. Como Feliciano fue el que invitó a las cervezas de Hugo Araya, otro compañero, que no recuerdo el nombre, y las de nosotros, pedí la cuenta y cuando dije: ¿Cuánto es?, Feliciano desapareció; al final tuve que pagar todo yo.

Vea la que me pasó por jugar de vidente y por "sarnoso", estaba ahí, donde toca actualmente "Chispa", (Víctor Díaz ejecuta sus instrumentos en la Avenida Central, junto a Tienda Simón), y digo yo: "¡Qué machitas más lindas!, ¡Hola, mi amor, guapa, divina!".

Pasan las chiquillas y vuelvo la cara y les digo: ¡Adiós, mi amor!, cuando siento que me dan un manazo por la cara a mano abierta y yo furioso: ¡Hijos de tal!, ¡Venga, si es hombre!, pero ya no había nadie, viera ¡que leñazo me dieron en el puro "cachete", seguro era el novio de alguna de ellas.

Me vengo con Alvaro Vega, Margarita Artavia y mi hermanilla Mari, nos montamos en el bus de Cristo Rey y yo, jugando de vidente, le dije al chofer: "Si quiere le ayudo a cobrar", me dijo que ¡claro!, y me pongo de cobrador: "¡Va a San José!, ¡Chofer, puerta atrás!".

El bus estaba lleno y yo decía: "¡Hey, ese de camisa roja, córrase por favor!" y decía Mari: "No le hagan caso, es ciego".

En otra parada me dice una viejita:

- "Joven, ¿va para San José?"

- Sí señora, móntese atrás.

Y le digo al chofer: ¡Vámonos! y la señora, que sólo había subido un pie, empieza:

- ¡Auxilio, suave, suave!

¡Casi la mato!, y Mari y ellos se pusieron:

- "¿Vieron que ese cobrador es ciego?"

Me voy a calle Vargas de Alajuela para irme con Carlos y "Guido" Picado a "echar serenatas". Llegamos como a las 3 de la mañana hasta "la cara me duele". Al otro día, cuando me despierto, me fijo que, de almohada, lo que tenía era la "panza" de un "chancho", cuando me hace: iño, ño!, me levanto soplado del susto!

Ya casi son las 11 de la noche y no hemos terminado de empacar para el paseo del otro día, por eso, mientras nosotros alistamos nuestros objetos ustedes pueden pasar la página y compartir otras anécdotas.

El monito que murió de tristeza ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Músico, verdulero, animador de radio y locutor popular, Víctor Manuel Díaz Portugués (Chispita), desempolva los recuerdos y los muestra a los lectores para que sepan las cosas que una persona es capaz de hacer cuando desea ganarse el sustento honradamente.

El 20 de octubre, me entregó un segmento de su vida y hoy usted lo va a conocer, así como me lo presentó.

Nací el 22 de junio de 1950, en la jurisdicción de Quizarrá, distrito de Santa Elena de Pérez Zeledón. Mi padre era jornalero y como nací dos años después de la revolución, sólo ranchos había a la orilla del río General. En aquel tiempo, para ir al hospital, se ocupaban como seis horas en carreta. Mi mamá se asistió sola y cuando nací me bañó un aire, pero más bien ella fue muy valiente y por más que me cuidó siempre me bañó un aire.

Después nos vinimos a vivir, a 10 minutos de Pérez Zeledón, al Alto de Alonso, hoy Barrio Sinaí, desde que tenía dos años nos fuimos para ese lugar y a los siete años me apuntaron en la escuela 12 de marzo, como a media hora de la casa. Como era muy corto de vista, tenía muy mala letra, escribía torcido. Después me dediqué a

hacer mandados a la dueña de una zapatería, limpiaba zapatos, que se empolvaban y así fui aprendiendo a ganarme la vida.

También me dieron trabajo en un tramo de verduras en el mercado de San Isidro, pero no me gustaba estar mucho en un solo lugar y le pedí al patrón que me diera una carreta para vender, pero en barrios. Unos días después me dieron una carreta grandota con ruedas forradas en coyundas en lugar de llantas. Un día en una pendiente se me torció un aro y salieron los chayotes, los tomates y las papas calle abajo y yo atrás corriendo para cogerlos y la gente me ayudaba, cuando eso no había tanto ladrón, estoy hablando de los años sesenta.

También vendiendo verdura, resulta que en una casa tenían un monito, de esos coloraditos pequeñitos y yo siempre le daba un banano, pero una vez andaba vendiendo verdura y tenía mal de estómago, entonces le pedí a la dueña del monito que me prestara el baño y me dijo: "Sí, con mucho gusto, pase". - "Por favor vuéleme ojo a la carreta".

Cuál fue mi sorpresa que cuando vine del baño, todos los tomates estaban mordidos, bueno hechos leña, ahí estaba el mono haciendo diabluras, se había hartado todo lo más rico, el culantro lo había despedazado, entonces le dije: "A partir de hoy ya no espere banano, porque no le voy a dar nada". Entonces el monito como que me entendió, porque se fue llorando para adentro.

A los pocos días me contó la señora que se había muerto: "Yo creo que fue de tristeza, porque lo regañé".

Trabajé con el esposo de una hermana mía, que es bacteriólogo, le ayudaba haciéndole los mandados y preparándole tratamientos.

A los 12 años, conocí a un señor que trabajaba en radio Sinaí, le hacía mandados y me fue enseñando a manejar los controles y yo le decía: "¡Ay qué bonito!, me gustaría trabajar en radio cuando sea grande". Él me dijo que me iba a ayudar para que fuera un hombre de radio y me enseñó algo de la radio de ese tiempo, que es muy diferente a la de hoy en día.

Tuve mi propio programa, los domingos de 5:30 a 6:00 de la tarde, se llamaba "Una cita con Chispita", nombre que él mismo me puso, porque me decía: "Usted sí que es chispa para hacer mandados, usted sí que es chispa para buscar discos", y así todo el tiempo.

Recuerdo que cuando tenía más o menos 16 años, era muy callejero, me gustaba bailar, ir a fiestas y de todo. Una madrugada yendo para la casa, estaba la noche muy oscura y yo medio ciego..., cuando me voy encaramando en un aparato y pensé: "¿Qué será esta vaina?", creí que era un caballo echado, pero me extrañé, porque los caballos no duermen echados, cuando se levanta ese animal haciendo "muuu", era una condenada vaca; yo pegué un grito, pero nadie me oyó y allá me tiré, entre el caño lleno de barro.

A miles costos pude sacar el diploma y decidí venirme para San José y estudiar radio y periodismo, que me gusta tanto, pero me dio un derrame cerebral que me dejó, de viaje, ciego. Después de eso, me han pasado cosas a veces tristes, pero que hay que enfrentarlas, como la muerte de mi madre, que en paz descanse, en 1985. La atropelló una vagoneta, bajándose de un bus urbano, en San Isidro del General. Cuando la llevaron a velar, le di gracias a Dios de no poder verla, porque quedó muy destrozada. Entonces le decía: "Gracias

Señor, por haberme privado de la vista, porque para mí hubiera sido más grande el sufrimiento".

Aquí en San José hay muchos postes, ventas y obstáculo. Una vez iba con mi esposa 100 m al sur del Banco Nacional y ella siempre me agarra del brazo en lugar de colgarse del hombro, (La forma correcta es que la persona ciega se tome del brazo del guía), estábamos de lo más tranquilos conversando, cuando de un pronto a otro, sentí que me fui para abajo y se quedó la doña sola y me dice ella: "¡Diay pito!, ¿qué le pasó?, ¿qué se cayó en el hueco de una caja de registro abierta?". Donde me fui, prácticamente me tapaba y como me preguntó eso, le dije: "No, mita es que estoy inspeccionando si hay petróleo". Esa vez no me fue muy bien, porque me raspé las rodillas y las espinillas, que duelen tanto.

También en los buses nos pasan anécdotas, sobre todo con los mal llamados asientos de preferencia, que son más incómodos. Resulta que me encuentro uno de esos asientos y me acomodé, cuando me di cuenta estaba encima de alguien y me dice una mujer: ¡Diay qué!, no siente que está sentado muy suave" y le digo: "Ay sí, muchas gracias" y fue un vacilón para todos los que estaban en el bus.

Otro día, en Desamparados, cogí un bus que tenía los asientos como los trenes, viendo uno al frente del otro, le tocó el respaldar y donde me voy a sentar caí patas para arriba y otra risa de la gente.

En las fiestas nos pasan cada cosa... Resulta que me voy a cantar a una fiesta y me dieron un vasito, yo sabía que iban a repartir champagne, diay, como uno no está muy al tanto de esos asuntos cogí el vaso y de una vez que me lo echo. Resulta que estaba vacío y todo mundo largó la risa, porque apenas estaban sirviendo.

Se me olvidaba contarle que soy compositor de música típica. Desde chiquillo hacía música con latas de sardina, le amarraba unos hilos de saco y me sonaba bien, según yo. Con un palo grueso me ponía a cantar haciendo que estaba con un micrófono.

Cuando tenía 18 años empecé a componer canciones. Como nada más era corto de vista, me inspiraba en esas tardes generaleñas que el Señor me dio el gusto de ver, llenas de verdor y encanto. Esos celajes tan lindos que me sirvieron de inspiración para escribir " El punto generaleño", melodía que ganó uno de los primeros lugares en el festival "Somos como somos", a nivel nacional, en 1980.

En el último certamen, después de la eliminatoria, recuerdo que a la mitad de la melodía yo sentía como un hormigueo en la cabeza, de la emoción. Donde escuchaba a la gente aplaudir era en el colegio de Los Ángeles, ahí en La Sabana. Fue una experiencia muy linda, me sentía como en las nubes, sobre todo, porque la gente apoya al artista nacional que participa con creaciones propias.

Yo tengo distintos tipos de música, como boleros, el punto generaleño, el punto ramonense, que me cuenta, que la banda municipal lo ejecuta los fines de semana, cuando tienen retretas.

Chanito y yo participamos cantando en un programa ranchero de Radio Libertad y en una madrugada, el locutor bajó del tercer piso a atender a alguien y nos quedamos cantando solos, entonces como no llegaba, seguimos cantando para que no quedara un bache mientras volvía, cual fue nuestra sorpresa que el micrófono estaba apagado.

También, por precisado, me han pasado cosas, por ejemplo, me puse los zapatos al revés y me fui para San José y la gente me decía que qué me pasaba, que si estaba falto de mente. Con las medias también me ha pasado, por eso yo tomo la previsión de comprar dos o tres pares de medias del mismo color, por si se pierde alguna, no tener problemas. Un día me doy cuenta de que la gente se reía y no sabía por qué, al rato se me acerca un amigo y me dice: " Víctor, ¿usted no tiene quién le escoja la ropa?, es que se puso una media blanca y otra café". En realidad, no le di mucha

importancia, porque para mí eran iguales, pero para la gente que ve sí es importante el color, pero también a ello les pasa, por eso no me preocupo tanto.

Víctor Manuel Díaz canta y toca en la Avenida Central, en el programa Cantares Campesinos ganó una guitarra y dice que donde oye música y festivales participa, porque: "cuando me levanto o me acuesto lo hago con música, ese es mi vicio y como soy muy casero, invito a mis amigos a escuchar música a la casa y la pasamos muy bien".

Una licencia ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Amigo lector me tomo la licencia de detenerme en el camino que nuestros protagonistas están trazando para realizar algunas consideraciones oportunas en todo trabajo que busca exaltar al ser humano por encima de sus debilidades.

Muchas veces he escuchado frases como: "pobrecito, que pecado, cuidado un cieguito", y ¿cuánto aportan a la persona no vidente estas expresiones?

Es importante saber que para amar y ser amados no se requiere ver. Que la vista no nos convierte en más o menos inteligentes ni buenos ni malos.

Se puede soñar y vivir feliz sin que para ello se requiera la vista.

Si usted después de leer estas páginas cambia su actitud ante las personas ciegas, de verdad valió el esfuerzo que todos los que dieron su testimonio hicieron para dar cuerpo al libro.

El reclamo ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Mientras conversaba con algunos de los protagonistas de este libro, me comentaban un poco en broma, un poco en serio, que les parecía injusta mi metodología por cuanto los entrevistaba a ellos y yo no aportaba mis vivencias y anécdotas referidas por otros compañeros.

Creo que tienen razón y aunque me parece difícil escribir en primera persona, intentaré complacerlos con algunos pasajes de mi vida.

En cierta ocasión me dirigía a mi casa, cuando en plena avenida central alguien chocó conmigo, la persona se volvió y me dijo: "Díay señor, ¿qué le pasa?", era mi hermano Juan José que se dirigía a una relojería y coincidimos en medía calle.

En tiempos de la Asociación Hellen Keller, Dagoberto Martínez me pidió que lo acompañara a vender números para la rifa de un vehículo, llegamos a una casa y le ofrecimos las acciones a una joven quien nos indicó que no tenía dinero, Dago para persuadirla de la compra le dijo: "Mire muchacha compremos, aunque sea una acción diay uno no sabe tal vez salga preñada".

Vivía Margarita Artavia en San Jerónimo de Moravia y nos pidió a Dago y a mí que le fuéramos a comprar un emparedado de queso en las fiestas patronales, efectivamente lo hicimos, pero Dago sustrajo medio pedazo de queso y cuando se lo entregó a Margarita ella muy enojada dijo. "Que bárbaros más atracadores casi mandan el pan solo ahora no les vuelvo a comprar nada por ladrones.

Alguien me obsequió una piedra muy curiosa, porque era plana y por alguna razón se había partido en dos como si se tratara de dos rebanadas de pan, entonces yo decía que era una piedra astral. Un día se la mostré a Manuel Carvajal, pero no le dije que estaba partida, un momento después me dijo medio asustado ¡qué torta!,

que la piedra se había quebrado, a mí me dio risa y le dije que no se preocupara que era así y cuando me la entregó aliviado puso en mis manos los tres trozos de piedra.

Roy Corrales y yo, salíamos por las noches a darnos una vuelta por el parque de Moravia, con el tiempo tomamos la costumbre de acompañar a personas ebrias a su hogar para que dejaran de ingerir alcohol. Fueron muchas las personas que llegaron a sus casas acompañados por nosotros, pero un día le dije a Roy que ya no iba a llevar a ninguno más por lo que nos fuimos para la casa, en el trayecto nos encontramos con una persona que zigzagueaba por la acera entonces le dejamos libre el paso para que siguiera su camino, cuando cual fue mi sorpresa que justo cuando iba pasando cayó en mis brazos y esa vez terminamos en la casa del "borracho".

Venía Olman de Puntarenas a una reunión de la asociación Pro-Trabajo Capacitación e Integración del no vidente (APTRACINV) de donde éramos directivos, sacó de un maletín varios aguacates y los repartió, como yo no tenía donde guardarlos le pedí que los conservara y que cuando nos fuéramos me los diera. Rato después la compañera Ligia Pizarro me dijo: "Vea Roberto que aguacatones me dio Olman", por supuesto eran los míos que Olman no recordaba haberme guardado y todos me decían que eso me pasaba por atendido.

Una vez, Grettel Jiménez estaba internada en el hospital San Juan de Dios, como era compañera de escuela de Ángel Ricardo Conejo y mía, la fuimos a visitar, a la salida escuchamos por la acera del frente un sonido como de bastón, pero como era de noche no podíamos ver quién iba caminando, decidimos cruzar la calle y verificarlo. Un rato después comprobamos que se trataba de un señor con muletas.

Estábamos trasladándonos de sede en APTRACINV y mientras pasábamos los activos, Olman. Ugalde escuchó que el tren se aproximaba, entonces decidió esperar a que pasara para atravesar la calle, el conductor seguía pitando sin cesar, justamente antes de pasar por donde estaba Olman, Roy Corrales lo hizo hacia atrás (estaba en la línea).

Para el cierre de APTRACINV decidimos realizar un paseo con los socios y un acompañante. Alguien decidió llevar de acompañante a Feliciano Carvajal Hernández, quien lucía un tremendo sombrero rumbo a Jacó. Margarita Artavia lo encontró haciendo fila para abordar el bus y decidió jugarle una broma, estiró la mano tomó el sombrero de su cabeza y se agachó ligeramente para que no la viera. El dueño del sombrero se volvió y se lo pidió cortésmente, (no era Feliciano).

Estábamos en un baile de la semana universitaria, cuando María del Carmen Martínez se nos acercó y nos dijo: "vieras que vacilón, Manuel Fíjate que Feliciano sacó a bailar a un hombre pensando que era una mujer", mi acompañante le dijo: "Sí, que chile le pasó, solo que yo no soy Manuel, soy Marjorie".

Un día tenía examen en la universidad y justo cuando me iba a bajar del bus de San Pedro, se vino un tremendo aguacero, me guarecí en una casetilla y mientras pensaba en el examen y el diluvio que estaba cayendo, un joven me dijo: "Disculpe si va para la universidad yo voy para Ciencias Sociales así es que si me lo permite lo puedo acompañar". Pensé que me lo había mandado Tatica y por supuesto que acepté.

Cuando íbamos por medía calle y el caballero no habría el paraguas me dice: "Que bañada nos vamos a dar y todo por no andar con qué taparnos".

Una vez iba a abordar un bus en un lugar por donde pasaban varias líneas, entonces de toda la gente que estaba, me acerqué a una muchacha y le pedí que me hiciera el favor de avisarme cuando llegara el bus de Moravia, ella dio vuelta y se fue (era muda).

Un día me puse a tratar de reconocer superficies con cada dedo para desarrollar la sensibilidad.

Puse el meñique en una pared y no podía distinguir la porosidad, así continué con todos los dedos hasta que utilicé el índice que es el más sensible, en ese momento descubrí que había estado tocando un gusano.

En cierta ocasión decidí acortar camino y tomé un atajo con mucho barro, para no ensuciar la casa fui a un césped para limpiar los zapatos, un momento después pude percibir un olor no muy agradable (era una "gracia de perro" que estaba esparciendo con mis pies).

Una vez estaba jugando con un yoyo y como iban pasando unas muchachas, decidí hacer algo diferente, cuando estaban cerca para que no me diera vergüenza de estar tirando el yoyo lo lancé hacia el frente y él caprichosamente se acomodó mansito en la bolsa de la camisa.

Las jóvenes admiradas me pidieron que repitiera la proeza, pero yo no quise porque sabía que ni intentándolo 100 veces me iba a salir tan bien.

Una vez necesitaba un teléfono público y me encontré uno desocupado, aunque pensé que estaría descompuesto pues es difícil encontrarlos en buen estado y menos libres, me metí a la casetilla, tomé el auricular y cuando me lo coloqué en la oreja me llevé un gran susto. Resulta que no tenía la tapa de arriba y un alambre solitario se me enganchó en la oreja.

Estábamos mi esposa, mi hija y yo en el supermercado cuando algo llamó mi atención, como ellas estaban escogiendo un artículo, decidí investigar por mi cuenta, acerqué mi mano y uno de mis dedos se introdujo donde se probaban las bombillas, ¡ivieran que reventón!

Teníamos un perro muy juguetón que se llamaba Firulo, un día se enfermó, le pedí consejo a un amigo y me dijo que posiblemente estaba indigesto que le diera leche de magnesia.

Como era tan fuerte lo aprisioné con mis brazos mientras mi esposa le abría el hocico y le daba la medicina, de pronto soltó un olor como a muerto de 15 días. El olor era tan insoportable que salí en carrera dejando la ropa en el camino para bañarme lo más rápidamente posible.

Estaba dándole cobertura a una conferencia de prensa en la Caja del Seguro, lugar donde laboro, cuando una periodista de Telenoticias me saludó muy cortésmente: "Hola colega, ya no se acuerda de mí", le indiqué que lo lamentaba, pero que no recordaba, me dijo que qué memoria la mía, que habíamos sido compañeros en varios cursos. A pesar de que me dio el nombre me seguía siendo desconocida hasta que me dijo que fuimos compañeros en la Universidad Latina (yo estudié en la de Costa Rica).

Venía de la universidad para el trabajo de ascensorista que realizaba en el edificio anexo de la Caja donde funciona el Instituto Costarricense de Turismo, cuando una señora muy "encopetada" me dijo: "Chances", comprendiendo la pregunta decidí darle vuelta a la intención, introduje la mano al bolsillo mientras le decía: "Si señora véndame 5 cualquiera".

Venía para el trabajo y de pronto una señora me tomó por el brazo mientras me decía: "Esperé muchacho va perdido", le pregunté que si ella sabía hacia donde me dirigía y me dijo que no, entonces le pregunté que cómo sabía que estaba perdido, la señora se enojó y prometió nunca más ayudar a ningún ciego.

Andábamos varias personas donde Carlos Picado, entre las cuales se encontraba Feliciano Carvajal, de regreso nos alcanzó un vehículo cargado de manzanas de agua, cuyo propietario era amigo de Feliciano, quien nos obsequió dos a cada uno. Feliciano esperó a que se pusiera en marcha y quiso tomar otras tantas por su cuenta sin saber que atrás venía un ayudante, a quien le tomó la pierna.

Un amigo mío, algo bohemio, se fue a un lugar a divertirse. Muy temprano mientras me alistaba para presentarme al trabajo, llegó y me pidió que, si se podía quedar durmiendo en mi cama para reponerse de esa noche, le dije que sí y mientras desayunábamos me contó que en el bus venía una señora a la par que traía un perfume como de colón el galón que olía tan fuerte que tuvo que abrir la ventana para tomar aire, (el que olía a perfume barato era él).

Ese mismo amigo me llamó otro día temprano y me dijo que estaba en el hospital, que se había ido para una fiesta y que seguro había tomado mucho, que por favor fuera por él, porque ya tenía la salida. Le indiqué que ya me iba para el trabajo, pero que si se sentía bien que tomara un taxi, que yo se lo pagaba. Eso no fue posible, tuvo que ir un hermano mío por él, ya que se le habían perdido los zapatos.

En el patio de mis padres tenía una casita con un camarote, baño, pila y otras cosas que me daban independencia, además de entrada por un pasillo que no interfería con la casa principal.

Una madrugada como a las dos alguien tocaba insistentemente, pregunté asustado que quién era y me contestó ese amigo, le abrí y rápidamente me contó que lo venían siguiendo los esbirros de Fidel Castro, que lo ocultara, se escondió. Casi de inmediato llegó Olman Ugalde preguntando que dónde estaba, para ajustar cuentas.

Les dije que mejor se acostaran, pero Olman se quedó de pie en el camarote escuchando donde estaba, como ninguno de los dos se decidía acabar con la situación y permanecían en silencio, le dije a Olman que se acostara, éste que estaba dormido se dobló hasta caer a los pies del camarote. Al otro día, un vecino me contó que anduvieron por el patio de él y que se subieron a unas latas de zinc creyendo que era mi casa, hasta que el primero encontró la salida (que clase de juma).

Hace algunos años, un señor no vidente me refería una anécdota, él era ebanista y como estaba desempleado, y alguien le dijo que en cierta mueblería requerían los servicios de un especialista en el ramo, acudió sin demora. El dueño le indicó que o él no era ciego o no podía ser ebanista, por lo que a pesar de sus explicaciones nunca le quiso dar la oportunidad.

Cuando se retiraba Jesús Cedeño le dijo: "bueno señor, espero que usted nunca necesite un trabajo y si yo le estoy mintiendo que se me queme la casa y si le dije la verdad que se le queme a usted el negocio", 15 días después una conflagración acabó con el establecimiento.

Juan José, Dagoberto y yo nos metimos a ciclismo recreativo cuando nuestro remanente visual nos permitía andar en bicicletas convencionales. La primera vez teníamos que llegar a la plazoleta de la Soledad, íbamos Juan José y yo de camino cuando pasó un ciclista y nos dijo:

"Disculpen, ¿verdad que la iglesia de la Soledad está a la vuelta?". (Era Dagoberto quien estaba señalándonos un lugar sin percatarse de que era a nosotros a quienes le estaba preguntando).

Cuando el Patronato Nacional de Ciegos tenía sus instalaciones en calle 7 cerca de la Caja, acostumbrábamos a frecuentarlo por la tarde y departir el café.

En cierta ocasión llegué cuando ya estaban tomando café y Ricardo Conejo, muy amablemente, me ofreció un pastelillo para que acompañara mi taza, se lo agradecí. y mientras terminaba la conversación, llegó la conserje quien me dijo: "Hola Betico, ¿por qué está tomando café vacío?, espere para darle la mitad de mi pastelillo, (era el que hacía unos segundos Conejo me había ofrecido para embaucarme).

Estaba dándole clases de orientación a Pedro López y le pedí que le diera vuelta a la manzana de la caja y que yo le esperaba en ese mismo lugar. Pedro inició el recorrido y yo tomé en sentido contrario para toparlo. Mi sorpresa fue que no me lo encontré en el trayecto, (una persona le cruzó la calle y casi no lo encuentro).

En el edificio anexo de la Caja funcionaba el Ministerio de Vivienda, el despacho del Ministro de Trabajo, oficinas de la Caja y el Instituto Costarricense de Turismo; tres funcionarias de una de éstas instituciones, abordaron el ascensor y refiriéndose a una compañera decían: "Viste que ridícula julanita, anda con la ropa de la hija jugando de chiquilla", abro la puerta en un piso donde se montó la aludida y las compañeras le dijeron: "Opa, quién es esa chiquilla tan joven que se montó al ascensor, de veras que cada día se quita más años, pasamos el secreto, no seas malita", (oír para creer).

Para llegar a mi casa, tenía que caminar más de 300 metros de donde me dejaba el bus. En ese tiempo la calle estaba invadida de huecos (ahora no es muy diferente, pero ya no vivo en ese lugar), normalmente mis zapatos llegaban empapados por más precauciones que tomara. A veces lograba sortear la mayoría y casi terminando el trayecto me empapaba. Un día decidí no preocuparme por los huecos y tomé derecho por la calzada (no me fui en ninguno).

Una vez iba para la casa y de pronto se interrumpió el fluido eléctrico, la gente se preocupó, porque estaba muy oscuro, yo continué mi recorrido guiándome con el bastón cuando escuché a una señora admirada de la grandeza de Dios, puesto que para las personas que transitaban tenían dificultades para desplazarse y yo con mi bastón no tenía ningún inconveniente.

Me bajo del bus, llego a la esquina de la calle 1 y cuando iba por la mitad, una señora me tomó del brazo y me dijo: "Muchacho va mal, su compañero ya cruzó la avenida" (yo iba solo).

Pasaba por el Correo, donde varias personas ciegas vendían lotería, un señor amigo de ellos nos dijo: "Ayer me quedó sopa en los chances (no vendió todos los enteros), ahora que Dago está contando la lotería le voy a hacer una broma y le dije a Margarita que le siguiera la corriente.

Cuando Dago pasó un entero para contarle le metió los chances y él sintió las hojas volar por lo que asumió que se le habían zafado de la prensa. Margarita dijo que se le habían caído unos enteros y Dago se peleaba, porque eran de él, cuando se dio cuenta de la broma se enojó mucho y se fue para otra esquina y Pedro el vendedor vidente le amarró un pedazo de cuerda como si fuera una cola.

Veníamos Álvaro Quirós y yo para la parada de Moravia, en eso inició una lluvia pertinaz que obligó a Álvaro a abrir el paraguas con el que nos tapamos los dos, un rato después escuchamos tremendo chorro que caía en medía acera. Álvaro tomó las previsiones del caso y para que no nos mojáramos corrió el paraguas justamente cuando estábamos directos al chorro que me bañó de pies a cabeza.

Estaba realizando una práctica de periodismo en las viejas máquinas de la escuela de comunicación, puse mi mejor empeño para salir bien, cuando terminé la profesora me indicó que la hoja estaba en blanco (la cinta no servía).

Una amiga me presentó a la hermana, la voz era parecida y supuse que físicamente también, no recuerdo si hice el comentario, lo cierto es que no tenían ningún parentesco, (eran hermanas en la fe).

Manuel Carvajal y yo tuvimos un programa en Radio FIDES, durante 12 años. En cierta ocasión el controlista se escapó para un bar, soda y restaurante cercano, Manuel llamó al establecimiento comercial y dijo que era de parte del padre Campos (director del medio), unos minutos después llegó el controlista pálido del susto y cuando se enteró de la broma le volvió "el alma al cuerpo".

En la misma emisora trabajaba un controlista muy pica flor, una vez Manuel contestó el teléfono y le dijo: "Es para vos, ¡qué bárbara!, si como es la voz, es ella, no seas tan ingrato", con ese antecedente el controlista ensayó su mejor tono de conquistador, (era un señor con una voz muy varonil).

Iba para la parada de autobuses cuando un señor me indicó que, si me podía ayudar, porque adelante había un hueco, pasado el peligro el señor continuó conmigo y como yo utilizaba el bastón me dijo: "Levante el chilillito yo no lo voy a votar, pero levante el chilillito".

Caminaba por la Plaza de la Cultura, cuando el bastón se colocó justamente en una de las sandalias de una señora que iba adelante (hasta que me lo alzó donde quiso dar el paso).

En la oficina tenían una platina que cuando algún compañero pasaba distraído lo dejaban caer para asustarlo. Cierta vez estaba almorzando solo y seguramente pasó alguna persona por el pasillo, porque dejaron caer la platina, por suerte no se percataron del gran brinco que di con la cuchara en la mano.

Un día abordé el bus, encuentro un asiento desocupado, me cercioro de que tenga respaldar y tabla para sentarme y cuando iba a ejecutar la acción (iba en el aire), por instinto toque el asiento, (tenía un bolso de una señora que reservaba el campo mientras le pagaba al conductor).

Estábamos recibiendo un curso de masaje sensitivo y al finalizar me dispuse a ponerme los zapatos, pero no los encontré en el lugar donde los dejé. Luego de dar la voz de alarma el compañero Víctor Castro dijo: "¡Ah!, yo creo que son los que ando puestos, porque no me quedan como los míos".

Narrado por un compañero: "Me fui de excursión a Puntarenas y cuando íbamos a regresar no encontré los calzoncillos, busqué y busqué y nada más logré encontrar unos "blumer" que sin pensarlo mucho me puse, porque pensé que era mejor eso que nada, rato después una de las excursionistas andaba con un calzoncillo en la mano buscando al dueño y su prenda íntima (el protagonista de esta anécdota ocupa varias páginas en este libro).

Recuerdo que el predicador Domingo Pilarte, anunciaba una campaña en el redondel de toros de Zapote. Un grupo de compañeros fuimos a presenciar la conferencia de poder y entre los que asistimos estábamos Juan Gerardo Guillén, Juan José Sancho, Dagoberto, María del Carmen y Xinia Martínez, que era la "cumiche del grupo". De

camino comenté que el sol era demasiado fuerte y que temía por la salud de Xinia que pudiera desmayarse. A pesar de todo nos instalamos en la plaza y cuando el pastor estaba en lo mejor de la predicación sucedió lo anunciado un cuerpo cayó al suelo (era el mío).

Asistí a la clínica a una cita y mientras esperaba una señora me pidió que le anotara el nombre en un frasquito, le expliqué que lamentablemente no podía ayudarle, porque era no vidente, pocos minutos después se acercó un señor para que le leyera una receta y casi de inmediato un señor extendiéndome una hoja me pidió que le indicara dónde quedaba lo que decía ahí (tuve que levantarme de la banca).

Contada por un compañero de la Caja: Viera Roberto, ¡qué salado el señor que pide ahí en la Catedral! Fíjese que él iba para Puriscal y cuando iba pasando por donde estaban descargando un camión de melones, le cayeron varios encima, pero eso no es nada, resulta que empezó a llover y cuando se quiso quitar un chorro que estaba cayendo de una canoa rota, más bien casi le desfonda la coronilla y para terminarlo de arreglar, cuando por fin llegaba a la parada, pegó con la punta de una lata de una cerca medio caída y se rompió la cabeza (mejor se hubiera quedado en la casa).

Estábamos en la universidad y necesitábamos un teléfono público, Dagoberto nos dijo que estaba viendo uno, cosa que pusimos en duda, entonces Dago para demostrarnos que era verdad se encaminó rápidamente hasta el teléfono para tocarlo y que pudiéramos comprobar sus palabras, segundos después escuchamos un gran golpe (antes del teléfono estaba una puerta de vidrio).

Un compañero después de tomarse varias cervezas sintió la necesidad de dormir un rato y así lo hizo. Estaba descansando en un poyo del parque, cuando sienten que le están robando los lentes, entonces le dijo al pillo: "No haga eso compita, no sabe que si se lleva los anteojos me deja ciego" y el buen ladrón no se los llevó.

Contado por un amigo

Dice que en una oportunidad José Andrés Araya se iba a montar al bus, plegó el bastón y mientras recorría el pasillo, hacía un movimiento de abrirlo y cerrarlo con tan mala suerte que en uno de esos movimientos le prensó la peluca a una señora y la exhibía como trofeo.

En otra oportunidad el mismo José Andrés se alistó, tomó su radio grabadora y muy contento fue a comprar un paquete de cigarrillos. "Buenas señor, regáleme un paquete de cigarros y una caja de fósforos, por favor", a lo que el pulpero respondió: "Aquí no estamos para regalar nada y mucho menos vicios, vagabundo".

Cuentan que José Andrés iba a subirse al bus de San Antonio de Alajuela y el cobrador le dijo: " Haber suba la patica", (ni que fuera un perico).

Se cerraba una de las fiestas del Instituto Hellen Keller y Andrés empezó a preguntarle a una mujer que cómo se llamaba, que, si estaba contenta, que de dónde venía etc., como la mujer no contestaba la invitó a una cerveza siguieron las preguntas y cuando nuevamente le preguntó que cómo se llamaba, la mujer, con voz de anciana desdentada, le contestó: "Chicha".

Yamileth Picado es una gran amiga de las personas ciegas, en cierta ocasión acompañó a varios estudiantes universitarios a conocer un carro de bomberos antiguo. Luis Mora que estaba reconociendo las diferentes partes del automotor, palpó algo que le resultó desconocido, por lo que preguntó que qué era eso. Una voz masculina le respondió: "es mi cabeza soy un bombero".

Trabajaba como ascensorista en el edificio anexo de la Caja y nuestra cocina quedaba en el sótano, llegó mi hora de almuerzo y un compañero me ofreció un poquito de arroz con pollo, que por cierto tenía un olor delicioso, acepté y cuando

estaba disfrutándolo, el mismo compañero que se había servido un buen platillo me dijo: "Hay Roberto, soquémosle a comer, porque si viene el dueño del arroz con pollo, nos va a alzar el tanate".

Estaba en el colegio y como todas las aulas eran iguales, la profesora me pidió que por favor le fuera a echar agua a una mata que estaba algo seca, me fui y de regreso me metí una puerta antes, ya embaucado y dándome cuenta de que estaba en otra aula le dije a la profesora. Disculpe que la interrumpa, pero me dijeron que buscara a la profesora X, pero no supieron decirme si estaba en el aula 14 o 15, entonces la profesora me dijo que ahí la escuchaba a la par y yo salí como quien no quiere la cosa.

Un día alguien llegó a mi oficina y me preguntó si estaba Roberto Sancho, como la voz era, evidentemente, fingida y muchas personas tienen la mala costumbre de estar cambiando la voz para poner a prueba a las personas ciegas, le dije que sí estaba y seguí trabajando, un rato después me preguntó que si era yo y que si podía esperarme (así era la voz de la persona).

Una vez un funcionario de la Caja me cambió la voz y me preguntó si sabía quién me hablaba, además de no hacer ningún esfuerzo por identificarlo tampoco me pareció familiar por lo que le dije que no. La persona se puso a reír y me dijo que qué malo era yo para reconocer voces, (el problema fue que ni cuando me habló normalmente supe de quién se trataba).

Me contaba Carlos Cordero, que un compañero tenía una vaca y entre las cosas que le pasaron fueran las siguientes:

La vaca pastaba como a una hora de la casa, entonces un día fue a traerla y cuando estaba muy cerca de la casa un vecino le indicó que esa era la vaca de él.

También los vecinos que conocían su limitación visual le jugaron una broma, los niños le dejaban que llegara al potrero, donde se orientaba por el sonido que producía la vaca al comer pasto. Los chiquillos, arrancaban zacate con las manos y cuando él se acercaba se iban corriendo y así lo engañaban durante mucho rato en que no podía atrapar la supuesta vaca.

En la Universidad de Costa Rica, se cuenta con líneas de buses que viajan a diversos lugares, entre los cuales se encuentra Coronado, Heredia, Alajuela, Cartago, etc. Un compañero que vivía en Alajuela tenía la costumbre de sentarse y dormirse hasta llegar a la terminal.

Como todos los días, se durmió hasta que le avisaron que estaba en la terminal y se bajó, (estaba en Cartago).

Venía para el trabajo y un señor que estaba destaqueando un cenicero, bastante mal oliente, por cierto, me vio acercarme y en lugar de avisarme me tomó por el estómago y me puso las manos dejando su desagradable huella en mi camisa nueva.

Ahora hago un alto en el camino para no monopolizar la palabra y que sean nuestros amigos quienes continúen con sus relatos.

Perro que no ladra no es perro ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Limón es una provincia donde el ferrocarril, el mar y la producción bananera forman parte de su paisaje.

Cuando una persona presenta una deficiencia visual que le exige el uso del bastón blanco, despierta en los moradores caribeños la curiosidad y de estas cosas nos habló Ileana Chacón Chacón, quien presenta Retinosis Pigmentaria y el 3 de diciembre sacó unos minutos para compartir con todos nosotros estas anécdotas.

Ileana:

Hace unos años, andaba por las desoladas calles limonenses, la noche era fresca y tranquila, en eso se me acerca un señor y me dice: "Disculpe, ¿qué anda haciendo usted con ese bastón, ¿buscando petróleo? (Para ese tiempo estaba vigente la posibilidad de extraer petróleo de las montañas de Talamanca).

Deseaba adquirir un artículo que vendían en una tienda en particular. Llegué a la entrada y me encontré con una señorita bastante seria y poco amable con la que intenté entablar una conversación, pero ella no respondía.

Decidí buscar ayuda y vine con alguien de mi confianza a quien le indiqué la actitud de la señorita que estaba en la puerta. Cuando llegamos, ella verificó que se trataba de un maniquí y por tanto la escena se convirtió en algo más que graciosa.

Otro día fui a una reunión de exalumnos del colegio de Hatillo donde me invitaron, cuando terminó la actividad fui a abordar la periférica con todo el cansancio del mundo. Conforme entraba procedí a buscar un asiento disponible deslizando la mano por el respaldar hasta que, supuestamente, lo encontré lo cual me alegró mucho. Procedí a sentarme y para sorpresa mía, estaba un niño tan pequeño que mi mano no lo tocó cuando revisé el respaldar.

Estaba a punto de sentarme cuando la mamá pegó un grito y por más que le expliqué a la señora nunca entendió mis razones y me sentí realmente mal, aunque el cuadro, supongo que, se veía gracioso y por eso desistí de la idea de seguir buscando asiento hasta que llegué a San José.

Cuando tenía unos 14 años caminaba con mi hermana, quien olvidó que yo no podía ver bien y no me avisó que había un obstáculo, entonces al querer subir a la acera "pun" me di contra un poste, fue tan fuerte el impacto que sólo recuerdo cuando

me encontré sentada en la calle. Tres días permanecí con el ojo cerrado y tuve que visitar al oftalmólogo.

En mi época de secundaria, a un bendito expresidente se le ocurrió adelantar la hora y entonces para ir al colegio yo salía prácticamente de noche y las personas que tienen Retinosis podrán comprender lo que significa este cambio, (ver o no ver, he ahí el dilema).

Una hermana me dijo que corriera que ahí estaba mi bus, yo no podía verlo, pero llegué a la parada y me monté. Cuál fue mi sorpresa, cuando en lugar de doblar a la derecha lo hizo a la izquierda y la gente le pagaba al conductor. Definitivamente estaba en un bus que no era el del colegio. Tuve que esperar más de una hora a que amaneciera para saber dónde estaba y casi tardé dos horas para reiniciar el recorrido del punto en que inicié la mañana.

Aunque no lo crean, fui atropellada por una bicicleta, procedí a cruzar una calle y sinceramente, no escuché la bicicleta, cuando me di cuenta estaba literalmente montada en la llanta de adelante; y el hombre que la manejaba se paró y me gritó: "Hey no vio que venía la bicicleta", nunca me botó y le di gracias a Dios que no pasó nada más, aunque me rompió las piernas.

Ileana es de las primeras personas que cuenta con un perro lazarillo en el país y por eso le pedimos que nos refiriera algunas anécdotas referentes a su experiencia con estos nobles animales.

Ileana:

Mi perro "Mindi" y yo caminábamos por el sector de la Coca cola, cuando en eso escucho a mi lado a dos "pachuquillos" intercambiando opiniones respecto a mi perro, continué el recorrido, pero mi seriedad fue interrumpida cuando escuché a uno de ellos decir: "Hey mae vea el americano full extras".

Esta es una situación que se ha repetido unas 3 o 4 veces, cuando me acerco a un lugar una persona me dice: ¡Hay mirá yo pensé que traía un maletín! Esto pasa porque lo ando con el arnés y además que ahora todo lo hacen en forma de animalitos probablemente piensan que es un maletín o algo así.

Al principio de andar con mi perro en el país, un chofer de autobús me dijo: "Señora, usted puede subirse al bus, pero su perro a la cajuela."

Cuando ando caminando con mi perro, es normal que sea una mujer la que grite: "¡Ay!, un perro, ¡qué miedo!".

Recuerdo que en una ocasión estaba en el asiento de afuera del bus y una señorita que pretendía sentarse adentro, cuando vio a mi perro gritó. "¡Hay, hay algo negro y peludo aquí!".

Suele ocurrir que cuando estoy en el bus ojalá a medio pasillo y quiero bajarme, por más lleno que venga, la gente grita: "¡Ay un perro! y todos abren campo como sea con tal de que no le pase al lado.

Un señor sabio por su edad y conocedor de la vida, como los perros guías son entrenados para no ladrar o hacerlo únicamente en casos muy calificados, se acerca y me dice: "Usted me va a disculpar señora, pero perro que no ladra no es perro".

Otro día luego de estar observando mi perro, un señor me hizo este comentario: "Yo quisiera que mi mujer fuera como su perro", le pregunté que como así, y me dice: "Si, porque yo quisiera que mi mujer haga lo que yo digo, que se siente, se eche, que salga solo conmigo donde yo diga y a la hora que diga, que camine lo que yo quiera, que me quiera como la quiere su perro a usted, y especialmente, que no me haga ruido ni me ladre", entonces le dije: "Señor, es que mi perra está entrenada y por lo visto su señora se parece más a una yegüita chúcará.

Aunque ustedes no me crean, hay gente que es inteligente, pero les falta sentido común. Un señor se me acercó y me dijo: "disculpe, ¿el perro tampoco ve?".

Me invitaron a darle una charla a unos niños en la escuela, yo les expliqué como trabajaba con mi perro y un chiquito me dijo: ¡Ah!, eso quiere decir que su perro habla en inglés.

Otro niño de esa misma aula me dijo: "Señora, usted me puede explicar cómo su perro encuentra el arroz, la leche y las verduras en el supermercado. Por su puesto que él no está en capacidad de leerme los rótulos ni adivinar qué necesito y menos llevarme donde están esas cosas.

A pesar de toda la información que se ha brindado por los medios de comunicación, las personas insisten en incurrir en los mismos errores, por ejemplo, cuando dicen: "¡Mirá esa perra está embarazada!", o "¡Esa perra es igualita a la que está en mi casa!", y quieren que los crucemos, porque posiblemente se imaginen que los perros nacerían entrenados.

Las personas piensan que los perros leen el rótulo del bus y ven los colores del semáforo, pero no hay que olvidar que los perros son daltónicos. Y si así fuera y los perros cruzaran únicamente donde hay semáforos habría que esperarse hasta que el Ministerio coloque semáforos en todas las esquinas.

Un día dice un peatón: "No sé por qué se complican tanto en entrenar a un perro, cuando sería más fácil que la persona se montara y que el perro la llevara".

Hablar de las experiencias que Ileana pasa con su lazarillo es cosa seria, pero como ella tiene la idea de escribir profusamente al respecto, espero que estas pinceladas sean un abre bocas para despertarnos el interés por el tema que Ileana nos abordará.

Risas y congojas de personas con disminución visual o ceguera ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Es tan riesgoso transitar por donde existen alcantarillas sin tapa, por ejemplo, en el trayecto de Goicoechea a San Pedro de Montes de Oca, donde nuestro compañero José Guillermo Gutiérrez Ureña sufrió una caída, que lo mantuvo incapacitado durante algunos días.

José Guillermo presenta Retinosis Pigmentaria y el 4 de febrero decidimos visitarlo en su casa de habitación para acompañarlo y de paso obtener algunas anécdotas para nuestros lectores.

José Guillermo:

Ya desde que estábamos en la escuela, nos pasaban anécdotas, más si tomamos en cuenta que nos íbamos a vender números de una rifa de 800 colones a 2 colones, que nos daba doña Dorita, para que nos ganáramos el 20% y como no usábamos bastón, era más fácil que nos sucedieran cosas.

Roberto:

¿Por ejemplo?

José Guillermo:

Supongo que para mucha gente pasaba desapercibida nuestra discapacidad y algunas veces que entrábamos a edificios públicos encontrándonos con los escritorios por inercia (chocaban), nos quedábamos ahí ofrecíamos los números hasta que oíamos una voz allá adentro que decía: "¿Qué se les ofrece?, ¿en qué les podemos servir?" y otra vez repetir lo mismo para que nos dijeran que no, después de ofrecerle a un escritorio vacío.

Salíamos a vender las acciones desde la mañana y almorzábamos en una soda o nos comíamos algo en una pulpería y antes de que nos alcanzara la noche y la Retinosis nos recordara que presentábamos ceguera nocturna, nos íbamos para la casa.

Una vez salimos Álvaro Sánchez, Hugo Araya y yo y como a las cuatro de la tarde, ya veníamos bajo una llovizna. Ellos iban adelante y me puse a caminar más rápido para alcanzarlos, en eso me encuentro con una muchacha, de frente y al querer eludirla me resbalé y una de las piernas de la muchacha quedó entre las mías. Al final, ella se quitó y Álvaro y Hugo me ayudaron a ponerme de pie entre risas y congojas.

Recuerdo que en otras oportunidades percibíamos la luz y creíamos que ahí estaba la salida, pero eran puertas de vidrio cerradas o ventanales, por donde queríamos salir; eso si no les ofrecíamos la rifa a maniqués, que en ese tiempo eran tan comunes en las tiendas.

Cuando salíamos a vender números lo hacíamos en parejas, como los mormones o los testigos de Jehová y aquí por la Universidad de Costa Rica andábamos Manuel Jiménez, Víctor Ordóñez, Hugo Araya y yo, entonces escogimos una casa cada uno, eso sí, como siempre, sin bastón.

Había una casa muy abajo y les tocó bajar las gradas a Víctor a y Manuel, todavía me da risa acordarme, porque ellos entraron muy rápido (es que la puerta era blanca y se veía muy bien), resulta que antes de llegar a esa puerta había que doblar a la derecha para seguir bajando gradas y ellos no vieron esa parte..., se brincaron ese gran pedazo y cayeron acostados en la puerta, dándole un gran golpe con el cuerpo o con los zapatos, no sé cómo cayeron y la señora salió tan enojada, tan enojada que no podía decirle qué había pasado y cuando le ofrecieron números, ella les dijo que no quería nada y que esa no era forma de tocar una puerta.

Roberto:

Con José y otros compañeros, nos íbamos a diversos lugares a pasear y en cierta ocasión nos sucedió algo inesperado, pero mejor que sea él quien lo cuente.

José Guillermo:

Es que nos fuimos a tomar unas cervecitas a Las Nubes de Coronado, Hugo Araya, Juan Sancho, Roberto Sancho y yo. Entonces pasó un señor en un caballo blanco y lo saludamos, el señor nos dijo que, si queríamos pleito, le dijimos que no, que era solamente un saludo, pero él insistía en que ese lugar la forma en que lo saludamos era para buscar problemas.

Roberto:

La cosa no pasó a más, pero de regreso, cuando ya empezaba a oscurecer me sucedió algo inesperado. En ese tiempo estaban de moda los zapatos de plataforma y yo, joven al fin, también los usaba. De pronto sentí como que me fui a un hueco y era que se me había caído un tacón y no lo pudimos encontrar.

A nosotros nos gustaba sentarnos en el asiento cercano a la ventana, ¿te acordás?

José Guillermo:

Sí, por cierto, que una vez iba con su hermanillo y como él se montó primero, encontró un asiento y escogió adentro, para medio ver para afuera, pero no había asiento, sólo el armazón.

Tenemos que acordarnos de las veces que cuando nos montábamos al bus guardábamos el bastón, hay gente que se sienta con las piernas muy salidas, yo pensé que me estaba dando campo para meterme en el espacio que da a la ventana, cuando me estaba metiendo me dice una señora: "¡Diay qué!, ¿dónde se va a sentar?, no ve que están ocupados todos los campos" y siga para atrás, humildemente, sin poder decir nada.

Roberto:

Eso nos pasa cuando el remanente visual nos permitía buscar un asiento sin necesidad de utilizar el bastón, pero también usándolo, la gente, algunas veces, no colabora.

José Guillermo:

Me pongo a buscar un campo, hasta que toqué con el bastón y en el asiento no detecté nada, entonces me senté y chiquito le dijo a la mamá, que lo sentó en los regazos: "Mami, por qué ese señor me quitó el campo". Esa es la imprudencia en que incurre la gente, porque ni nos dicen que está ocupado, ni le explican al niño. Muchas veces nos arde la cara de vergüenza, porque las personas no nos avisan de algunos cambios como cuando uno va acompañado al cine o a un supermercado y salimos del brazo de nuestro guía. Como me pasó a mí y al ratito me preguntan atrás, que por qué voy con otra persona.

Si es de narrar anécdotas de personas que nos dejan hablando solos y al tiempo llegan y nos dicen que ya volvieron, ni se diga, porque eso me ha pasado muchas veces.

El 7 de enero me fui al supermercado con mi papá y él se puso a ver algunos productos, entonces le pregunté y quién sabe en qué momento se había ido y un señor me dijo: "Perdón, qué se le ofrece" y tuve que ofrecerle disculpas y explicarle que no era con él con quién quería hablar.

Roberto:

Yo recuerdo que Feliciano Carvajal, Hugo Araya y vos andaban muchas veces juntos, ¿recordás alguna anécdota de esos recorridos?

José Guillermo:

Una noche andábamos en Heredia donde ellos vivían, visitando a alguien, creo que, a Carlos Picado, el único que andaba bastón era Hugo y cuando veníamos de regreso nos dice: "Alto, hay algo por aquí, debe ser un carro, porque ya lo sentí" y alzó el bastón donde percibió la sombra y un señor le dijo: "Suave, suave, cuidado me golpea con ese palo" y dice una muchacha: "Es que son cieguitos". Seguro era una pareja que estaba marcando y le matamos por un rato la alegría.

Roberto:

Por suerte no todas las anécdotas son negativas.

José Guillermo:

Por supuesto, si no la vida fuera muy difícil, recuerdo que en la universidad tuve que llevar un curso de investigación de operaciones (José Guillermo es Administrador Público) y como la materia la daba el asistente del profesor, nadie le entendía. Para ganar el curso, le pedí a un compañero que estudiáramos juntos, él me ofreció la ayuda y a pesar de que leía el libro, que estaba en tinta, no entendía nada y no podía explicarme. Entonces le pedí que leyera despacio y empecé a entender para explicarle a él mismo y fueron muchas veces en que mi compañero contaba que quiso ayudarme y que yo fui el que le expliqué a él.

Para no cambiar de escenario te voy a contar una situación que me pasó en la universidad, estaba llevando un curso de economía con el decano de la facultad y como pensé que era un tanto lento escribir en braille, preferí llevar la grabadora, puse a funcionar el aparato para grabar la lección y muy pocos minutos después escuché una gran algarabía, lo que pasó fue que me dormí y dicen que hasta que roncaba en la clase... Claro, lo que pasa es que esas lecciones eran a la una de la tarde y con los calores de marzo, por eso se justifica un poco lo que me sucedió.

Roberto:

Las grabadoras tienen ventajas y desventajas, en un curso de periodismo informativo tuvimos que hacer una práctica de locución, en ese momento llamaron a la profesora y seguimos nosotros grabando solos, como faltó un compañero no tuvo la oportunidad de leer la noticia de práctica, entonces se nos ocurrió decir el nombre del compañero y a continuación sintonizamos las noticias de Radio Monumental y grabamos al locutor (nunca supimos si la profesora lo tomó como una broma de buen o mal gusto, porque no nos dijo nada).

No cabe duda de que las grabadoras tienen esa magia, pero no sabemos cuándo va a saltar la liebre, matriculé un curso de literatura y como era un connotado escritor costarricense, invité a un compañero no vidente a que asistiera a una lección, él ni lerdo ni flojo, me acompañó y para no perder nada de la clase llevó una grabadora.

El profesor aceptó que estuviera con el grupo, pero cuando sacó el mencionado aparato... nada más escuchamos al profesor: " A no, en mis clases no acepto grabadoras, porque el día en que quiera que se publique esta información, lo voy a hacer yo".

José Guillermo:

Cuando no usaba bastón y llegaba a una parte oscura me quedaba fuera para que la pupila se acostumbrara, una mañana llegué a la Facultad de Estudios Generales y me esperé un rato, pero la pupila no se adaptaba y como podía observar la gente entrar y salir, decidí regresar... Cuando se oyó un gran estruendo... me había llevado un portón en banda y la gente silbaba y me decía que, si estaba dormido, porque sólo estaba abierto una parte.

Roberto:

En algunas ocasiones, cuando dejan abierta sólo una hoja o un portón y andamos acompañados por alguien poco acostumbrado, la persona pasa y nosotros nos quedamos.

José Guillermo:

Ahora le voy a contar una anécdota que me pasó con Manuel. Resulta que se nos ocurrió ir a una discoteca, entramos y con ese escándalo nos quedamos como dos macetas, cuando encontramos a una muchacha que estaba con el novio, la invitamos a bailar, Manuel me embaucó y nos fuimos para la pista. Con aquel escándalo, lo único que se me ocurrió fue hablarle a la muchacha para orientarme y ella me decía: "Sí, no", hasta que dejó de contestarme, pensé que me había dejado solo y dejé de bailar y me dice: "Siga bailando, siga bailando", entonces le dije que claro, que es que me había cansado un poquillo.

(José Guillermo trabaja en el Consejo Nacional de Rehabilitación y Educación Especial).

Roberto:

La ventaja de trabajar en una institución como el consejo, es que se supone que la gente, además, de estar sensibilizada con la discapacidad, conoce las técnicas para conducirse adecuadamente, según corresponda, ¿alguna vez le ha pasado alguna anécdota?

José Guillermo:

Antes la cocina era muy pequeña y unos compañeros decían que no debían chinearne, que yo sólo podía servirme el café, por mí no había problema, llené una taza y cuando me iba dando vuelta para dirigirme a endulzarlo, un compañero como que me empujó, justamente cuando una compañera nueva que estaba haciendo una práctica, en la fotocopidora endulzaba su café. Ella es pequeña, de tal forma, que

mi mano chocó con su hombro y el café se derramó por la espalda, hasta abajo. Eso fue como a las 9 de la mañana, una taza de café caliente y un largo día para al muchacho y mi congoja.

Roberto:

Vos trabajaste en el Ministerio de Obras Públicas y en la Dirección de Servicio Civil, ¿en estas instituciones no sufrió ningún percance de ese tipo?

José Guillermo:

El primer día que inicié labores en el Servicio Civil me presentaron a los compañeros, incluso a los que estaban tomando café. (El comedor tenía una mesa, unas sillas y una tabla donde se colocaba el percolador). Me invitaron a servirme una taza de café, antes de buscar acomodo, tuve que dar campo varias veces para que los compañeros se sirvieran y por lo pequeño del lugar, iba de un lado a otro hasta que mi maletín se enganchó en el percolador y fue a dar al suelo quedándose varios funcionarios del departamento, sin tomar café.

Lo demás es de imaginárselo, alguien buscando un trapeador, otro haciendo más café y uno como atado de manos, sin más que asumir la congoja.

Cuando aclaran los nublados del día

[\(Regresar a la tabla de contenido\)](#)

La provincia de Cartago, además de contar con el imponente volcán Irazú, ostentar el título de la muy noble y leal ciudad de Cartago, cuenta también con la Asociación de No Videntes Cartaginenses: Doctor Fernando Guzmán Mata.

El pasado 25 de febrero, Saúl Chacón Garita hizo llegar a mis manos una grabación, donde algunos integrantes de la organización se dispusieron a compartir con los lectores sus anécdotas y con el mayor de los gustos, las transcribo para ustedes.

(Los participantes de este trabajo fueron: Rosa Helena Araya Barahona, Saúl Chacón Garita, William Gómez Gómez, Francisco Gómez Gómez, Jeannette Ramírez Cordero, Marta Doris Ramírez Cordero y Alexa Granados).

Rosa Helena:

Yo estaba estudiando en el instituto Hellen Keller, entonces me bajo del bus de Desamparados, llego al semáforo sonoro y aunque empezó a sonar, los carros seguían pasando. Entonces le dije a un señor: "Disculpe, ¿el semáforo está malo?", pero el señor no me contestó, le volví a preguntar y nada, hasta que salió un atarantado, de esos que nunca faltan y me dice: "No se está dando cuenta que le está hablando a un sordo", por dicha una señora me ayudó a cruzar la calle y ya en el otro lado solté la risa.

Cuando era chiquita jugaba con mi hermana, cerca de donde vivíamos había una escuela que tenía atrás una baranda, donde jugábamos. Nos pusimos a jugar de brincar mecate, cuando pasé por encima de la baranda, entonces mi hermana llegó donde estaba yo en el suelo y me dice: "Rosa Helenita, no te murás, porque si no mami me mata", entonces le dije: "Sí, ya me morí, pero para que no te peguen voy a resucitar".

Cuando estaba soltera me bañé y salí con mi mamá al mercado, de regreso nos mojamos, porque cayó un aguacero, como íbamos a ir a las fiestas de Alajuelita y había salido en chancletas, me cambié la ropa, puse agua a calentar para lavarme los pies y después ponerme los zapatos.

Cogí la cafetera, vacié el "agua" en una tina y cuando estaba lavándome los pies llegó mi mamá toda asustada y me dice: "¡Muchacha!, ¿qué estás haciendo, lavándote las patas con la leche que compré?".

Me fui en la buseta de Cartago a San José y como me dijeron que los campos libres estaban a medio bus, empecé a caminar hasta que encontré uno. Me extrañó que estuvieran los asientos tan altos, era que me le había sentado en los regazos a un señor, que me dijo: "Atrás hay campito, muchacha" y cuando me paré me llevó él mismo.

Una noche fuimos a Agua Caliente de Cartago a una taberna que se llama "Jiral", entonces nos metimos al reservado y pedimos unas cervezas y otras cosillas, cuando estiro los pies me encuentro un bulto y digo: "¡Qué raro!, alguien dejó el maletín debajo de la mesa, se sentía suavcito, tal vez tanga algo de valor y me lo deje o lo devuelva. Ahí veremos qué hacer". Estiré la mano... cuando voy tocando... era un condenado perro, que estaba echado a la par mía.

Saúl:

Yo trabajaba en agricultura y en la pura mañana fui y saqué los bueyes y me fui por el camino donde la gente tenía el ganado para ordeñarlo y darle de comer. De pronto un buey se quedó comiendo sin que me diera cuenta y cogí a una vaca, enyugué el buey y la vaca y me puse a rallar papa, hasta que llegó el patrón y me lo dijo.

Andábamos unos compañeros no videntes tomándonos unas cervezas, al rato me dieron ganas de orinar y me fui a buscar donde desocupar la vejiga hasta que lo encontré, por cierto, que tenía forma de tobogán. Toqué con el zapato donde empezaba la cuesta y me puse a orinar, cuando escucho adelante como un hueco: "¿Quién me está orinando?" y al compañero le mojé todo el trasero.

Me sirve mi esposa una taza de sopa de carne molida y verduras, la taza era transparente, cuando ya iba terminando y como uno tiene cierto grado de visión, arrimé la cara para ver cuando terminaba. Cuando ya nada más me quedaban algunas partes de carne, las traté de coger con la cuchara, pero era imposible, hasta

que se me ocurrió levantar la taza y me di cuenta de que la tal carne molida eran unas pintitas negras que tenía el mantel.

Cuando mi chiquita tenía ocho o nueve meses, yo quería llevarla donde mi mamá. Entonces me fui todo "fachento" como las mujeres, con el maletincillo de las mantillas en la espalda. Después que me bajé del bus saqué el bastón, pero como esos tirantes que tienen los postes, vienen de arriba hacia abajo, en diagonal y no los toca el bastón y como mi chiquita venía recostada en mi pecho, no podía pasar para seguir el camino. Yo estaba extrañado, hasta que me fijé que mi pobre chiquita tenía el tirante en el cuellito y casi la ahorco.

Estaba limpiando el patio de "chécheres", entonces mi esposa me dijo que tenía unos zapatos para botar y otros para cambiarles tapilla, los pusieron ella y la tía en bolsas parecidas. Al otro día oigo el carro de la basura, me levanto en calzoncillos, cojo las bolsas y "flun" las boté, se fueron los zapatos buenos y los malos, como siete pares le eché al basurero.

Estaba mi mamá y una hermana en la pila y mi hermana me decía cosas que no me gustaban, entonces le dije a mi mamá que la calmara, porque si no, no respondía. Entonces ella siguió diciéndome que no jodiera, que de por sí yo no veía. Me paré a darle una patada por el trasero con tan mala suerte que se la di a mi mamá.

Doris:

Me fui a pasear donde unos compañeros y un rato después pedí el servicio, la muchacha me dijo: "Sí claro, pasa". Me subí la ropa, me senté y sentí algo en mi espalda, me levanté curiosa y toqué para ver de qué se trataba, era que el lavatorio estaba muy bajo y me había confundido.

Fui con mi hermana a pagar la casa, cuando llegamos a la fila me dice curiosa: "Yo siempre me he preguntado, ¿cómo es que ven ustedes?, al menos aquí ¿qué ve usted?," "yo veo algo claro que está allá", - "eso es un letrero, pero entonces usted ve muchísimo, porque está muy lejos", - "yo no sé si es un letrero, porque no le veo las letras, nada más veo algo blanco", - "hagamos una cosa, señáleme lo que ve para saber si es el rótulo que yo digo". Y estiro el brazo para señalar y le voy quitando el sombrero a un señor que estaba adelante.

Resulta que iba a una presentación a Canal 7, ya sentada en el bus me dice mi hermana: "Vieras Doris que señora más elegante va ahí, yo calculo que por lo menos dos horas duraron peinándola". Por fin llegamos y cuando nos íbamos a bajar el chofer empezó a acelerar, mi hermana me apuraba para que no nos botaran ni nos llevaran y de la precisa, le enredé el bolso a la pobre señora en el moño, le arranqué las prensas y la señora casi se pone a llorar.

Voy a coger el bus, que ya estaba con el "run, run", a punto de irse y me monto en carrera, me agarro de algo, así suavcito y me dice el muchacho: "¡Mamacita, ¿sintió que se agarró de algo...?".

Otra vez me fui con mi hermana a una tienda a comprar un vestido, mientras se fue a la caja a pagar, empecé a tocar un "maniquí" y le dije a mi hermana: "¡Uy, qué pantalón más feo!, ¡qué pantalón más horrible!", mientras le pasaba las manos por las nalgas, le dije que yo no me lo pondría, ni loca. Cuando sentí que el maniquí se movió y mi hermana me dijo al oído: "Doris, le estás tocando el trasero a una vieja".

Jeannette:

Cuando trabajaba en El Gallito, una muchacha me acompañó hasta la fila para tomar el bus, al rato me extrañaba que llegaba un bus y se iba, luego otro y así, pero la fila no avanzaba. Como se me estaba haciendo muy tarde, decidí decirle a la persona que, por favor se corriera, cuando estiré la mano sentí frío, era un poste.

Voy a comprar a una tienda y estaba una pareja en la puerta, les pedí con permiso para pasar, pero no me hicieron caso. A la tercera vez quise pasar educadamente sin resultados, pensé que yo había hecho lo correcto y "pun", me meto, hasta que quedaron tambaleándose los maniqués.

Estábamos trabajando Reinaldo Alvarado y yo, entonces me dice "Rey" que él me dijo que había escuchado que yo tenía mucha fuerza, entonces me puso el brazo y le di con el puño hasta que reconoció que tenía fuerza, pero me dijo que yo no le ganaba en pulsos y me dio la manilla. De un momento a otro, sin hacer mucho esfuerzo, sonó un huesillo, seguimos trabajando y él quejándose del dedo. Una compañera le dijo que tenía el dedo morado, morado, que fueran a la enfermería y le di un pellizco para que no contara lo que le había pasado. De regreso, vino por sus cosas para que lo enyesaran en el INS (Instituto Nacional de Seguros).

Un día llamamos un taxi y como yo no me metía de colita sino de cabeza y me metí un poco y más y más, hasta que sentí un olorcillo a plata y pegué la cabeza en la caja del menudo. El chofer, muy cariñoso, me dice: "Hágase para atrasito, porque este es el asiento del chofer".

Estoy en la fila de buses de Guadalupe y el chofer "run, run, run" y yo ique no me dejé!, ique no me deje!, y toco la lata y pensé que me había cerrado, entonces la agarré con el bastón, porque estaba enojada, hasta que un señor me dijo: "Venga mamita por aquí, esa es la trompa".

Una vez iba para El Gallito y los choferes de Guadalupe, todo el tiempo, están amargados, ellos son los que mandan y los clientes tienen que andar en carrera. El chofer empieza a acelerar y un muchacho le dijo: "No ve que ella no ve, espérese". Me subí, pero al bajarme le toqué el timbre y no le dio la gana parar. Más adelante hizo a medio parar, me levanté y pegó un halonazo, que fui a caer de cuatro patas para allá, un muchacho me levantó y le dijo: "¡Diay pedazo de bestia!, no ve que

esta muchacha es no vidente", entonces el chofer dijo, chichoso, que más adelante paraba y el muy desgraciado me paró justamente, en un gran charco, que cuando me bajé, salí bañada.

Un día tenía mucha sed y me fui a buscar fresco, cogí un jarro y empecé a servírmelo, pero me extrañé de habérmelo llenado tan rápido, porque se empezó a regar. Se hizo un gran reguero y cuando me fijé en el fondo, me di cuenta de que lo tenía hacia arriba.

Me fui con Willi a San Pedro a hacer unos mandados y le dije que pasáramos a un restaurante de chinos, que era bonito y no cobraban tan caro. Al ratito llegó el muchacho y nos dejó los libros del menú. Willi me dijo que él no podía leer la letra de los libros, entonces le dije que por lo menos lo intentara, se acomodó los lentes y me dice: "Aquí lo único que veo son unos garabatos, tenía que ser de chinos". Entonces le dije que no se preocupara, que iba a llamar al muchacho y le digo: "Muchacho, disculpe, usted nos haría el favorcito de leernos este menú, es que somos no videntes y aunque ya intentamos, no pudimos entender la letra" y se vuelve muerto de risa y nos dice: "Es que esos no son los menús, son los individuales".

Resulta que Doris se ganó una canasta de víveres en una fiesta del día de la madre. Ahí venía cuidándola y revisando: "¡Ay qué rico esto!, ¡ay qué rico lo otro!", hasta que llegamos al bus. Yo llevaba la canasta y un muchacho, como me vio tan incómoda con la canasta, me dijo: "Permítame y le ayudo con la canastita, yo le ayudo con mucho gusto, para que pueda subir tranquila". Doris iba adelante, pone un pie en la primera grada y me dice: "Jeannette, ¿la canasta?", - "Tranquila, ahí viene". Pone el pie en la segunda grada y me dice: "Jeannette, ¿la canasta?". Sube la tercera grada y me dice, otra vez de la canasta, entonces me dice el muchacho: "Tome, tome, yo no me voy a dejar esta cochinada de canasta".

Una vez salí en pleno invierno de El Gallito, donde trabajaba, llegué a San José, me bajé del bus bajo aquel aguacero, empecé a caminar despacito, metiéndome en todos los pozos, llevaba unos zapatos grandes que me quedaban flojos (Rosa Helena: "Era grande la finada") y resulta que cuando voy a brincar el caño, toco con el bastoncillo, pero no me sirvió de nada, porque el agua corría por montones y ¿ha de creer que se me llevó el zapato? Y me le pongo atrás y como no lo alcancé digo: "¡Ay, Dios mío, ¡ayúdame!, ¿qué hago ahora sin zapato para irme a Cartago? En eso llega un señor bajo la lluvia y me dijo: "Tranquila, tranquila no se ponga así, aquí tiene su zapato".

Estaba trabajando en El Gallito y a la hora del almuerzo, me puse a hacer fila, desde que llegué vi a un muchacho rubio y pensaba: "¡Ay qué lindo!, así es como yo he soñado tener el pelo, "machitico" y no le quitaba la vista de encima, hasta que me dice el muchacho: "¡Díay muchacha!, yo no tengo la culpa de ser pelón, pero no se burle de mí".

Doris y yo fuimos a pasear donde unos compañeros, al rato nos dieron cafecito y nos pusieron un platado de pan riquísimo. Entonces cogí un trocito educadamente y me lo comí, como estaba tan rico, quería coger más. Seguimos conversando y pensaba si metía la mano en el plato. Yo imagino que Dorosita también, estaba en las mismas, porque al rato de estar pensándolo, si era muy feo o si pasaba la vergüenza, hasta que me animé y metí la mano en el plato vacío y lo que me encontré fue la mano de Doris.

Cuando estábamos pequeñas, por la ventana de mi cuarto, entraba un rayo de sol y me encantaba tirarme al suelo para jugar con Doris. Yo me acostaba en el piso y la agarraba cuando pasaba. Empezamos a jugar y al rato pasa alguien y me le tiro a los pies y le digo: "Venga acá cholita" y dice mi mamá: " ¿Qué le pasa a usted agarrándome las piernas?".

Para variar, me dice un compañero que le cuide un queque, mientras iba a conseguir un taxi para llevárselo. Me advirtió que cuidado le pasaba algo, que viera que estaba en el sillón. A mí me molestó que me advirtiera tanto, porque una no es tan tonta... El asunto fue que, al haberse ido, sonó el teléfono y me fui a contestarlo y me voy sentando en el queque...

Alexa:

Me fui con mi hermana a una reunión, cuando terminó y veníamos en el bus me dice ella: " ¿Qué es eso Alexa, por qué anda con un zapato negro y otro gris?"

Me voy a comprar unas cosas a la pulpería: huevos, pan, leche y algo más. Empecé a tocar el portón y nada que me habrían, entonces busqué en la bolsa algo duro para golpear a ver si oían y saqué un huevo y le di al llavín...

William:

Andaba con un compañero en San José, cuando íbamos cruzando una callecilla muy Chiquitilla de cuatro carrilillos, que es la avenida segunda. A medio camino, se pone el semáforo en verde, los carros pitaban, nos pasaban por detrás, por delante, al costado teníamos una presa y yo le decía a mi compañero que buscara la raya amarilla y nunca la encontró, porque no existe.

Cuando estaba pequeño, me enredé en un palo de limpiar el piso y "le di un gran beso" a una pileta, que me hizo perder cuatro dientes. Para que no se viera feo y me funcionara adecuadamente, me pusieron un puente, que con los años se fue desgastando.

Un día de tanto, nos fuimos para la playa y nos pusimos a nadar y vacilar, cuando de repente, se me aflojó la planchita y isaz!, se la llevó el mar. Por eso cada vez que voy al mar, me saluda con una gran sonrisa.

Antes, teníamos que ir a Cartago un grupito que se llamaba Amistad. Al tiempo, conseguimos que se diera un curso de orientación y movilidad, con el profesor José Nery Picado, quien me pidió que, con "mi restito de visión" Gracias a Dios, le ayudara en las prácticas a mis compañeros.

Una buena tarde, nos fuimos allá, por Los Ángeles, cerca de la Basílica, cuando una amiga, de las que están aquí, nos dijo: "Sígueme, síganme, yo soy instructora de movilidad", de un momento a otro "cataplún", cayó en un caño.

Jeannette:

Llega Walter Ramírez a la casa a pasear y le digo: "Vamos a la pulpería" y él me dice:

"¿Usted se la juega aquí para no llevar el bastón?", - "Sería el colmo que con doce años de vivir aquí no conociera". Fuimos muy bien, pero de regreso él me preguntó que, si ya no me había pasado, le dije que confiara, que sería el colmo que no conociera mi propia casa. Metí la llave en el portón, pero nada, hasta que una señora me dijo: "¿Qué se te ofrece? Esta no es tu casa, la tuya está al lado atrás, si quiere la voy a dejar. Walter y yo soltamos la risa y le dijimos que sí, que gracias.

Francisco:

Esta anécdota me pasó en noviembre de 1975, en Mata de Limón. En la noche vi un paño colgando en un gancho, lógicamente lo usé para secarme las manos. A la mañana siguiente, me fui a tomar agua y después volví a secarme las manos, cuando me di cuenta, me había secado en los senos de una mujer que estaba ahí de pie.

En una mañana de 1977, tuve problemas de concentración. Resulta que yo estaba recibiendo clases con el finado don Alexis Quesada, yo estaba tan concentrado en la canción que estábamos ensayando, que no me di cuenta a qué hora nos salimos del tema y empieza a decirme: "La perrita de mi casa", y yo a repetir y así un rato,

hasta que al fin me dice: "No joven, es que yo les estoy contando que tengo una perrita muy juguetona".

En noviembre de 1978, andábamos con el coro de la escuela de enseñanza especial Fernando Centeno, en una presentación en Guanacaste. Después de varias presentaciones, llegamos por la noche a la cabina donde nos íbamos a quedar. Todos estaban ya acostados y sólo este servidor estaba de pie, por lo que don Jorge Acevedo me dijo: " Si no le da miedo dormir solo, ahí hay un cuarto desocupado". Como a mí me encanta dormir solo, me llevé la valija, acomodé la camita a mi gusto y así que estaba bien acostado, llegó el ocupante y me dice: "Amigo, disculpe, pero esto está ocupado". Entonces, con mucha vergüenza, me levanté, recogí mis cosas y regresé donde estaba. Los demás me vacilaban, porque me preguntaban que, si me había echado la mujer, de la casa y que por qué me había peleado... Al final tuve que pasar toda la noche sentado, velando y con una sábana en la cara.

Esto que les voy a contar, me pasó hace treinta y tres años. Vivíamos donde mi abuelo paterno y estaban hablando de un abono para unas semillas que iban a sembrar. La conversación no tenía nada que ver conmigo, pero me puse de "metiche" y les dije: "No se preocupen, si quieren mañana yo lo voy a traer" y me cogió mi mamá y me dio "un cosco..." que todavía me acuerdo.

La carreta de mi abuelita ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Lo conocí en la biblioteca de la escuela. Don Rodolfo Molina Zúñiga pasó gran parte de su vida laboral sirviendo como bibliotecario del Centro Nacional de Educación Especial Fernando Centeno Güell.

Cuentos de Hadas, Primeras Luces y un volumen de un diccionario, que, aunque decía de bolsillo, constaba de 30 tomos en braille. Eran las notas que solíamos destacar cuando llegábamos como estudiantes a leer o pedir libros a ese amable señor que nos brindaba los ejemplares y que ahora con motivo de este libro incursionamos más allá del ámbito académico para conocer a la persona.

Le pedí a mi amigo Omar Chacón Blanco que me ayudara a propiciar una entrevista con este exfuncionario y amigo de infancia de Omar y así fue, únicamente que en el último momento la cita fue cancelada por razones especiales.

Omar dispuesto a obtener las declaraciones de don Rodolfo, se fue para su casa y el 3 de diciembre me entregó una grabación que hoy tengo el gusto de transcribir para ustedes.

Omar:

Antes de empezar a hablar de tu vida contanos que produjo tu ceguera.

Rodolfo:

Mi problema proviene según parece, de alguna situación que andaba mal en el organismo de mi madre.

Desde que nací tenía visión parcial. ¡Claro! como todo chiquillo, brincaba y hacía travesuras, como es lógico.

En aquellos tiempos yo me crié con mis abuelitos y se dieron cuenta de mi problema visual por algo muy sencillo.

Resulta que iba con mi abuelito a apear leña como decía él, entonces me caía en los huecos que hacía para depositar abono en los cafetales.

También mi abuelo se desviaba un poco y yo empezaba a llamarlo a gritos y tal vez estaba casi al frente mío.

Le contaron a mi tía, que era la que les ayudaba a cuidarme y entonces me llevaron al hospital, donde el doctor Alexis Agüero y el doctor Mena, dijeron que tenían que operarme.

Me operaron el ojo derecho, porque iba a quedar totalmente ciego en el desarrollo, decían ellos y a los 7 años me lograron salvar ese poquito de visión que fue con el que me mantenía.

Los doctores les recomendaron a mis parientes que me llevaran cuando cumpliera los 10 años para operarme el ojo izquierdo, ellos me llevaron a la escuela de enseñanza especial y ahí se dieron cuenta que ya el mal se había pasado al ojo izquierdo y que nada se podía hacer, pero el doctor dijo que la visión del derecho se mantendría por el resto de mis días.

Estudié un año en la escuela, pero como mi tía pensaba que en esa escuela no iba a aprender mucho, no me volvió a mandar.

Omar:

Rodolfo decime una cosa, ¿verdad que vos andabas a tu abuelita montada en una carreta?

Rodolfo:

Es que yo nacía en un lugar que se llama Villa Bonita de San Antonio del Tejar, en Alajuela, entonces vendieron y se fueron para Heredia, ahí mi abuelita comenzó con problemas en las piernas, después usó muletas hasta que ya no pudo caminar.

Mi abuelo le hizo una carreta para que pudiera salir y ella no aceptaba que nadie la anduviera sólo el nieto y como yo no necesitaba apoyo de bastón ni lazarillo entonces la andaba sin problemas, porque todavía podía ver a cierta distancia.

Nosotros salíamos todos, todos los días, ya teníamos una ruta definida. A buena mañana nos instalábamos frente a la iglesia La Dolorosa, donde hice la primera comunión, ahí permanecíamos todos los domingos mi abuelita y yo, después pasábamos a La Catedral y de ahí dábamos la vuelta y nos parábamos por el Moderno, donde en un famoso restaurante le daban el alimento para que nos lo lleváramos para la casa.

En ese tiempo ya vivíamos en Barrio Cuba yo me atenía a que no había tantos carros como ahora, por eso no tuvimos accidentes.

Una vez que mis abuelitos faltaron, pasé donde la única tía que me amparó en mis últimos días de adolescente.

En esos tiempos me pedían que buscara el "cinco" a como diera lugar. Yo me empleaba en un negocio haciendo mandados, barriendo o acomodando la mercadería, así me ganaba el almuerzo en efectivo. También, durante mucho tiempo, jalé diarios en el mercado.

Omar:

Como vos no podías verlos bien y seguro ibas detrás de ellos ¿no tenías problemas para seguirlos?

Rodolfo:

A veces se me querían perder de vista y recuerdo que un señor me dijo: "Vea muchacho, hágame un favor, voy a poner esta máquina aquí afuera y vos me la cuidás mientras hago un mandado, pero cuidado te vas o se la das a otra gente, porque esta máquina de moler vale mucho".

Ahí me quedé haciendo tonto con la maquinilla en los pies y nada que llegaba el hombre para seguir trabajando.

Un par de horas después de perder el llevo, me fui a guardarla en una botica en la esquina del mercado. Al fin nunca apareció el dueño ni yo la retiré.

Un sábado, que era el día de la plaza de ganado, veo un par de maisoles blancos hermosos que estaban a la orilla de la acera y cuando había pasado unas 50 varas, me silbaron y me dijeron: "Muchacho, muchacho venga acá un momentito, (seguro me vio cara de vago o de tonto o quién sabe qué), vos podés ganarte una platilla, ¿me ayudas a arriar estos animales para adentro de San Sebastián?".

Yo por naturaleza le he tenido pavor al ganado, pero como iban agarrados por los cuernos y nada más tenía que hacerles a tras: "Ch, ch", y el dueño venía con la vaca y un ternero, la cuestión es que venía por la avenida 12 en el barrio Los Ángeles y cuando estábamos por el cruce de Sagrada Familia se me espantan los bichos y el señor me decía: " ¡Hey!, ataje esos animales reijue..." yo me hice a un lado, porque estaba que casi me pega, amarró la pobre vaca y yo paticas para la casa.

También tuve un amigo sastre y yo salía en la noche a dejarle trabajitos a las direcciones que me daba y nunca tuve problemas, aunque me costaba más andar en la noche.

El 12 de octubre de 1950, por medio del Patronato Nacional de Ciegos, me consiguieron alojamiento en la casa del guarda de la escuela y volví a estudiar formalmente a los 15 años.

Después de seis años logré sacar el certificado de primaria y me inicié en el Liceo de Costa Rica, pero había mucho problema, porque el director del liceo nocturno no aceptaba alumnos con estos problemas de visión.

Por más que luchó don Humberto, que Dios lo tenga en el cielo, no hubo forma de que me aceptara.

Me pasé al Carlos Gagini y gané 4 años, pero tenía problemas con matemáticas y los idiomas, me salí.

Llegó un momento en que los reglamentos de la escuela donde trabajaba como bibliotecario, exigían el bachillerato para continuar con mi trabajo. Entonces pagué profesores para que me prepararan y terminé los estudios en el Colegio Vargas Calvo.

Yo viví donde varias familias, porque, por alguna razón, tenía problemas y entonces mejor me iba.

Estuve donde don José Otárola, luego donde la niña Mariquita y después me fui para donde don Ricardo Patiño, en Cartago.

Él tenía un carácter muy fuerte y entonces al poco tiempo me trasladé donde una familiar de él. Ahí viví 4 años, por cierto, que la casa quedaba cerca de la iglesia de La Soledad y en una ocasión sufrí un accidente grave. Una motocicleta se subió a la acera y me atropelló, del golpe tan tremendo que me dio, me tiró a la calle. Estuve inconsciente un montón de horas.

Recuerdo que la dueña de la casa donde vivía era una señora muy ordenada en sus cosas y ya estaba mayor, entonces como yo andaba con las novias y a ella no le parecía me decía: "yo esto lo hablo con el doctor (así le llamaba a don Fernando Centeno) y como usted no me quiere hacer caso, aunque me duele mucho, aquí no puede seguir", la cuestión fue que no sé si por suerte me dieron un lugar donde yo pudiera dormir dentro de la institución.

En la escuela no tenía con quién molestar, ni con quién conversar, estaba solo, solo. De ahí salí para casarme.

Omar:

¿Y dónde te casaste?

Rodolfo:

Me casé en 1965 en la iglesia de Guadalupe.

La ceremonia fue sencillita, pero lo importante es el sacramento.

Omar:

¿Y cómo conociste a doña Dulcelina?

Rodolfo:

Diay, como yo siempre andaba callejeando y ella hacía una rifita todas las semanas, entonces me la encontré donde la finada Beatriz y comencé a darle bromas, pero ella era muy seria y todavía no le gustan las bromas, pero nos pusimos a conversar y así nos fuimos entrando hasta que me hizo caso y como mi suegro era un poco bravito o me casaba o dejaba a la muchacha.

Entonces preferí cumplir, porque ya estaba aburridísimo de estar solo y me ha ido bien, porque hasta el momento, quiso Dios y la suerte que estemos juntos.

Al principio vivimos con mis suegros, pero este problema mío, que no puedo vivir con mucha gente me hizo buscar casa y me fui al INVU donde me dijeron que hablara con don Fernando Centeno que para mí fue un padre. Él hizo una carta a la Junta Directiva, que en ese tiempo tenía al padre Benjamín Núñez, íntimo amigo de don Fernando y con esa carta y 100 pesos pusieron las llaves en mi mano. Después por mes seguí pagando ₡77,50.

Ya para terminar, le voy a contar que, en 1969, venía de hacer el último examen que me faltaba, era de matemáticas, el que lo iba a transcribir al Braille era don Francisco Arias, llegué a la casa como al mediodía y me fui al servicio, algo se me cayó, entonces me agaché a juntarlo, con tan mala suerte que pegué la frente en un esquinero, como última hora se me declaró el glaucoma y la presión estaba al máximo, claro con el golpe se me reventó el ojo.

Lo que me preocupó más era perder el trabajo, porque yo me decía: "Ahora sin vista ¿qué voy a hacer?".

Cuando ya me animé a montarme en un bus, cogí un palo de escoba y me monté en un puro temblor y le dije al chofer que me dejara una parada antes de la escuela de enseñanza especial.

Dicen que llegué blanco, blanco, blanco, en un puro temblor, hasta la voz se me trababa de la emoción de haber podido llegar. Y con la ayuda de doña Dorita seguí adelante hasta que me pensioné gracias a Dios.

Actualmente don Rodolfo Molina tiene 4 nietos y vive en el cantón de Goicoechea.

Entre plumas y sueños ([Regresar a la tabla de contenido](#))

En reiteradas ocasiones hemos escuchado a nuestros dirigentes dar la voz de alarma respecto al alto grado de personas desempleadas con discapacidad (97 por ciento en edad productiva).

Como director de la revista sonora Alternativas, siempre tuve la inquietud de dar a conocer a personas que luchan contra la adversidad para incorporarse a la fuerza laboral y demostrar que cuando se quiere, se puede.

En el número 3 de la revista institucional del Patronato Nacional de Ciegos, los hermanos José Joaquín y José Adán Ramírez González nos explicaron cómo, mediante el anhelo y la lucha, logran obtener el sustento, desarrollando una microempresa muy particular.

El siguiente reportaje nos traslada a una granja donde tuvimos la oportunidad de conversar con los hermanos Joaquín y Adán, cuya deficiencia visual a causa de Retinosis Pigmentaria no ha constituido un obstáculo para forjarse un mundo mejor. Viven en las Filas de San Isidro, a 8 kilómetros de Alajuela y desde su granja de gallinas ponedoras nos cuentan su experiencia.

Joaquín:

Yo no soy una persona conformista a pesar de mis limitaciones y pobreza, pero he aprendido a contentarme con lo que haya y con lo que tengo.

Todos los días voy con una cajita a dejar huevos y me alegro, cuando llego a las casas y puedo saludar a las personas y si es posible hablarles de Dios, hasta eso.

En este pueblo antes pasaba inadvertido y ahora tengo que ver con todas las personas, a través de lo que hago.

Mi trabajo es poco remunerado, pero soy el primero en valorarlo, porque antes no hacíamos nada y, además, porque el hecho de sentarnos a la mesa sabiendo que ese plato de arroz y frijoles fue ganado por nosotros es más que suficiente.

Entrevistador:

¿Y quién les enseñó a cuidar y desarrollar una granja de gallinas ponedoras?

Joaquín:

Papá fue muy pobre y no nos dejó una gran herencia, solo nos dejó este lotecito, aquí en el bajo, un ranchito y nos dejó un gran ejemplo.

Papá caminaba lo que fuera necesario para ganarse un salario que con costos alcanzaba para comer arroz y frijoles, él salía a las 4 de la madrugada con los pies llenos de llagas y una úlcera en el estómago y a las 4 de la tarde venía de caminar 12 kilómetros por cafetales bajo un aguacero y con un plástico.

Papá murió y nos vio "mamulones a nosotros" y en los últimos años en que ya no podía trabajar, tuvimos el privilegio de cuidarlo nosotros.

Ante el testimonio de nuestro padre, yo le digo a mi hermano que, más bien, nosotros la llevamos suave dejando kilitos de huevos, limpiando la canoíta y sacando los huevos de los nidos.

Adán:

Uno se levanta a las 5 de la mañana y abre el portón, después lava las canoas con agua limpia, les hecho alimento y levantamos los sacos que usamos para tapar en la noche.

Después nos vamos para dentro y Joaquín los limpia, los pesa y los va a dejar a las casas.

Cada dos horas cambiamos el agua de las canoas, a las 11 y media les vuelve a echar alimento a las 5 bajamos los manteados y cerramos el portón.

Joaquín:

Yo no podía leer un libro ni hilvanar una aguja, estaba realmente mal.

Empecé a pedirle a Dios que me ayudara, pero no lo hacía con insistencia, allá rara vez se me ocurría.

Ahora yo oro y le pido al Señor por otras personas y casi nunca lo hago por mi vida, aunque no puedo negar que no le pido.

Antes yo tenía 20 años y me costaba ir a Alajuela, ahora Dios me ha dado una gran seguridad, además ya tengo hermanos en Cristo que viven en la Zona Sur, Pérez Zeledón y en la frontera con Panamá, alisto la maleta y sin ningún problema me voy donde ellos, por eso yo no puedo hablar de otra cosa, porque si no fuera por El Señor, estuviera en este cuarto deprimido.

Yo tengo Retinosis y voy a quedar totalmente ciego, así me lo han dicho fríamente, entonces estoy contando el cuento por la misericordia de Dios, porque Él ha sido bueno, me ha dado tranquilidad y porque me ha hecho pensar en un montón de cosas.

Las experiencias con granjas avícolas en América Latina son abundantes y los organismos internacionales que colaboran con las personas ciegas y deficientes visuales han encontrado viables estos proyectos.

En Costa Rica recordamos que hubo una granja en la comunidad 27 de abril, en Guanacaste, apoyados por el colegio técnico.

También recordamos que un socio de la desaparecida Asociación Pro-Trabajo Capacitación e Integración del No Vidente, presentó a los miembros de la junta directiva una solicitud para comprar gallinas, al preguntarle cuántas tenía, nos dio la cantidad y nos explicó que, por su falta de experiencia, el proyecto le dio buenos resultados, pero las gallinas envejecieron y él no las repuso por lo que estaba a punto de quedarse sin trabajo.

Sin duda, además de buena voluntad, se requiere conocimiento para prosperar en estas iniciativas de autogestión.

El huevo mágico ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Después de casi un año de no conversar con Álvaro Quirós Gómez, un amigo del barrio, que, por esas cosas de la vida, conocí en otro lugar y desde entonces "tío" como le conocen sus amigos y familiares, José, Lady y yo formamos un grupo de cuatro vecinos, que todos los días bajábamos en el mismo autobús para nuestros trabajos.

Álvaro presenta Retinosis Pigmentaria y como coincidía con mi ruta de trabajo, nos veníamos hasta la Caja del Seguro, donde yo me quedaba y él seguía la suya.

Álvaro:

Yo creo que con este paraguas nos tapamos los dos, si quiere métase aquí y use bien el bastón por si acaso hay algún obstáculo nuevo.

Roberto:

¡Oiga ese chorro!, parece una catarata, tenga cuidado, porque si no, vamos a salir empapados.

Álvaro:

Tranquilo mi hermano yo soy un gato para capear esos chorros.

Roberto:

Ese chorro va a hacer un hueco en la acera, oiga como suena, cuidado mueve el paraguas, porque nos bañamos.

Álvaro:

No se preocupe póngase vivo, porque ya vamos a llegar nada más lo hago para acá y...

Roberto:

¡Tío!, ¿por qué quitaste el paraguas cuando yo iba pasando?, ve como quedé. Y mientras seguíamos caminando la risa nos hizo olvidar el incidente.

Álvaro:

Yo creo que todas las personas no videntes, tenemos algo que contar respecto a las cosas que nos pasan por no ver o por descuido no sólo nuestro sino el de las personas que, si ven bien, pero que no tienen, a veces, el cuidado de fijarse en las demás personas.

Recuerdo que un día iba para donde mi hermana en Hatillo y por no usar el bastón como se debe, más en los lugares que no conocemos bien, donde la misma gente le ayuda a montarse al bus, en lugar de ser humilde y montarme de primero, decidí ir a buscar al último de la fila y ahí me puse, lo extraño era que llegaba un bus, se llenaba y se iba y yo seguía esperando, pero la fila no avanzaba ya cansado me

acerqué al tipo que estaba adelante para que se pusiera vivo y caminara o diera campo, pero lo toqué con el bastón y me di cuenta que era un poste de luz, ¿cuándo se iba a mover ese tronco mi hermano?

Roberto:

Bueno tío, a un amigo nuestro en esa misma parada le pasó una situación un tanto incómoda, él es deficiente visual y usa anteojos de aumento, pero no le era posible ver el cartelón donde dice la ruta, por lo que le preguntó al conductor para dónde iba ese bus, el conductor le respondió: Vea el rótulo, ahí dice o ¿es que no sabe leer?

Álvaro:

No sólo en la calle nos pasan "chiles", cuando estaba hospitalizado, me dieron la primera cama pegada a la ventana, eso me favorecía para guiarme, porque era fácil de ubicar.

Resulta que me dan ganas de ir al baño y le pedí al enfermero que por favor me guiara, él me acompañó, pero se fue, entonces me puse a ver como regresaba, cogí el bastoncito y empecé a andar por el pasillo, calculé el salón, entré y localicé la cama y me acosté.

Al rato empecé a oír: ¿Dónde está el paciente de la cama 8?, ¿qué se hizo el muchacho no vidente? y yo zorrillo en la cama, ¡hay Dios mío ahora sí!

Al rato pasaron tomando la presión arterial, llegan a mi cama, me estiran el brazo y me dice la enfermera: " Muchacho, ¿qué está haciendo aquí?", le dije que el doctor me internó entonces me dice: "¡Hay mi amor!, usted no es de este salón, hace rato lo andan buscando" y me tomó del brazo y me llevó al salón mío y decía: "Miren, aquí estaba en esa cama", y yo imagínese como estaba.

Roberto:

Definitivamente los funcionarios del seguro social, además de la buena voluntad que observan para los pacientes con discapacidad, deben recibir un curso para prestar un servicio adecuado a las necesidades y lo digo porque varios amigos no videntes me han relatado situaciones donde los dejan en una posición muy incómoda, recién operados, lejos de los baños, sin quién les indique dónde y qué alimentos les dejaron, sin contar los obstáculos que encontrarán si se deciden solucionar sus necesidades por cuenta propia, donde los mismos enfermos se constituyen en un importante apoyo.

Álvaro:

Mejor no hablemos de hospitales, porque ahí es donde menos estamos gracias a Dios, pero hay mucho que decir de la calle.

Un día iba por la esquina de la Catedral, donde hay una farmacia, espero que el semáforo de la avenida segunda se cambie y voy a cruzar lo que no me había dado cuenta es que estaba un señor con un carretón lleno de bolsitas de pejibayes y donde bajo de la acera "pun" voté todas las bolsas, yo nada más, como dicen los pachucos "me abrí" (se fue), porque no quería que el doncito me reclamara.

Otra vez venía por la Avenida Central y estaba un señor pintando una canoa trepada en una escalera, con tan mala suerte que iba pasando, apenas la toqué con el bastón, pero detrás iba yo y la golpeo con el hombro, nada más quedó el hombre agarrado de la canoa, porque hasta la brocha se vino al suelo.

Roberto:

A mí lo que me pasó fue que estaba un taxi en la acera y entre el vehículo y el muro estaba un balde lleno de jabón, que, por su puesto, fue objeto de un puntapié de mi parte.

El dueño que estaba debajo del automotor empezó a vociferar y mientras salía decía: "¡Díay imbécil! Parece que no ve, ¿qué es la "vara"? y yo seguí caminando hasta que el conductor salió y vio mi bastón, que parece lo convenció de que el imprudente había sido él, porque ya no dijo nada más.

Álvaro:

Nada como la vez que iba pasando exactamente frente al sótano de la Caja del Seguro, (calle 7, entre avenidas Segunda y Cuarta), en ese tiempo paraba ahí el bus de Tres Ríos, eran como las 7:30 de la mañana, yo iba para el trabajo y estaba esa acera repleta y como es tan angosta peor todavía.

Yo calzo 39 y de repente me encontré un hueco como hecho a mi medida. Yo me había puesto unos zapatos tipo mocasín, sin cordones y con el impulso que traía dejé el zapato perdido en el hueco.

Di como cuatro pasos descalzos del impulso y después me devolví: "Con permiso, mire, ¿qué se hizo mi zapato?, mire, con permiso..." y así hasta que un muchacho me vio en esas trifulcas y me dice: "Venga acá, aquí está su zapato, lo sacó del hueco y se puso de cuclillas para ponerme el zapato mientras yo me sostenía de la espalda y cuando terminó me dice: "Ahora si macho, siga caminando".

Roberto:

En materia de zapatos hay muchas anécdotas que contar, como la de un compañero que se fue de fiesta y al otro día me llama para que lo vaya a traer del hospital, porque se le habían perdido los zapatos.

Lo que pasó fue que se le pasaron las copas y lo llevaron al centro médico para que lo desintoxicaran y los compinches se dejaron los zapatos para que no se le perdieran.

Álvaro:

Esta tal vez sea la anécdota que más me gusta, porque es la que me dejó más intrigado.

Apenas estaba comenzando a usar la cocina y se me antojó hacer un huevo frito, vengo pongo el sartencito, le echo aceite y todo de lo más bien.

Cojo un huevo, lo quiebro, lo hecho y le doy vuelta, pero seguramente donde metí la paleta al fondo del sartén lo levanté tanto que no me cayó en el sartén y yo contaba con que seguía dentro, cuando me acerco y ¡Santo Dios!, ¿dónde está ese huevo?, viera qué raro, no estaba ni a la par del disco, ni en el suelo, entonces desconecté la cocina y me puse a buscarlo, pero nada.

Ante esa situación me fui a acostar, pero no, yo tenía que saber dónde estaba el huevo, entonces me levanté decidido a encontrarlo, pero nada, vencido me fui a acostar, pero casi no pude dormir pensando en lo raro de esa desaparición.

Eso fue como por arte de magia, yo le di vuelta y desapareció en el aire. por el mañana ya más descansado y con menos cólera me fui a abrir el horno... cuando voy agarrando en la manigueta estaba el huevo frío y tieso.

Ah me acabo de acordar de una muy buena que se la voy a contar para terminar con estas anécdotas.

Hace un tiempo, me apareció una alergia en las mejillas, entonces fui al Seguro Social, donde me mandaron crema de rosas.

Como yo soy tan ordenado, coloqué la crema de rosas en la mesita de noche junto a un tubito de óxido de zinc, que al tacto eran iguales.

Al otro día me alisto para irme para el trabajo y me pongo la supuesta crema de rosas, me la pongo en las mejillas, la frente la nariz, el cuello y por todo lado.

Según yo iba "embarraditico" de crema, pero lo que me había puesto era el óxido de zinc, que por cierto es blanco, para no cansarlo con el cuento, me echo a la calle compañero, pensando en lo bueno que me iba a hacer la medicina.

Cuando llego al trabajo me dicen los compas: "Ay mae, ¿qué le pasó en la jacha? (rostro), la trae blanquitica, parece un payaso, más bien parece un indio mae", y me meto al baño y en el lavamanos me lavé la cara y todo hasta quedar como era yo antes del óxido de zinc.

Bueno "Robert", me alegro de que hayamos conversado, cualquier cosa tóqueme un pie, ya sabe que estoy para servirle mi hermano.

La bola de... [\(Regresar a la tabla de contenido\)](#)

Juan María Piedra Miranda, es masajista y el 25 de octubre de 1999 llegó al Patronato Nacional de Ciegos, donde explicó cómo una persona ciega puede inyectar sin problemas.

Con Juan estuvimos compartiendo algunas anécdotas que, a él y muchas personas con Retinitis Pigmentaria, pueden pasarle en cualquier momento.

Juan nació el 9 de noviembre de 1970 y cuando tenía 5 años, se trasladó a la Tirimbina de Sarapiquí, donde vivió algunas situaciones inesperadas como éstas:

Juan:

Una vez estaba jugando en el patio de la casa y como tengo Retinosis pigmentaria como a las 5 o 5 y media de la tarde ya casi no podía ver.

Resulta que yo tiraba la bola y cuando veía la sombra volvía a patearla, al rato venía mi primo Beto Piedra recién bañado de la quebrada, porque no había baño.

Beto, traía el paño arrollado al cuello y me tiró la "bola," entonces vi la sombra y le di una gran patada pegándosela a mi primo, lo peor es que un rato antes una vaca había pasado por ahí, la boñiga que dejó fue lo que mi primo me había tirado.

Esa quebrada tiene su historia, porque mi papá compraba cerdos grandes y gordos que también yo amansaba y recuerdo que para ir a los repartos teníamos que pasar por la quebrada o por una viga, pero yo me montaba en un chancho, le daba dos nalgadas y aunque él decía: "Ño, ño, ño", me llevaba al otro lado.

Después nos vinimos para Venecia de San Carlos, donde me gustaba andar en bicicleta.

Allá tenía un kiosquito como a un kilómetro de la casa. La mitad de la carretera era de asfalto y la otra parte era de piedra en muy mal estado.

En la mañana me iba en la bicicleta sin ningún problema, pero tuve que aprenderme de memoria el camino para regresar en la noche.

Yo llegaba a la parte mala del camino que iba en bajada le daba dos pedalazos y después de la última lámpara del alumbrado público, que era lo único que veía, calculaba unos 20 metros, doblaba a la izquierda y llegaba al corredor de la casa.

Un 24 de diciembre como a las 8 de la noche, me invitó un vecino a un rosario del niño.

Estuve rezando y de paso me tomé dos o tres tragos grandecitos de guaro de contrabando.

Como a las 12 de la noche, agarré la bicicleta y me fui para la casa.

En la bajada, le metí los dos pedalazos y la solté...

Me fijé que pasara hasta la última lámpara calculé los 20 metros y doblé a la izquierda, pero hizo la casualidad de que esa noche se habían quemado las dos últimas y crucé como 200 metros antes, donde había un gran zanjón.

Cuando me desperté, porque pegué la cabeza en una piedra y perdí el conocimiento, no encontré la bicicleta, entonces me fui para la casa con una oreja prácticamente arrancada, todo chollado (bastantes excoriaciones).

Y la bicicleta nunca la encontré.

Aquí en San José, entré a un restaurante y me pedí un arroz con camarones. Los camarones eran pequeños pero muy ricos, ya me había comido como la mitad, cuando con el tenedor toqué uno muy grande, mm que rico, lo prensé y me lo eché a la boca, no vez que era que me habían puesto medio limón agrio y lo que hice fue meterle un mordisco.

Cuando tenía como 15 años, nos vinimos para Alajuela centro, alguien me dio la idea de que vendiera frutas y verduras para que me ganara algo.

La primera semana vendí naranjas y limones dulces y me fue muy bien.

En la segunda semana llevé plátanos maduros, al que no quería comprarme lo convencía, le decía que eran de San Carlos, madurados naturalmente no con carburo, que eran muy dulces y generalmente convencía al cliente.

Un día de tantos, llegué a una casa donde estaba un señor en la puerta, le ofrecí los plátanos, pero no me contestó, le volví a decir que eran dulces, madurados naturalmente, que eran de San Carlos, pero nada, entonces me enojé, porque ya había perdido tamaño ratillo y no me compraba, entonces le dije: señor, ¿dígame una cosa me va a comprar plátanos, sí o no? Y como no me dijo nada me acerqué y lo toqué, era un maniquí con ropa y reloj, bien bonito el maniquí.

Padre, ¿Le digo mis pecados? ([Regresar a la tabla de contenido](#))

El pasado 14 de julio de 1999, Esteban Segura Peñaranda, me facilitó un documento sonoro con cortinas musicales, segmentos de convivios y el aporte de su hermano Leonardo, a lo largo de 50 minutos de producción se relatan diversas anécdotas que hoy usted va a conocer a partir de este momento.

Esteban:

El año anterior, hicieron algunas reparaciones en mi casa, para que no se dañaran las cosas las tapamos con sábanas. Resulta que una noche quiero ver televisión, prendo la tele y me llevo un gran susto, porque me di cuenta de que ya casi no podía ver la pantalla. Como por 3 minutos pensé que ya me había quedado ciego y me puse a renegar, cuando por casualidad toqué que la sábana estaba tapando la pantalla.

Hace unos añitos mi papá hizo en el patio un hueco para botar basura, un día estaba barriendo el patio y aunque yo sabía que existía el hueco no lo recordé en el momento, mi mamá salió a recordármelo, por si acaso, pero cuando llegó a la puerta lo que se encontró fue conmigo lleno de tierra saliendo del hueco.

Hay cosas que nos pasan, aunque estemos en nuestros cinco sentidos, pero si nos hemos tomado algunas cervecitas es más fácil que nos sucedan situaciones inesperadas. Un día me fui a tomar unas cerveceras con un grupo de compañeros no videntes, entramos al bar y después de algunas cervezas, decidí ir al baño, como en las cantinas hay una pileta o un cañito para hacer la necesidad yo me puse a buscar el borde, pero no lo encontraba entonces decidí preguntar y me dijeron que cuál orinal que sólo había una rendija en el suelo que orinara ahí.

Un grupo de amigos nos fuimos a pasear a la laguna de Fraijanes, de regreso tomamos el bus para Alajuela centro, un kilómetro antes llegar al centro, José Mario Garita nos dice: "Vamos a mi casa, vamos a mi casa", a lo que todos dijimos que sí. En la parada nos bajamos José Mario, Octavio, Elsitita y yo, pero los hermanos de ella Leandro y el hermano se quedaron, cuando nos reunimos Elsitita decía: "Y mis hermanos, ¿dónde están?", porque habían seguido en el bus, entonces esperamos otro bus para ir al centro y traerlos. Nos montamos, pero no se iba, supusimos que estaban esperando más gente, por fin se montaron dos personas más, el bus arrancó, cuál no fue nuestra sorpresa cuando nos dice Leandro que era uno de los que se montaron: "¡Diay!, casi nos dejan", se habían bajado una parada antes y corrieron a coger el bus.

También me pasó una anécdota en los buses de Pavas, resulta que venía de un curso con unos compañeros no videntes, como hay tantos buses como busetas, nosotros sabemos que las chivillas no tienen puertas atrás, pero los buses sí, cuando llegamos a la parada final, un compañero nos dijo que nos bajáramos por detrás todos tocamos con el bastón para encontrar la salida, hasta que un señor nos dijo que teníamos que ir por delante, porque no tenía puerta trasera.

Una cortina musical nos indica que Esteban se prepara para cambiar de tema, dejamos correr la cinta y encontramos lo siguiente:

Esteban:

En la segunda parte de este trabajo, voy a contar anécdotas que me han contado y que he averiguado para darlas a conocer, espero que sean de utilidad.

Hace un año estuvimos llevando, en el Patronato Nacional de Ciegos, el curso de relaciones humanas y cómo hablar en público, donde vimos una película que se llamaba: "¿Cómo vivir entre pirañas?", esta película traía un ejemplo de una muchacha que iba a tomar el vuelo y cuando estaba en el aeropuerto esperando fue y se compró un refresco y unas galletas, se sentó a comer a una mesa saco su refresco y ahí estaban sus galletas, a la par estaba un hombree sentado que estiró la mano y tomó una de las galletas, lo que le molestó mucho, pero no le dijo nada.

Ella también tomó otra galleta y el hombre siguió cogiendo galletas. Al final los dos se comieron las galletas, pero el humor de ella era muy malo, cuando el hombre terminó de comerse las galletas se levantó y le dijo a la muchacha: "Que pase, usted, un buen día", a lo cual ella pensó: "Este es el colmo del descaró, por fin ella se levantó y revisó su equipaje, cuál fue su sorpresa cuando se encontró su paquete de galletas. Era ella la que había cogido del paquete equivocado. Este fue un ejemplo de la película, pero un día antes de que terminara el curso, Marieta Quesada que acostumbraba a llevar bocadillos de la panadería Santa Lucía, nos ofreció la repostería y además puso en la mesa, para ella, una bolsa de bizcochos, pero en eso llegó Yensi Argüello y estiró la mano, tomó un bizcocho y se lo llevó a la boca.

Se había equivocado de paquete, todos reventaron la risa y el profesor que le gustaba mucho molestar a las personas le dijo a Yensi la Piraña, todo por equivocarse.

Otro chile nos pasó en el Centro de Desarrollo Social (de la Caja Costarricense de Seguro Social), resulta que el aula estaba llena de pupitres, Yensi y yo fuimos a buscar cada uno un campo, ya me encontré uno donde puse mi maletín en el respaldar y Yensi también colocó su bolso, yo coloqué el bastón en el pupitre y lo mismo hizo Yensi con el de ella, ¡claro! Que hubiera sido mejor que cada uno los pusiera en pupitres distintos y no en el mismo como lo hicimos.

En este curso, después de finalizar la clase, nos íbamos a cambiar la ropa a los baños. El edificio tiene uno para las damas y otro para nosotros, Marvin, Leandro y yo nos fuimos juntos a cambiar, llegamos, entramos cuando de pronto entró Gisel Barrantes y nos dijo: "Pero ¿qué están haciendo ustedes aquí en el baño de las mujeres?" y ya nosotros estábamos casi sin ropa.

A Juan José López y a otros compañeros de la cooperativa de ciegos, vendedores de lotería, (COOPECIVEL), los invitaron a un almuerzo en la finca del ICE. Todos se colocaron en sus respectivos campos, Juan José se sentó en una mesa donde sólo él estaba sentado, empezó a almorzar y decía: "Pero ¿qué es esta ensalada tan rica?, ¡qué rico está este arroz...!, cuando iba por la mitad de la comida le dijeron: "Juan José, su almuerzo está allá, en la otra mesa, este es el del jefe".

Hace un tiempo estábamos recibiendo un curso en el Instituto Hellen Keller, en el en el receso los hombres nos fuimos para el baño, que dicho sea de paso son muy altos, José Denis se dispuso a orinar y encontró el borde alto cuando ya estaba listo para soltar el chorro se dio cuenta de que era el lavamanos.

En diciembre del año pasado, veníamos muy contentos del paseo de Monte Verde, como voz recordarás, acórdate que veníamos por una calle muy estrecha, cuando nos iba a pasar a la par un gran bus, entonces nos orillamos para que pasaran, para vacilar nos pusimos a decirle adiós a la gente del bus, sacamos las manos y los

despedíamos, cuando nos dimos cuenta, sólo una persona iba de pasajera, o sea, le dijimos adiós a los asientos.

Yensi Arguello y unos de sus compañeros iban a coger el bus de Desamparados a San José, Yensi quiso sacar un billete para pagar el pasaje y el chofer le dijo: "No muchacha, aquí no aceptamos cheques" y era que estaba pagando con un plástico.

María del Carmen Martínez, iba adelante con su bastón guiando a otros compañeros y les dijo: "Vamos a subir una grada", cuando estaban arriba sintieron que los pies se hundieron suavemente, era que se habían subido a una caja de tomates.

La misma iba a cruzar la avenida segunda y un muchacho le ofreció ayudarle, ella aceptó, cuando sintió que le levanto el bastón y se la llevo así hasta el otro lado.

Otra vez nuestra querida amiga María quería coger el bus de Purral, llegó a la parada y cuando se dio cuenta que estaba a la par de una persona le preguntó si el bus que estaba escuchando ella era de Purral, el muchacho le dijo: "Diay, usted nada más tiene que fijarse en el rótulo".

Luis Mora se iba a rasurar, el acostumbra a humedecer un paño con agua caliente, tomó la navajilla, la crema y se rasuró, sintió un poco extraño el paño, pero no le dio mucha importancia. Al otro día cuando llevo al baño, encontró el paño de afeitarse intacto, entonces pensó: "Entonces ¿con qué me afeité?", pues con el limpión de la cocina.

Andábamos un grupo de compañeros por la universidad, entramos a un bar y Elsitita Picado pidió una orden de papas a la francesa, pidió las salsas y se las dieron en dos tarritos, yo le dije: "Aquí está la salsa y ésta es la mayonesa", ella cogió una papa y le puso a la mitad salsa, para ponerle a la otra parte mayonesa, pero cuando la

introdujo al tarrito, la empujaba con fuerza y lo que encontraba era una superficie dura y era que no le había quitado la tapa.

Salimos de una reunión en el Instituto Hellen Keller, nos encontramos una silla fuera de la oficina donde estábamos, cuando empezamos a caminar nos llevamos la silla en banda, la cual fue a dar al primer piso con nosotros.

Una amiga mía, no vidente, que me pidió no dijera su nombre, necesitaba salir rápidamente de su casa, tomó el bastón y se puso a caminar, unos metros después se dio cuenta que lo que llevaba era la escoba.

Bernal Gamboa iba por la universidad guiado por su lectora, entonces le pidió que le dijera si había obstáculos para no chocar, al ratito ella le dijo: "Bernal hágase para la derecha que hay un árbol" y icuas! (era para la izquierda donde tenía que correrse).

Gustavo Martínez estaba retando a un compañero para que pelearan en el Gimnasio del Instituto Hellen Keller, fueron hasta el sótano, cuando iban a empezar, el otro compañero empezó a vacilarlo mientras subía las gradas, Gustavo se fue atrás siguiéndolo, el amigo llegó arriba y cerró un portoncito que divide las gradas del pasillo. Gustavo que venía en carrera pegó contra el portón y se fue de cabeza.

El Hellen Keller tiene una piscina, un día Yensi, Eric, mi hermano Leonardo, otras personas y yo, fuimos a bañarnos, todos dejamos la ropa en el vestidor, salimos y nos mudamos, sólo un compañero se quedó en el agua. Nos alistamos y nos fuimos después me di cuenta de que el compañero tuvo que pedir un pantalón prestado, porque otro muchacho se lo llevó involuntariamente en el maletín.

Una cortina musical, nos prepara para cambiar de protagonista, ahora Esteban da paso a su hermano Leonardo para que nos relate sus vivencias.

Leonardo:

En una ocasión después de Semana Santa, me dispuse a confesar, entonces le pedí a una amiga que me acompañara junto con otros amigos, ya en la iglesia, teníamos que irnos corriendo en las bancas conforme avanzaba la fila, después de un rato me dijo mi amiga que fuera, que ahora sí, yo supuse que me iba a llevar donde el padre, caminamos un buen trecho y me sentó en una silla junto a otra persona y yo me quedé dudoso si era o no era el padre, la otra persona no me decía nada, como si estuviera esperando que yo le hablara, entonces me acongojé y lo único que se me ocurrió decirle fue: "¿Padre, le digo mis pecados? Entonces oí una voz femenina que me dijo: "¡Ay muchacho!, pero yo no soy el padre..." vale que la muchacha era otra amiga y desde entonces nos hicimos más amigos, claro que de momento me dio mucha vergüenza.

Estaba en la universidad, un día en la mañana, iba utilizando mi remanente visual, andaba por Estudios Generales cruzando la calle y como buen peatón pasé por la zona de seguridad, cuando de pronto tropecé con algo era un cono rojo y en ese momento me di cuenta de que estaba recién pintado...

Yo puedo decir, sin temor a equivocarme, que he dejado una huella profunda en la universidad, recuerdo que estaban haciendo unas reparaciones por el pretil de Estudios Generales, el cemento estaba fresco cuando yo pasé por ahí, cuando sentí que me empecé a hundir..., curiosamente el cemento se secó sin que quitaran la marca que dejó mi zapato, por eso puedo asegurar que yo deje una huella profunda en la universidad.

Un día estaba en la casa comiendo con buen apetito, se me ocurrió echarle salsa, pero como tenía tanta hambre no me detuve a corroborar el recipiente que tomé.

Tomé el objeto cilíndrico, lo vertí en el plato y cuando metí la cuchara, me encontré pedacitos de papaya, piña y sirope, era que había vaciado parte de mi fresco de frutas en la comida.

Recuerdo que fui a la Facultad de Bellas Artes a ver una obra de teatro, me pidieron a la entrada, como a todos, la cédula, saqué la billetera donde ando los documentos, cogí la cédula y se la entregué, pero él me dijo que no necesitaba llamar por teléfono.

Yo era el que me había equivocado y en lugar de darle la cédula le entregué mi tarjeta telefónica.

Estas son algunas cosas que nos pasan a todos espero que las disfruten.

Finalmente, Esteban insertó una grabación con anécdotas contadas por José Mario Garita y Jeannette Calvo, quienes refirieron estos pasajes en un momento de tertulia, luego de un curso de relaciones humanas.

José Mario Garita:

Una vez nos fuimos para el museo, todos andaban toqueteando por ahí, luego nos fuimos para la sección de Santos, ¿y este Santo, ¿cuál es?, San Roque, ¿y este?, San Gerardo. En ese tiempo yo tenía mucha barba, cuando llega Emilia y me pega por la cara y me quedo quietecito, quietecito y Emilia halándome las barbas y al rato dice: "¿Y este santo, ¿cuál es?," y le hago con un vocerrón: "San José".

Jeannette:

Salieron Marta Doris Ramírez y la hermana de la Basílica como a las cinco de la tarde, cuando estaban en la penumbra, entonces Sandra le dice a Doris: -"Mire Doris, vea que me lleve por un lugar seguro, no, no, yo todavía veo algo, y Sandra le decía: -"Vea que se lo digo, cuidado me deja caer a un hueco o me voy de "jupa" en una grada. Al rato de estar caminando le dice Doris: "Aquí hay una grada suba",

cuando están arriba se quedan analizando donde subieron, hasta que se dieron cuenta que se habían encaramado en un pollo de medio parque.

Esteban:

Bueno y ya para finalizar este trabajo, les dejo con un chiste contado por Jorge Mario Garita.

Jorge Mario:

Esta era una culebrita que vivía en su cuevita, muy solo, triste y abandonado, porque no podía ver, era cieguito el pobrecito.

Un día, decide salir de su cueva, se va a operar de la vista y queda viendo, entonces se va a vivir a un lujoso departamento de la ciudad, después de darse la gran vida, decide ir a ver cómo era la cuevita donde vivía antes y se dispara para allá.

Entra y se pone a ver para todo lado, cuando de pronto... ¡Qué bruto, que bárbaro más animal, con razón nunca pude hacer el amor, si la que estaba a la par mía era una manguera...

Esteban:

Así terminamos este trabajo de chistes y anécdotas, Leonardo y un servidor esperamos que el material recopilado sea del agrado de los futuros lectores, de nuevo gracias.

Anexo No. 1 ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Aquí entre nos (Anécdotas recopiladas por estudiantes de la Universidad de Costa Rica)

1) Quien te llama, no te engaña

Dos amigos no videntes fueron a buscar a un profesor para entregarle un trabajo, llamaron a la puerta y rato después escucharon "ya va", esperaron un momento y volvieron a llamar, "ya va" siguieron esperando mientras comentaban que la viejita no salía y a cada momento que insistían la viejita contestaba "ya va", cansados de esperar se disponían a marcharse, cuando una vecina de la casa les informó que no había nadie donde el profesor, los jóvenes replicaron diciendo: "Pero desde adentro una viejita nos ha estado diciendo que ya va y nada que abre".

La vecina sonriendo les contestó: "La gente anda paseando yo les estoy cuidando la casa y la que les contestó es la condenada lora".

2) Las apariencias engañan

Carlos Cordero, Guillermo Leiva y otro joven, decidieron visitar a una exmaestra (que tenía una hija muy bonita), para no ir con las manos vacías compraron unos bollos de pan, al cabo de un rato de llamar a la puerta se convencieron de que no había nadie, por lo que regresaron a San José.

De camino comentaron la mala suerte que tenían, mientras que el hambre les atormentaba, uno de ellos sugirió comerse el pan que minutos antes habían comprado, se dirigieron al Parque Nacional y se sentaron a comérselo, departían alegremente, cuando un anciano andrajoso y mal oliente se les acercó, puso un saco lleno de quién sabe cuántas cosas y extrayendo un trozo de pan duro les dijo mientras se sentaba a la par, " bueno muchachos, los voy a acompañar a comer, es que yo también andaba pidiendo..."

3) Un limpión muy especial

Oلمان Ugalde necesitaba comprar limpiones para la casa, con tan buena suerte que un vendedor estacionario, de esos que abundan en San José, anunciaba: " Cinco en cien para limpiar, llévelos cinco en cien para limpiar".

Oلمان se apresuró a comprar "aquella ganga", cuando le dieron la mercancía, se enteró que había adquirido cinco hermosos melones.

Suponemos que con cuatro compradores como éste el vendedor terminaría muy pronto.

4) La curiosa

María del Carmen Martínez es una persona deficiente visual.

Una vez pasaban ella y su hermana Xinia por la casa de unos extranjeros, vecinos suyos cuando María del Carmen "vio" que en la ventana estaba alguien dijo: "¿Quién es esa vieja tan fea que está en la casa de los gringos? ", Xinia riéndose le contestó: "Es la perra de ellos".

5) Sin palabras

Roberto Sancho necesitaba abordar el bus de Moravia, pero como estaba en un lugar por donde transitan buses de varias líneas decidió preguntarle a una muchacha: "¿Disculpe, para donde va este bus?", la joven no contestó nada, era muda.

6) Angeles de la guarda

Jesús Quirós vivía en lugar, que para ir a su trabajo tenía que atravesar un trayecto muy peligroso. Por el alto índice de delincuencia, en una ocasión, dos personas lo siguieron, Jesús pensó que sería asaltado, por lo que decidió tomar algunas precauciones: "Si me siguen hasta el lote baldío es que me piensan robar todo ahí, los voy a dejar pasar, no pasaron ahora sí que no hay duda son dos ladrones, ya sé,

cuando lleguemos a ese lugar me defiende con el bastón antes de que me ataquen", al llegar al lugar previsto por Jesús se volvió y la emprendió contra los dos individuos que resultaron con la boca, nariz y cejas rotas.

Los dos policías no quedaron convidados de cuidar ciegos sin identificarse antes.

7) Un lecho blando

Dagoberto Martínez vendía lotería en los barrios, en una oportunidad invitó a Roberto a acompañarlo, fueron a San Jerónimo de Moravia, donde tenía muchos clientes.

Entraron a una finca pasando por un puente de madera, luego de efectuar la venta salieron de la casa, Roberto pasó el puente y una fracción de segundos después, escuchó un gran ruido de hojas secas y era Dagoberto maldiciendo entre el zanjón.

8) Donde come uno comen dos

Juan invitó a comer a Minor en una soda frecuentada por el primero.

Juan pidió que le trajeran un arroz con pollo y Minor un casado especial.

"¡Qué rica ensalada me sirvieron hoy, es la primera vez que me dan ensalada con arroz con pollo?", a lo que su compañero replicó, mientras escuchaban un sonido metálico de choque de cucharas: "es que estás metiendo la cuchara en mi plato".

9) El que tuvo que devolverse

A Juan no le parecía bien que las personas no videntes se tomaran del hombro o brazos para guiarse, por lo que siempre andaba con su bastón y su amigo o amiga no vidente también lo tenía que usar, en cierta ocasión Juan y Minor conversaban mientras caminaban cerca uno del otro, pero sin tener contacto, de pronto Juan encontró un muro que no le permitía continuar el recorrido, quiso correrse a la izquierda donde estaba Minor, pero no pudo, Juan se vio obligado a devolverse no

menos de cien metros, trayecto que anduvo dentro de un parqueo separado de su compañero por una maya divisoria.

10) No hay que imitar al maestro

Jesús Quirós era amigo de las bromas, pero enemigo de recibirlas, un día un exmaestro, don Francisco Arias, le pidió el favor de comprarle un paquete de cigarros. "Toma mil colones y ponete vivo en la pulpería, porque a doña Beatriz le gusta atracar a la gente".

Jesús cumplió con el encargo y al recibir el vuelto se percató que correspondía al de un billete de 500 colones, situación que puso en claro ante la dueña de la pulpería sin éxito, muy molesto con la actitud de la señora, volvió donde Francisco y le contó el atraco de que había sido víctima, no sin antes relatarle las cosas que le había gritado. Francisco lo reprendió por su actitud y sin contener la risa le dijo: "Doña Beatriz tenía razón, el billete que te di era de quinientos colones y no de mil como te dije para vacilarte".

11) Como de verdad

Olman Ugalde vendía números de una rifa personal, se aproximó a un "joven" que permanecía en la puerta de un establecimiento comercial, le explicó el objeto de su presencia, pero no obtuvo respuesta, siguió insistiendo, pero el "caballero" no atendía razones. Olman se disponía a marcharse después de tan desagradable trato, cuando una amable señorita le dijo: "disculpe joven le puedo ayudar en algo", Olman le ofreció un numerito y le explicó la actitud del "muchacho que tenían a la entrada", la vendedora le explicó que todavía no les habían pagado y que a quién él se refería, era un maniquí de la tienda.

12) Meter la pata

Marjorie se encontraba con un grupo de amigos en una cafetería de la Universidad de Costa Rica, una compañera se le acercó y le dijo en voz baja la situación en que

se encontraba Luis. Ella le aconsejó hablar con él después de abandonar la cafetería, para que no se sintiera mal.

Luis andaba un zapato negro y el otro café.

13) Dime con quién andas y te diré cuán ciego eres

Dos amigos no videntes se disponían a abordar el autobús, cuando un muchacho les explicó que la acera estaba llena de ventas estacionarias y que si le permitían él les ayudaría a llegar al vehículo. Los tres se dirigían al automotor cuando escucharon la voz de una anciana que decía: "Pobrecitos esos tres ciegos".

14) Somos de los mismos

Juan le preguntó a una persona que se encontraba en la terminal de buses: "Disculpe, disculpe ¿me podría indicar para dónde va ese bus?", "con mucho gusto lo haría, pero es que yo tampoco veo".

15) Donde termina la espalda, comienza...

Víctor Manuel Arce era muy tímido, en una ocasión estaba una muchacha agachada de tal manera que las manos tocaban los zapatos, cuando sintió que Víctor Manuel le tocaba los glúteos, él muy apenado por el incidente exclamó: ¡Esto es lo malo!, a lo que la joven replicó: "No papito, esta es la parte buena".

16) Las gradas que desagradan

Dos amigos deficientes visuales, no usaban bastón para desplazarse, en una ocasión, se dirigían al mercado a realizar unas compras cuando uno advirtió: "Aquí hay una grada," ambos subieron; de pronto sintieron sus zapatos hundirse suavemente, era un cajón de tomates.

17) Fue por lana y salió trasquilado

A Juan Gerardo Guillén le habían advertido que no pasara solo por el Parque Nacional, porque era riesgoso. Juan no hizo caso y atravesó el lugar, un amigo que estaba de buen humor lo vio y quiso gastarle una broma, lo dejó avanzar un trecho y poco a poco le tomó los lentes, al sentir Juan al "ladrón" le dio un tremendo golpe que le rompió la ceja, el amigo comprendió que Juan no podía saber sus intenciones.

18) La bolsa que echó patas

Jhonny Bonilla era vendedor de figuras de barro, un día puso la bolsa con la mercancía en el suelo, guardó en ella el bastón y se dispuso a fumar un cigarrillo, cuando hubo terminado quiso recoger la bolsa, pero un ladrón ya se le había adelantado.

19) Labios sensitivos

Dagoberto Martínez era enemigo de los obstáculos aéreos, en una ocasión fue a visitar a unos familiares, cuando atravesaba el patio su rostro topó con una ropa que estaba tendida. Dagoberto muy enfadado, se volvió mientras decía: "¡Ya chupé calzón!"

20) Ojos que no ven, ciego que vende lotería

Roberto Sancho estudiaba en la universidad, con un permiso del trabajo, luego de terminar la lección regresaba a sus labores. Un día que iba de prisa para marcar a tiempo, una señora vio su maletín y su bastón y dedujo que Roberto era vendedor de lotería, por lo que le dijo: "¿Lotería?, Roberto haciéndose el que no había entendido la equivocación de la señora se metió la mano en el bolsillo y le respondió: "Véndame cinco pedacitos de cualquier número..."

21) El bello durmiente

Manuel Carvajal acostumbraba a dormirse en el bus durante el trayecto. En una ocasión abordó un autobús para dirigirse a la ciudad de Alajuela, cuando llegó a la

última parada (eran las diez de la noche), se bajó y encontró muy extraño el Parque Central, le preguntó a un transeúnte y éste le confirmó que sí era el Parque Central... pero de Cartago.

22) Juntos, pero no revueltos

Pedro López y su novia Celia Brenes son no videntes, en una oportunidad se pusieron de acuerdo para encontrarse en la Catedral a las tres de la tarde. Casi a las cuatro, Pedro muy desilusionado por haber esperado en vano se dispuso a marchar, cuando un amigo de la pareja pasó y los saludó a los dos, que estaban a unos pocos pasos uno del otro.

23) Una luz sin poste y muy alta

Omar y Chanito fueron a pasear donde unos amigos, como era la primera vez que lo hacían, Juan observó que para entrar a la calle indicada podía dirigirse por un reflector, que su remanente visual le permitía ver en la noche. Estuvieron un rato y se comprometieron a volver con un encargo al otro día.

Nuevamente, se encontraban en camino para cumplir su compromiso, cuando el hermano de Juan advirtió que estaban frente a la calle antes indicada, Juan negó y continuaron caminando durante mucho rato, un vecino los encontró y se devolvió con ellos, comentando la situación Juan les explicó su disgusto por no haber encontrado el reflector, entonces de la manera más afectuosa le explicaron que la noche anterior había luna llena.

24) Al pie de la letra

Juan José Sancho le iba a impartir la primera clase de movilidad a Celia Brenes, para ello juzgó necesario que su alumna plegara el bastón, de esa manera ella conocería cuántos tubos tiene y de qué manera se unen.

"Tome, desarme mi bastón", le dijo y esperó un rato. "Aquí está", respondió Celia rato después, Juan José extendió la mano y con sorpresa fue recibiendo tubos, elásticos, una puntera, un puño y el resto de los componentes de su bastón perfectamente desarmado por Celia.

25) Cuando llueve, no todos se mojan

Juan y Mario se dirigían a clases, de pronto empezó a llover, Juan sacó su paraguas y ambos oyeron que comentaba: Ay vea, ¡Qué inteligentes son ellos!, ¿Cómo se darán cuenta que está lloviendo?".

26) No hay que metérsele al tren

Olman Ugalde quería atravesar una carretera, en ese momento escuchó que una máquina del tren se acercaba, como en ese lugar había un paso de ferrocarril, Olman decidió esperar.

A cada momento el tren avanzaba en dirección a Olman y el aviso maquinista era insistente. Olman se sentía molesto, porque pensaba que el conductor de la máquina lo creía tan ingenuo que en cualquier momento iba a pasar.

Cuando el tren estaba muy pocos metros de Olman éste sintió que alguien (Roy Corrales) lo tomaba del brazo para hacerlo hacia atrás, justo en el momento en que la máquina pasaba por donde Olman esperaba.

27) En sentido figurado

José Andrés Araya se dispuso a salir de la casa, tomó su grabadora, el dinero y el bastón.

Se dirigió al Super Mercado, pidió al dependiente: " Por favor, regáleme un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos", el tendero muy disgustado le respondió: "Aquí no regalamos nada y mucho menos vicios, vagabundo".

28) Una pregunta caliente

Pedro López y dos amigos transitaban por San José, un olor muy agradable despertó la curiosidad de Pedro, de inmediato dijo, señalando el lugar: " Qué será lo que están cocinando aquí ".

Pedro puso el dedo en la fritura y mientras se llevaba la mano quemada a la boca escuchó: "Son pupusas".

29) Mala suerte

Juan había ingerido mucho licor, de regreso a su hogar decidió tomarse una siesta en una banca del Parque Central.

Un antisocial que pasaba por el lugar se dio cuenta que los lentes de Juan eran de buena calidad, se acercó y con mucho cuidado se los iba a quitar, cuando Juan se despertó, todavía aturdido por el licor, le dijo al caco: "Por favor no se lleve mis anteojos, porque sin ellos no veo nada", el caco conmovido, le dejó las gafas y se retiró con las manos vacías.

30) Es mejor no tomar precauciones

El trayecto de la casa de Roberto Sancho hasta donde aborda el bus está lleno de huecos, tantos que por más precauciones que toma para no meterse en un pozo, es imposible llegar con sus zapatos secos.

31) Una semana trágica

El lunes José Ángel sufrió un accidente al pasar por una cerca de latas que estaba en malas condiciones, una lámina le rompió la frente.

El miércoles caminaba por debajo de los aleros para evitar mojarse mucho, cuando en un descuido se metió bajo un chorro que lo dejó empapado de pies a cabeza.

El sábado decidió que ninguna situación le acontecería, tomó toda clase de precauciones y cuando iba para su casa victorioso, de un camión estacionado la cayó un saco de repollos.

32) Ya para qué

Luego de hacer la rutina de ejercicios, Juan y sus amigos se dirigieron a una pulpería, un compañero le ofreció a Juan un refresco, éste se lo llevó a la boca con mucha ansiedad, por la sed que tenía, una vez que intentó tomársela escuchó al amigo decirle: " Tenés que quitarle la tapa".

33) Un seminario inolvidable

María fue a un seminario internacional para líderes con discapacidad. Una expositora estadounidense se dirigía al público en inglés. María que no domina más que el castellano no entendía nada, lo cual empezaba a aburrirla. Alguien se le acercó y le dijo: "Mi nom... bre... es Ka... ren"; "Mucho gusto, yo soy María"; "Vi...vo en O..ha...io"; "Y yo en Desamparados...".

Así pasaron unos minutos de diálogo hasta que una amiga le dijo a María: "El que te está hablando es Carlos" un sordo oralizado que te está haciendo el favor de traducirte.

34) Nadie sabe para quién trabaja

Ademar tenía una vaca que dejaba en un potrero a media hora de su casa, un día la trajo y cuando casi llegaba a su hogar un vecino le grito: "Ademar, ¿para dónde lleva mi vaca?"

35) Un aguacero inolvidable

Roberto tenía examen ese día, bajó del bus, un aguacero hizo que se guareciera; el aguacero era muy fuerte, Roberto ya casi se resignaba a perder la prueba, cuando un muchacho le preguntó que si iba para la universidad él lo acompañaría con mucho

gusto, Roberto aceptó encantado pensando en que no sólo llegaría a tiempo para la evaluación, sino que también alguien le ayudaría a evitar los charcos y lo más importante, no se mojaría.

Roberto tomó el brazo del gentil compañero y ambos partieron, unos instantes después estaban calados hasta los huesos, su amigo tampoco portaba paraguas.

36) No se vale empujar

Roberto Sancho se dispuso a bajar del bus, el pasillo estaba muy congestionado, por fin alcanzó la puerta trasera y cuando intentaba bajar las gradas su rodilla empujó a una señora que hacía mil esfuerzos por mantener el equilibrio y que no cayó por puro milagro.

37) Juan tenorio

A Alejandro Quesada le gustaba dejar en cada "puerto" un amor, con el propósito de tener novia en Cartago fue donde unas amigas y escogió a la que se le declararía. Jeannette, su amiga, estaba conversando con su madre en el comedor, Alejandro esperó pacientemente y cuando escuchó unos pasos que se dirigían al patio, supo que había llegado el momento.

"Mire, corazón, usted siempre me ha gustado y quiero que sea mi novia, eso sí, de escondidas, porque sus tatas son muy bravos...".

Alejandro hacía gala de sus mejores recursos para convencer a Jeannette y como esta se quedaba en silencio, él sabía muy bien que estaba consiguiendo su objetivo.

Un rato después Alejandro se quedó paralizado del susto al darse cuenta de que la persona que estaba en el patio era Jeannette.

38) La confusión

Un grupo de personas no videntes decidieron asistir a un baile, al cabo de unas horas María del Carmen Martínez riéndose, contó a "Víctor" la situación tan divertida que le había pasado a Feliciano Carvajal, explicó que por sacar a bailar a una muchacha invitó a un muchacho.

"Víctor" escuchó con atención y luego dijo: "El chiste es muy bueno, pero yo no soy Víctor, soy Marjorie".

39) Un resbalón, cualquiera da en la vida

Roberto tenía la costumbre de viajar por una acera muy transitada, en un tramo de esta, se encontraba un hombre con manguera, balde, escoba y otros implementos para la limpieza.

Roberto escuchó a unas mujeres exclamar con lástima que el "cieguito", se podía caer, entonces tomó las precauciones del caso y continuó la marcha.

Las damas lo seguían de cerca para auxiliarlo en caso de que cayera, un momento después Roberto escuchó el tremendo golpe que hizo una de las señoras al resbalar.

40) Yo también puedo comprar

Juan necesitaba comprar un par de zapatos, fue a la tienda y esperó a que lo atendieran.

El dueño de la zapatería se le acercó y en forma paternal le manifestó que ya su compañero había pasado por la limosna.

41) La propuesta

Una joven le preguntó a Cristóbal Campos que quién lo bañaba a él, Cristóbal le manifestó: "Nadie mi amor, pero si quiere me baña usted".

42) Un paseo inolvidable

Un grupo de ciegos realizaron un paseo a Guápiles y decidieron caminar un rato juntos, después de un rato sintieron mucha hambre, por lo tanto, buscaron un lugar para comer. Al cabo de unos minutos encontraron lo que ellos creyeron una soda, entraron y se sentaron en una mesa muy elegante.

Un hombre se les acercó y les preguntó qué deseaban, cada uno de ellos dijo lo que quería comer al supuesto mesero. Pasó algún tiempo y la comida no llegaba hasta que al fin se acercó una señora y les dijo que aquel lugar era una ebanistería.

43) Santa confesión

Leonardo Segura fue con un grupo de amigos a confesarse, esperaban su turno sentado en unas sillas que estaban contiguo a la sacristía, cuando una de sus amigas le dijo a Leonardo "ahora sí, venga". Leonardo sintió que su amiga lo guio hacia un rincón del lugar, lo sentó en una banca junto a otra persona, él esperó un instante y como no le hablaron preguntó: "Padre, puedo decirle mis pecados", la voz le respondió: "No Leonardo yo soy Marlene, y también estoy esperando, si quiere le aviso cuando salga el Padre". Recopilada por Marjorie Alvarado Umaña.

Anexo No. 2 ([Regresar a la tabla de contenido](#))

Chistes

El humor es tan importante en nuestra vida, que hasta somos capaces de pagar para que nos hagan reír, pero ¿qué pasa cuando nos burlamos sin querer de los demás? o simplemente, ¿lo hacemos de nosotros mismos?

Las personas ciegas, pueden decir mucho de su propia realidad, que, en condiciones circunstanciales, parecen ficción y no pasan inadvertidas para los estudiosos como el lingüista italiano Humberto Eco, que en su personaje Jorge de Burgos abandera la intolerancia y no soporta que alguien ría, quedando esto patente a lo largo de la novela "El nombre de la Rosa".

Los chistes tienen algo de crueldad y ahora que usted conoce el pensamiento de nuestros protagonistas, sabrá valorar lo que tienen de rescatable los chistes que aquí aportan ellos y algunos amigos, pero recuerde que: "El humor es la sensación que hace que te rías de aquello que te irritaría si te sucediera a ti". William Davis (periodista alemán).

Recopilación de chistes y colmos que hacen alusión a las personas con discapacidad visual.

1. Un ciego llegó a una cantina y golpeando en el mostrador decía: " Quiero un trago para ver, quiero un trago para ver", el salonerio cansado de tanta impertinencia la contestó: "Pida un trago de J & B".

2. ¿Cuál es el colmo de un ciego? - Llamarse Casimiro y vivir en Buena Vista en el 1B.

3. Dos ciegos estaban pidiendo limosna cuando pasó un tipo y les dijo: "Ahí les dejo un tucán para los dos". El hombre no echó nada, pero uno al otro se pedían la mitad del dinero. Una señora que vio la mala acción recriminó al individuo y éste le prometió resolver el problema. Se acercó nuevamente donde estaban peleando los ciegos y les dijo: "Doy dos rojos al del machete", y los dos ciegos salieron corriendo.

4. Dice un ciego al pasar por una pescadería: "Adiós ricas".

5. Iban un ciego y un tuerto por un camino, muertos de hambre. En eso le dice el ciego al tuerto: " ¡Qué ganas de comer algo!" El tuerto le contestó: "Yo sé de un lugar, pero para llegar más rápido, tenemos que cruzar el cafetal. "Yo no puedo", contestó el ciego. Dijo el tuerto: "Con mi ojo bueno, yo te guío". Entraron en el cafetal y para mala suerte del tuerto, una rama de café se le metió en el ojo bueno, por lo que exclamó: "Hasta aquí llegamos" y el ciego dijo: "Por favor, un fresco de sirope para mí y dos gatos".

6. Una señora ciega quería cruzar una calle muy transitada, por lo que pedía ayuda. Después de mucho rato de no lograr que alguien le ayudara decidió hacer silencio. Unos minutos después, un hombre se le acercó y le dijo: " ¿Podemos cruzar juntos?". La señora, muy agradecida aceptó y ambos iniciaron el peligroso recorrido. Luego de muchos frenazos, pitos y madrazos, llegaron al otro lado, donde el muchacho le dijo a la señora: "Gracias por ayudar a un ciego a cruzar la calle".

7. Una linda muchacha que tenía un novio ciego, un día le pegó una bofetada en la cara. Un sacerdote que los conocía, muy sorprendido, le dijo a la joven: -"Pero hija, ¿qué has hecho?, ¿por qué has abofeteado a tu novio?". La muchacha le dijo: - "Es que quería abusarse de mí". -"Pero ¿cómo se te ocurre?, si él es muy respetuoso", dijo el sacerdote. -"Eso creía yo, pero no... me invitó al cine".

8. Un ciego fue a una corrida de toros, de pronto el toro saltó la barrera y la gente salió despavorida. El ciego pedía que lo ayudaran, hasta que el toro lo embistió y lo lanzó a la arena. El ciego, un tanto adolorido, exclamó: - " Les dije que me ayudaran, no que me empujaran".

9. El paciente fue donde el oculista y le preguntó: "¿Doctor, usted cree que pierda el ojo?". El médico le contestó: "Eso es cosa suya, yo se lo puse en este frasco".

10. " A ver", dijo el ciego y no vio nada.

11. En una oportunidad, dos carajos estaban discutiendo y uno le dijo al otro: - "Te apuesto a que me muerdo un ojo". Entonces el otro individuo le indicó: -"No lo creo y acepto la apuesta". Entonces el apostador se sacó el ojo de vidrio y lo mordió. Después volvió a decir: -" Te apuesto el doble a que me muerdo el otro ojo". El que perdió la apuesta aceptó la carrera, porque sabía que el otro ojo sí era natural. Cerraron la apuesta y el que tenía el ojo de vidrio, se sacó la plancha de dientes y se mordió el bueno.

12. El colmo de la injusticia: Llevar a un ciego a ver una película muda.

13. Estaba un ciego pidiendo limosna en la Avenida Central, pasó un "mae" y le dijo: "Tenga para que se tome algo". Como no sonó en el tarro, el ciego pensó que era un billete y al meter la mano, lo que sacó fue una pajilla.

14. Un ciego, un tuerto y un tullido, estaban invitados a un rezo en Puriscal, pero les cogió tarde y al momento de llegar se oyó un escándalo y alguien preguntaba: "¿Quién mató a Jesús?". Los tres se asustaron tanto, que el ciego dijo a sus compañeros: "Yo acabo de ver salir a un hombre del cafetal". El tuerto dijo: "A mí me acaba de robar un ojo al pasar". Y el tullido dijo: "Soplémonos de aquí o nos van a echar la culpa".

15. Estaba un ciego en El Paseo Colón y llega un "pinta" y le dice: "Le vendo un lazarillo". El ciego contestó: "Sí, sí ¿en cuánto lo vende? - " En tres mil cañas", contestó el pinta. El ciego le dijo: "No, no, muy caro". El pinta: "No mae, este perro es pura calidad, tiene veinte caballos de velocidad y respeta todas las señales de tránsito..." Tanto le insistió que el ciego aceptó y se amarró el mecate al pantalón. En ese momento pasó un gato por la calle y el perro soltó carrera detrás de él. Sólo

se oían los madrazos: "Ciego hijo de tal, ¿qué no ve por dónde va? Llegaron a la esquina de la Caja jadeando y saca el ciego un pedazo de pan para darle al perro, en eso un tráfico, que lo venía siguiendo, le dice: "Mire señor, después de lo que le hizo y todavía le da pan. - "No señor, sólo estoy esperando que se acerque para darle una patada por el hocico.

16. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Mitos y sonrisas

Por Roberto Sancho Alvarez

Fin del libro